



RAMÓN MARRERO ARISTY

OVER



OVER

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DIRECTIVA

Andrés Navarro Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

Carmen Sánchez Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Altagracia López, María Amalia León, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama,

Magdalena Lizardo, Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison

y **José Rafael Lantigua**, Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Aquino Vicerrectora Académica

Julio César Mejía Martínez Vicerrector de Investigación y Postgrado

Marcos Vega Gil Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

Franco Ventura Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Luis Manuel Mejía Director Académico, Recinto Eugenio María de Hostos

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

Jorge Adalberto Martínez Director de la Escuela de Directores

Anexis Figuereo Representante del Profesorado

Braulio de los Santos Representante de los Directores Académicos

Fidencio Fabián Director de Planificación

Raquel Pérez Directora Administrativa Financiera

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil



RAMÓN MARRERO ARISTY

OVER

PRÓLOGO DE JOSÉ MÁRMOL



OVER | Ramón Marrero Aristy

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector
Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.
Diseño de interiores y portada Ana Zady Gerardino
Diagramación Julissa Ivor Medina
Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-8972-4-1

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2017.

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El montero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



La agonía del más

«Este maldito over, ¿quién lo inventaría? ¿Dónde halló esta gente tan diabólica forma de exprimir?».

Ramón Marrero Aristy

Over es, dicho sea al empezar, una novela de la caña que rezuma una poética del resabio, de la denuncia; una construcción imaginaria y distópica, sin dejo alguno de moraleja; reverso pesimista y crítico del espejo en el que la ideología y el discurso político imperantes se reflejaban, enhestando un seudopatriotismo salvador de la nación; una metáfora de la deshumanización del poder que esconde la voracidad del sistema económico capitalista de la primera mitad del siglo XX; una sinécdoque del infierno dantesco al que han sido confinadas miles de vidas hundidas en la miseria y el infortunio, en oposición a la retórica grandilocuente y monumentalista del aparato ideológico-militar, político y cultural que pondrá en marcha la dictadura trujillista, que emergió de la llamada revolución de febrero de 1930. Esta novela será la prognosis de una insufrible condición económica y social, caracterizada por la sumisión al capital extranjero, la explotación despiadada y la corrupción legitimada, en perjuicio de los oprimidos y desamparados, de la que no se sacude del todo aun nuestro país.

Cuando el pensador y escritor italiano Umberto Eco apostilló su obra maestra de ficción *El nombre de la rosa*

precisó que escribir una novela es una tarea muy similar a «amueblar» un mundo, en función de fundamentos estéticos y de lenguaje. Es así, en efecto. Novelar implica el amueblamiento de un mundo único e irrepetible. Al radiografiar analíticamente la estructura de una novela nos vamos a encontrar con unos personajes (Lope Comprés, Daniel Comprés, Cleto, Dionisio, Mr. Lilo, Mr. Robinson, Mr. Baumer, Mr. Norton, Eduardo, Valerio, Mercé, el inglesito Brown y otros) y su jerarquización, en función de los roles de la caracterización; con una atmósfera predominante, en términos de espacio o de planos (el ingenio, el central, la finca, el batey), donde los personajes van a interactuar; con una historia de vida principal y otras colaterales que la van a matizar o diversificar (abandono paterno, desempleo, miseria, hambre, explotación, alcoholismo, prostitución, machismo, hurto o corrupción, migración, desesperanza); con un tiempo referencial o época (tránsito hacia la industrialización agrícola como expresión capitalista de las multinacionales y la emergencia de ideales socialistas en la juventud, luego del triunfo de la revolución bolchevique de 1917), que se va a entrelazar con un *tempo* narrativo, ese que ocurre al interior del relato, que marca la vida ficticia de los personajes (la zafra y el tiempo muerto del batey) y, finalmente, con un elemento catalizador de todo ese ámbito imaginario que será la estrategia de sentido (denuncia de la explotación del hombre por el hombre y la división técnica y social del trabajo en el capital), la propuesta discursiva y estética (realismo), el poder simbólico del lenguaje que hará de la narración una historia con valor literario trascendente.

Ramón Marrero Aristy (1913-1959) contaba con apenas 26 años de edad cuando publicó su novela *Over*. Aunque seis años antes, en 1933, había publicado *Perfiles agrestes*, y en 1938 su conjunto de narraciones, estampas, cuentos y un fragmento de novela bajo el título de *Balsié*. De niño padeció los rigores del exilio a raíz de la primera ocupación militar norteamericana del país, entre 1916

y 1924, habiendo regresado en 1922, luego de vivir, en el seno de su familia en las Antillas Holandesas, Colombia y Venezuela. Al retornar al país, todavía intervenido por Estados Unidos, su familia no pudo reinstalarse en la región este, de donde eran oriundos, sino, en el sur, lo que permite a la conciencia y sensibilidad del adolescente compenetrarse con la extrema pobreza y el escaso desarrollo infraestructural de esa región. Empezó muy temprano a laborar como periodista en varios diarios nacionales y sus reportajes llamaron la atención por el realismo dramático con que describía las condiciones paupérrimas de la vida en las comunidades campesinas.

Conoció la rudeza del trabajo y la vida en los ingenios azucareros de la época y la inhumana explotación de los trabajadores de la caña, tanto nacionales como inmigrantes de Haití y el Caribe inglés, porque, a sus experiencias de la niñez en las fincas familiares del este se sumó la de trabajar como bodeguero del Central Romana, antes de su traslado a la capital a mediados de la década del 30, donde va a remarcar su interés por el periodismo como profesión. De ahí que los críticos subrayen el carácter autobiográfico de la novela, porque Daniel Comprés, el bodeguero del «central», joven con aspiraciones de poeta y protagonista de la historia es una representación simbólica del Marrero Aristy juvenil, que palpó lo infrahumano del batey en las tierras del este, que absorbió los ideales de la redención del nuevo hombre y la nueva sociedad del socialismo de las primeras décadas del siglo XX, y que, además, soñaba con ser escritor.

Es importante resaltar cómo un documento anterior a la fecha de publicación de la novela contiene aspectos que, de una u otra forma, se reflejarán en la trama de la ficción, lo que acentúa el perfil autobiográfico y de urdimbre existencial de la obra. Se trata de una carta, fechada el 26 de diciembre de 1938, al día siguiente de la Navidad, dirigida a su amigo Secundino Gil Morales, luego destacado combatiente antitrujillista y líder político, en la que

le relata, muy amargamente, la difícil situación económica y la incertidumbre de su destino personal y familiar para permanecer en el país. La misiva empieza diciendo: *«El mundo me da vuelta y nuevamente como que me viene encima. Siempre estos desagradables días de invierno empeoran mis males. Hay muchas razones: Nochebuena –léase calamidades, amargas por escasez de dinero, el insulto de los que pueden haciendo alarde de su abundancia–, el airecillo este que invita a todo, menos a la alegría; mi temperamento vagabundo, mi costumbre de andar para un lado y para otro, mi ausencia de capacidad para cazar dinero en cualquier forma»*. Y continúa revelando al amigo: *«Pasamos una pésima Noche-buena. Ya no podemos soportar la plebe donde vivimos. (...) El sueldo –como cualquier sueldo pequeño– está maldito»*. A propósito de su esposa enferma dice: *«Mi mujer come mal, sigue flaca, no tiene aspecto de mejorar»*. Y, luego de criticar la situación del país, en el que se siente atrapado, aduciendo que *«en una tierra como esta, donde las aptitudes de los hombres valen menos que cualquier fruta podrida»*, añade: *«He resuelto, súbitamente, salir de aquí»*. A seguidas, explica al amigo su plan de recaudación de fondos para abandonar la media isla por mar, hacia Curazao, para pasar luego a Venezuela, donde *«hay trabajo y dinero»*. Y como si predijera el ámbito de la ficción subraya en la carta a Cundo: *«Esto te parecerá una fantasía, pero ninguna fantasía tan cruel como esta que estoy viviendo aquí. Yo estoy decidido a no progresar a la manera dominicana. No haré eso aunque me cueste lo que me cueste. Ya para ensuciarse de mierda es suficiente. Soy muy joven y no tengo intereses ni familia. Por comida y trapos no se puede vender la conciencia»*. ¿Qué significaba en el contexto de la carta esa «manera dominicana» de progresar? ¿Vender la «conciencia» al régimen que llevaba ocho años en el poder en manos del ya predestinado «benefactor» de la patria «nueva» y gran reconstructor y arquitecto de una ciudad capital y un país devastados por el ciclón San Zenón en 1930? ¿No fue acaso «eso» lo que, en efecto, le costó la vida?

Esa crisis existencial, personal, experimentada en una sociedad de estrecheces económicas y de los primeros años de padecimiento de un régimen dictatorial que endurecerá sus mecanismos de control del Estado, la economía, la sociedad y los individuos a lo largo de más de tres décadas, se va a reflejar en las páginas de *Over* y en la situación particular de su personaje principal, Daniel Comprés. Desde las primeras líneas de la narración, y sin entrar aun como bodeguero en las entrañas del ingenio, a raíz de ser expulsado de su hogar por un padre férreo, el personaje, que habla en primera persona del singular afirma: «he de reconocer que todo esto que me rodea, visto por mí a cada amanecer hasta hacerme hombre, se ha tornado hoy en algo que me repele; y una gran sensación de soledad se ha adueñado de todo mi ser» (p.11). Luego de comprender la lógica antiética e ilegal del «over», es decir, de poner sobrepeso a las escasas mercancías que como bodeguero despacha a los peones de la caña, cobrándoles, en consecuencia, dinero o valor de más a través de los «vales», y luego de descubrir el sistema monopólico de explotación y opresión laboral que engulle despiadadamente la vida y la muerte de hombres y mujeres miserables en la dinámica del central, aun fuera en sus soliloquios, a través de la técnica narrativa del monólogo interior, el personaje gruñe: «Porque ningún espionaje es tan eficaz como este de la finca, donde el empleado, a la vez que es carne de trapiche, hace de lubricante de la máquina y de conductor de elementos que alimentarán el engranaje insaciable» (p.62).

Al empezar el capítulo sexto y último de la primera parte de la novela, a propósito del ambiente en que ahora vive Daniel Comprés en el central, similar al que se interpreta del país en la carta, se lee: «La zafra tiene más de cien días. Los trabajadores que la vieron llegar, llenos de alegría, se van convirtiendo en sujetos indiferentes que realizan su trabajo sin esperanzas. Todas las mañanas, antes de salir el sol, desfila la turba harapienta, maloliente –con un hambre que no se le aparta jamás–, camino del corte, como una procesión

de seres sin alma» (p.101). Al igual que en la vida del autor, la mujer del personaje Comprés enferma en el central y tiene que ser llevada, sin que él se entere, al descalabrado y desabastecido hospital del batey, de la finca, del central, donde los seres humanos son atendidos precariamente, con indiferencia y desinterés, como bestias, como desperdicios humanos. En una introspección, técnica frecuente en la narración, el personaje Daniel Comprés exclama: «¿Por qué los hombres se tratan tan mal? ¿Por qué estas diferencias? Nadie quiere apreciar ni comprender a otro. No he causado mal, no he albergado odios. Mi mujer es una niña inocente, que está enferma y necesita comodidades, cuidado. Necesita que se le trate como a una cosa pequeña y querida, ¡como a un ser humano! Y sin embargo, ¡la encierran en aquel cuartucho!» (p.190). Lleno de impotencia, ira y dolor, como el autor de la carta, el personaje ficticio comenta: «Después, me trajeron a mi mujer sin hijo. Era un esqueleto envuelto en piel» (p.191).

Lo paradójico es que, en 1940, un año después de la publicación de *Over* y habiendo adoptado tempranamente ideales del socialismo y el marxismo, Marrero Aristy aceptara pasar a formar parte de la burocracia y el aparato intelectual de la dictadura de Trujillo, hasta el día de su asesinato, perpetrado por esbirros del régimen, en 1959. El sátrapa lo acusó de ser conspirador y autor de un artículo publicado por el diario norteamericano *The New York Times*, en fecha 12 de julio de 1959, en el que se denunciaban la corrupción y una aguda crisis política por la que atravesaba la dictadura, cuyo sistema represivo se ampliaba, luego de diezmar la heroica invasión del 14 de junio de ese mismo año, entre otros hechos criminales posteriores que aceleraron el ajusticiamiento del tirano y el final del régimen. Cinco días después, el cuerpo del periodista y novelista apareció carbonizado, dentro de su vehículo, lo que pretendía simular burdamente un accidente, en la carretera con precipicios que comunica Santo Domingo y Constanza. El artículo de marras fue publicado por el periodista Tad Szulc, quien, de acuerdo con un

estudio de Médar Serrata, reveló días más tarde que había estado en contacto con el entonces secretario de Trabajo de Trujillo, es decir, Marrero Aristy, quien probablemente fuera esa «fuente no identificada», que sirvió de base para escribir el referido reportaje periodístico. Contaba 46 años de edad a la hora de su muerte.

De haberse logrado el propósito de la carta, reunir 60 pesos para marcharse cuanto antes del país, yéndose primero a las Antillas Holandesas y luego a Venezuela, como tuvieron que hacerlo otros jóvenes intelectuales de la época como Juan Bosch y Pedro Mir, entre otros tantos, el trágico destino del autor de *Balsié* (1938), quizás, hubiera sido otro. Es en este tenor que Andrés L. Mateo, en su estudio «La narrativa de Ramón Marrero Aristy», define al autor, que había estado inmerso en los ideales del socialismo, y bajo cuya influencia escribe sus obras de ficción, como un «péndulo» que oscila entre la «cruda realidad» que describe en sus escritos literarios y la propia «metáfora» que la obra de ficción constituye (p.10). Mateo ve en Marrero «una continuidad de su escritura, que era, quizás sin que se lo hubiera propuesto conscientemente, la antítesis de esa figura de la realidad que atrapaba en la lengua» (p.23). Hay entre el escritor y el hombre unas contradicciones que se proyectarán en su obra y que, de alguna manera, conformarán esa «ambigüedad del lenguaje» que hará de su propia vida un «juego peligroso» y un sino trágico. Ahora, si bien es cierto que la obra de ficción de Marrero Aristy encierra, en cuanto que símbolo, alegoría, metáfora, una aguda y descarnada crítica ideológica de la realidad socioeconómica y política del país de los años 30, no lo es menos que toda esa carga semántica subversiva o rebelde va a desaparecer de su escritura histórica y biográfica, a partir de 1940 y de su adscripción a la burocracia del régimen. El ideal de redención se congela en la ficción, mientras que ese compromiso se va a quebrar éticamente en el plano de la vida real, al elegir sumarse a la burocracia de la dictadura. Luego, hay que tener cierto cuidado con no pecar de siervos ilusos de la mitificación de

la figura del escritor, al pretender asignarle, a lo largo de su vida a la sombra del trujillato, unos ideales socialistas que se esfumaron con la efervescencia juvenil y con la obra de ficción, y que, solo como reminiscencia *posmortem* van a relucir, respecto de la figura del autor, nuevamente, debido, como bien señala Mateo, «a la tragicidad y el patetismo que conjugan su muerte» (p.22). La escritura que se contrasta, como afirmación de la continuidad de aquel ideal, escritura que ya no trilla los caminos de la ficción, no resiste un análisis profundo en esa misma dirección liberadora.

Concuerdo, solo parcialmente, con Mateo y con Serrata al resolver el supuesto contrasentido o paradoja del significado cuestionador de *Over*, desde el punto de vista social e ideológico, con la trayectoria de servicio a la dictadura de su autor, aduciendo que se mantuvo vigente, a pesar de ello, el espíritu rebelde y el ideal socialista del discurso novelístico, y que la presencia de Marrero Arísty en el aparato del Estado trujillista fue conflictiva y utilizada por el tirano para dar aparentes visos de apertura democrática en sus cuadros y estructura políticos, así como en su filosofía de gobierno. De hecho, Marrero Arísty fue el mediador y negociador, por designación del Estado, entre las posiciones de derecha de la dictadura y las de izquierda de los jóvenes socialistas de entonces. Serrata sustenta: «El ingreso de Marrero al aparato del Estado con el que sostuvo siempre una relación precaria y conflictiva ha sido un problema persistente para la crítica, que ha intentado resolver lo que percibe como una contradicción insostenible: el que un escritor de profunda sensibilidad social acabara por convertirse en propagandista de una dictadura de derecha. Creo, sin embargo, que los sentidos de *Over* se nutren de esa contradicción, y que la novela debe en parte su poder desestabilizador precisamente a la fisura que abre en el discurso trujillista. *Over* invierte el sistema mitológico del trujillismo al estructurar una visión distópica de la realidad que encuentra su expresión en el lenguaje violento, desgarrado, de

Marrero» (p.109). Lee en *Over*, como en la trayectoria vital de su autor, una suerte de lucha solitaria contra la dictadura de Trujillo. La persistencia posible de esos ideales de justicia en la conciencia de Marrero Aristy, sobrellevada con el servicio a una de las más sanguinarias dictaduras personalistas de la historia de Latinoamérica, podría haber generado en el escritor y político una suerte de crisis de identidad y de ambivalencia existencial.

La carta citada, en tanto que documento testimonial al margen de la ficción, tiene fuerza reveladora en este sentido. La cuestión estriba en que la obra de ficción y la metáfora de la desolación, la pobreza y la explotación contenida en esta, si bien contrasta en su lenguaje, en tanto que «estructura digresiva» (p.220) frente al discurso político de la maquinaria ideológica trujillista de los primeros ocho años, no será estandarte simbólico de la oposición al régimen, mucho menos, cuando el autor asume posiciones importantes en la administración de un Estado represor, corrupto y asesino, encarnado en la omnipresencia y en el poder omnímodo del tirano. Podría haber bastante de romanticismo en suponer que existan «razones» para considerar que las grandes causas sociales y las luchas rebeldes siguieron siendo más que «reminiscencias» o que haya habido una consciente reasunción del tono de denuncia propio de *Over* en las postrimerías de la relativamente corta vida de Marrero Aristy, a pesar de haber caído en desgracia con el régimen en 1957, en razón del contenido de un informe burocrático sobre la situación particular de trabajadores cafetaleros. Si un documento, por ejemplo, la carta a Cundo del 26 de diciembre de 1938, evidenciara esa continuidad que supera la reminiscencia, entonces, el Marrero Aristy en constante conflicto con el régimen al que servía fuera menos mítico y más consecuente, en la escritura posterior y en su pensamiento y decisiones vitales, con sus propios análisis juveniles de la realidad.

Tampoco se ve claramente en *Over* la impronta de la novela representativa del realismo socialista como tendencia estética

promovida por los regímenes socialistas y comunistas como tendencia estética por excelencia en la definición de la obra de arte. Si bien la novela resulta ser una distopía, en oposición a los ideales utópicos de sociedades modelo, en la perspectiva de *1984* de George Orwell, por cuanto denuncia las execrables condiciones de vida de los trabajadores y habitantes del batey o del central, no lo es menos que no hay en ella la propuesta de un modelo de sociedad que, en oposición a la cuestionada, proyecte las conquistas redentoras del hombre nuevo y de la sociedad sin explotación que el socialismo prometía. De ahí que subraye que lo que encontramos en la novela sea, después de todo, la expresión descarnada, en una prosa sin mayores atributos estéticos, de una poética del resabio y de la denuncia sin más. En cambio, en su ensayo «*Over*: una novela que no envejece», José Enrique García afirma que, dada la «convicción ideológica» del autor, que debe ocultar «dado al (sic) ambiente represivo que dominaba el país, pero que no puede quitarse de encima porque con ello se la (sic) va la propia existencia», la novela es, «en consecuencia, la puesta en práctica, en una obra imaginaria, como corresponde a toda novela, del proyecto socialista universal. La aplicación de la teoría marxista en una historia novelada» (p.258). Este aserto colocaría la obra demasiado cerca de lo que, precisamente, una novela ni ninguna obra de arte debería llegar a ser, un instrumento de propaganda ideológica, es decir, un mero panfleto. Aun se moviese ese propósito en el ámbito intencional del autor, como sugiere García por la dedicatoria que de un ejemplar del libro le hace Marrero Aristy a Héctor Incháustegui Cabral, el 26 de diciembre de 1939, llamando a su obra «eslabón de redención para este pueblo nuestro», lo cierto es que, por fortuna, *Over* trasciende, «como corresponde a toda novela», los límites de la instrumentalización ideológico-política. He ahí, pues, la clave de su perdurabilidad como ficción, de su no envejecimiento como obra estética. Porque, como nos enseña la historia, todas las ideologías envejecen; es más, perimen,

mueren, pasan a ser luego fósiles de la historia, aunque en algunos casos, como en el llamado socialismo del siglo XXI o en las presuntas izquierdas antisistema, pretendan resurgir, para degradación de los derechos fundamentales del individuo y vergüenza de la ideología misma que propalan. Negar esto sería tan absurdo como pretender que sobrevivan muñecos de hielo en un desierto.

El autor de *Over* pone en voz del bodeguero Eduardo, un personaje secundario, y no, precisamente, en la de Daniel Comprés, su hipotético y simbólico alterego –otro guiño de ambivalencia existencial–, expresiones cargadas de rechazo al sistema de explotación y extorsión imperante en el ingenio azucarero, utilizando conceptos y categorías propios del lenguaje y la teoría del materialismo histórico. Refiriéndose al sistema de bodegas dice: «Este es un negocio cruel (...). La compañía lo disfraza bajo el nombre de “tiendas para atender a las necesidades de los trabajadores en los campos de cañas”, cuando en realidad esto es la muerte de la región. Al latifundio han unido el monopolio comercial más vasto del país, abusando de sus empleados y trabajadores, que temerosos de perder el pan, ni siquiera se atreven a hacer hincapié para obtener protección, porque ello sería considerado como un crimen, y para sostenerse empleados no tienen otra garantía que la de su servilismo» (p.71). Comprés interrumpe: «¿Pero esto no se puede denunciar?». Y Eduardo apunta: «Quien hable aquí de hacer denuncias, ya sea peón, empleado o particular, será calificado por la compañía de “comunista”, “elemento agitador”, “trastornador del orden social”...» (p.72). Comprés tilda de absurda esa calificación y añade: «No puede haber quien tome en cuenta acusaciones tan ridículas. ¿Comunistas, aquí? ¿Solo hay miseria! Nuestro pueblo sufre una economía semifeudal. Nuestras ideas son profundamente burguesas. Además, como dicen los que escriben sobre esas cosas, “no hemos cumplido las etapas sociales” indispensables para tal transformación» (Ibíd.). En gesto consolador expresa: «No creo que el hecho de denunciar abusos

que pueden trastornar la vida del país sea interpretado como acto subversivo, cuando con ello únicamente se perseguiría la obtención de mejores condiciones de vida para los hombres, y así hacerlos más tranquilos, alejándolos más de cualquier rebelión absurda». (p.73).

Utilizar conceptos del marxismo en nuestro país en 1938-39, aun en el ámbito estético, podía ser considerado una afrenta. En *Over*, esta acción representa un gesto de valentía del autor, aunque la transfiera, al hilo de la narración, a personajes secundarios o se aluda el tema de forma indirecta: «como dicen los que escriben sobre esas cosas» (p.72). El poema «Proletario» del representante del grupo Los Nuevos de La Vega, Rubens Suro, publicado en 1940 en la *Antología Poética Dominicana* de Pedro René Contín Aybar, sería, en términos de lenguaje literario, su más cercano parangón. Andrés L. Mateo sustenta que el escritor Héctor Incháustegui Cabral, también reclutado por el trujillismo, aun teniendo la «aureola» de un socialista, «todavía en los años cincuenta se pintará a sí mismo como un “hosco guaraguo materialista” y citará en sus poemas los nombres de Marx y Bakunin», con lo que, en su óptica, procurará alterar y pervertir «la relación entre el artista y el poder dictatorial» (p.11). La dictadura censuró el poema de Suro y *Over* no se volvió a publicar durante los treinta y un años del régimen trujillista. Pedro Mir publica sus primeros poemas en 1937, en el *Listín Diario*, y Juan Bosch ve en ellos la promesa de la gran poesía social dominicana venidera. Su poema «Hay un país en el mundo», una metáfora del país-ingenio azucarero dominicano, caracterizado por la opresión política y la pobreza, se publicará en su exilio, en La Habana, en 1949.

En *Over*, la atmósfera del batey (la finca, el central, el ingenio) es descrita, con acierto literario, como un sistema cerrado, monopólico, de inhumana explotación y de condiciones de vida miserables. Vidas que se desperdician en casuchas que «se derriengan flageladas por el sol» (p.54). El batey tiene un número;

ni siquiera es digno de un nombre. Solo allí los trabajadores pueden gastar el escaso dinero que devengan por medio de los «vales», una especie de letra de cambio con la que sufren el robo de lo que compran a través del «maldito *over*» (p.53). La dinámica productiva y comercial se reduce a «dar *over*» (p.50), una «injusticia», una «iniquidad». A perpetrar, a toda costa, esa infernal «agonía del más» (p.223), de la plusvalía ilícita, del robo indiscriminado a los infelices trabajadores que compran en las tiendas del ingenio y a los propios bodegueros, por sometimiento del *manager*. El *over* se traga la vida de los trabajadores. Los que laboran en la industria de la caña de azúcar les pertenecen al *over*. En un dejo de introspección Daniel Comprés se dice: «Debiste saber que de ti no podías dar nada, porque todo lo tuyo –conciencia, cuerpo, corazón–, era del monstruo que ahoga a los hombres en la agonía del más» (Ibíd.). La diversión en la finca se limita a la ebriedad por ron, a la bachata, a la celebración de rituales *voudou* o a estar presente en un velorio. Los seres humanos allí confinados se encuentran en una suerte de panóptico benthamiano: el *over* rige sus vidas y les vigila constantemente sin que ellos puedan verlo, advertirlo, tener conciencia de ello. No existe «espionaje» más eficaz que el de la finca. En ella, el empleado es, al mismo tiempo, «carne de trapiche» y «lubricante» de la máquina que mueve el «engranaje insaciable» del ingenio (p.62). Así es la vida «en esta república que es el central» (p.31). La «agonía del más», el *over* es vivido por Daniel Comprés como un factor generador de contradictoriedad en sí mismo, de angustia existencial, esa que, de acuerdo con Kierkegaard, «hace patente la nada», la sensación de vacío en el existente, y de sentido de absurdo como eje transversal de los acontecimientos de la vida, en la misma órbita en que giran los personajes de las novelas y los argumentos filosóficos de Albert Camus.

Se evidencia, pues, un sistema de explotación que, aun a inicios del siglo pasado, ya prefiguraba lo que el filósofo surcoreano-

alemán Byung-Chul Han llama «sociedad de rendimiento» o «sociedad de dopaje», en la que, por todos los medios, el individuo de la posmodernidad o de la modernidad tardía está compelido siempre a «dar *over*», sometido a la «agonía del más», en términos de eficiencia productiva y de ausencia de tiempo para el ocio o la contemplación, a través de mecanismos de hiperexplotación y de adicciones como la infoxicación o intoxicación del cerebro y el alma por exceso de información digital, el «*burnout*» o síndrome del quemado mental.

El tema migratorio es de neurálgica importancia en *Over*, porque lo era, y sigue siendo, para la industria azucarera misma, aunque en la actualidad se extiende a otras áreas agrícolas, a la industria de la construcción, al comercio informal y a labores domésticas. «Cocolos y haitianos vinieron este año, como siempre, encerrados en las hediondas bodegas de vapores de carga, de lentas goletas, o en camiones, apretujados como mercancías» (p.83). La cantidad de hombres que transportan supera en dos o tres veces la capacidad de los buques o los camiones. En los barcos «los negros pasan días y noches, los unos encima de los otros, alimentándose con pan y sardinas de latas que les son suministrados por los que el central envía a reclutar hombres a Haití y a las islas inglesas. Esto les revuelve los estómagos a los demás y entonces el vómito se llega a generalizar, hasta quedar la bodega en condiciones tales que no se encuentra lugar donde poner un pie» (p.83). Los que viajan en camiones desde Haití hasta el central lo hacen de pie en las cajas de carga. El exceso de personas provoca volcaduras frecuentes y muertes. Llegan, por mar y tierra, al ingenio central, «molidos, indefensos, y se dejan arrear en rebaños. En un corral de alambre de púas, encerrados como ganado, vigilados por los policías del central que rondan cejjuntos, armados de revólver y machete, son contados y apartados, para ser remitidos a las diversas colonias» (p.84).

Esos viajes en camiones o autobuses continúan vigentes hoy, en cierta forma, producto de la inmigración descontrolada de

obreros y obreras haitianos que, producto de la entrada en vigor de la polémica sentencia del Tribunal Constitucional 168-13, relativa al caso de la ciudadana Juliana Deguis Pierre, que dio lugar a la Ley 169-14, que establece un régimen especial para personas nacidas en República Dominicana, pero, inscritas irregularmente en el Registro Civil y sobre el proceso de naturalización, son devueltos a su país por los pasos fronterizos de Jimaní y Dajabón. El actual Pequeño Haití, barrio de Santo Domingo ubicado en las inmediaciones del Mercado Modelo, constituye una representación de las deplorables condiciones de vida del central en *Over*, debido a la pobreza, insalubridad, caos y abandono en que conviven nacionales y, sobre todo, haitianos. ¿Acaso no llama poderosamente a la atención el hecho de que obreros de la caña, nacionales y de origen extranjero, que entregaron lo mejor de sus vidas a la cruenta faena de los cañaverales, luchan hoy en las calles por una merecida pensión que el Estado les niega rotunda y tozudamente? ¿No será aquí, entre otras condiciones precarias del trabajo agrícola, agroindustrial y urbano, donde radica la vigencia, el no envejecimiento de *Over*?

Un hallazgo importante, desde el plano de la preeminencia del lenguaje como materia prima en la obra literaria, es el cuidado que pone Marrero Arísty en la transcripción fonética de variantes sociolectales del español dominicano de las regiones del Cibao central y del sur, así como de los dialectos derivados del créole (*patois*) y de cierto spanglish balbuceado por los cocolos o inmigrantes del Caribe angloparlante. Una práctica escritural que inició en *Balsié* (1938), con sorprendentes y muy bien logrados hallazgos formales o estilísticos. Además, es interesante notar cómo el *tempo* de la narración responde al movimiento pendular, a la oscilación, desde un tiempo muerto al inicio y desarrollo de la zafra, hasta el retorno, tal vez nietzscheano eterno retorno, al tiempo muerto que paraliza la dinámica del central y de las fincas cañeras. La locomotora en la que se transporta la caña recién

cortada, que Marrero Aristy simboliza certeramente como «la bestia», se detendrá, para detener, también, la vida del central y de su gente, buena parte de la cual regresa temporalmente a sus países cercanos.

Con una nueva zafra habrá de abrirse, una vez más, la voracidad insaciable de la «agonía del más». Y bajo esa lógica inhumana del engaño que representa «dar *over*», alienarse en la procura del más, de la reificación del hurto descarado a seres indigentes y oprimidos, cobran una extraña fuerza y simbolismo, más allá del

Notas y bibliografía

Las citas de *Over*, de la autoría de Ramón Marrero Aristy, fueron tomadas de la edición de Santillana, República Dominicana, 2016. También se trabajó la edición correspondiente a la Editora Taller, Santo Domingo, 1998.

La carta de Marrero Aristy a Secundino Gil Morales, de la que se toman fragmentos, fue publicada por la revista *País Cultural*, Segunda Época, Año 10, n.º 2, julio 2017.

Consulta de *Movimientos migratorios desde y hacia la República Dominicana*, Tomos I y II, Fondo para el Fomento de la Investigación Económica y Social (FIES), Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 2011.

Eco, U. (1984), *El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen.

-----*Apostillas a El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen, 1985.

Han, B.-Ch. (2015), *Psicopolítica*, España, Herder.

-----*En el enjambre*, España, Heder, 2014.

-----*La sociedad de la transparencia*, España, Herder, 2013.

-----*La sociedad del cansancio*, España, Herder, 2015.

García, J. E., «*Over*: una novela que no envejece», *Over*, Ramón Marrero Aristy, Santo Domingo, Santillana, 2016.

drama, desazón, desamparo e infortunio que sobre ellos pesan en la trama de la ficción, la vida cotidiana y el pensamiento y emociones contradictorios de Daniel Comprés y la turbamulta de personajes, explotadores y explotados, ángeles y demonios, que se van a perpetuar en la prosa y la imaginación del también desdichado y trágico escritor y político que fue su creador.

José Mármol
Santo Domingo, D.N.
Agosto de 2017

Kierkegaard, S. (1979), *El concepto de la angustia*, España, Espasa-Calpe.

Mateo, A. L., «La narrativa de Ramón Marrero Aristy», *Balsié-Over*, Ramón Marrero Aristy, Biblioteca de Clásicos Dominicanos, Santo Domingo, Editora Corripio, 1993.

Orwell, G. (1984), *1984*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega.

Serrata, M. (2016), *La poética del trujillismo. Épica y romance en el discurso de la era*, San Juan, Puerto Rico, Isla Negra.

Ciberbibliografía

Frías B., J. <http://hoy.com.do/el-pequeno-haiti-en-santo-domingo-desorden-insalubridad-y-abandono/>

Montero, I. <https://www.eldinero.com.do/14552/trabajadores-caneros-reclaman-pensiones-frente-a-palacio-nacional/>

Serrata, M., «Literatura y poder: la invisible presencia de Trujillo en Over», *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXV, Núm. 226, Enero-Marzo 2009, 109-123.

<https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/viewFile/6555/6731>

<https://www.diariolibre.com/noticias/trabajadores-caeros-reclaman-pensin-en-cn-GMDL379582>

OVER



PRIMERA PARTE

I

Heme aquí en una calle de mi pueblo. Por ella he transitado desde mi niñez, y todo esto tan familiar, tan amable ordinariamente, de repente se me ha tornado extraño.

¿Extraño? He dicho bien. Todo ha cambiado para mí; y sin embargo, estas casas son las mismas de ayer, y las personas que ahora veo, las mismas que me han visto crecer. He ahí al obeso señor Almánzar; cuando yo nací era regidor del Ayuntamiento y aún lo es. Allí se abanica su brillantísima calva don Justo Morales, prestamista durante toda su vida y presidente del Club. Alcanzo a ver dormitando la siesta en la acera de su casa, sentado en cómoda mecedora, al ventrudo señor Salustio, siempre enfermo del hígado y quejumbroso de su situación. Yo me palpo y soy el mismo. Como el primer día, me sigo llamando Daniel Comprés, o mejor dicho: Daniel, que es como me llaman todos. Y, sin embargo, he de reconocer que todo esto que me rodea, visto por mí a cada amanecer hasta hacerme hombre, se ha tornado hoy en algo que me repele; y una gran sensación de soledad se ha adueñado de todo mi ser.

Es indudable: hoy no es ayer ni mañana será hoy. Esta lógica sencilla, pero irrefutable e inmodificable, existe, es palpable. Aquí estoy solo. ¿No lo puedo dudar! ¿No me lo justifican las últimas palabras de mi padre? Lo dijo bien claro. Me parece oírlo. Lo oíré siempre:

—No deseo que turbes más mi paz. Molestas a mi mujer, me molestas a mí; eres una sanguijuela que pretende chuparme la sangre. ¡Vete!

Sí, eso fue lo que dijo. Y mientras sus duras palabras me pegaban en el rostro, mi madrastra, con cara de Mefistófeles, sonreía desde una puerta.

Y si no fuera por el hambre que me atormenta, creería que todo fue un sueño... Pero ¡demonios!, aquella repleta mesa se perdió para siempre.

Mas, pienso a renglón seguido: ¿es esto para un hombre joven?

Sí y no; o mejor dicho: no y sí.

No, porque siendo joven, natural es que se tengan fuerzas, mucho orgullo y un aspecto agradable, por todo lo cual no se puede dudar que se es dueño de la vida. Sí, porque si se tiene orgullo no se pide, y hoy nadie ofrece; porque si se busca trabajo no se halla; y, además, porque en este pueblo cualquier extraño les roba el alma a todos, pero para con los que conocemos, nadie es aquel «noble y hospitalario dominicano» que aparece en las crónicas y que, según afirman, existe en el Cibao.

El Cibao... ¡Ah, el Cibao!... Pero esa rica región está a muchos kilómetros de aquí; endiablados kilómetros de carretera gris, quemada por este sol tropical, que es ideal, cantado por los poetas, pero terrible cuando se le soporta de lleno.

Si yo tuviera aquella lámpara de Aladino en mis manos para frotarla: ¡zis!... Y se abriría para mí el alma de algún *míster* del central azucarero, o me caería del cielo una buena mesa con algún lechoncito ricamente asado, y platos de ensaladas, y pan dorado, y... ¡Ay!, ¿para qué soñar?

Cierto es que frente a mí está el central de avenidas hermosas y casitas de ensueño, pero solo ofrece su «tiempo muerto» como un portazo a todo el que solicite trabajo.

Pero ¿se debe perder la calma porque su padre le haya dicho a uno cosas como «sanguijuela», y luego faltara poco para que le despidiera a la francesa?

Pensemos en ello.

Es innegable que hoy no se tiene un centavo, que se está solo en el mundo –aun en este pueblo donde se ha criado uno–, que ya los compañeritos de los dulces días de la infancia no aparecen. Unos son señores licenciados, doctores, o simplemente grandes propietarios; otros, herederos afortunados, por designios del des-

tino o de la vida. ¡La vida!... Ella nos junta en la escuela cuando somos inocentes, y allí llegamos a la intimidad, practicamos la camaradería. ¡Se necesitaría ser niño corrompido para tener noción de superioridad social en esa época! Pero después... ¡Oh, las cosas cambian! Cada uno coge su rumbo. Unos nacieron para esto y otros para aquello. Estos tienen dinero y aquellos no. Cada cual toma su senda: este hacia arriba, aquel hacia abajo; quien se va metido en un cajón entre cuatro hacia el cementerio, de ese no se habla más. Y luego, los que fueron en contrarias direcciones, se hallan un día en la vida:

–«Adiós».

–«Adiós».

Al más dichoso le queda una duda:

–«¿Nos conocimos?... Pero ¿dónde? ¿cómo?... ¡Ah, sí!... ¡Fue en la escuela!».

Y como en su rostro se reflejara una emoción pasajera, la dama que va a su lado –bien alimentada, esbelta, bella, traje fantástico– le pregunta mimosamente:

–«¿Te molestó ese hombre, querido?».

Él responde:

–«¡Oh, no, mi vida! Solo me trajo un recuerdo»...

Y sin decir más, siguen... hacia una diversión, hacia el hogar feliz.

El otro, desaliñado, envejecido antes de tiempo, murmura:

–«¡Es don fulano!».

Y también sigue; pero ¿hacia dónde?...

Me he desviado un poco de mi centro. Decía que no se debe perder la calma y trataré de conservarla. Allí viene el señor Andújar; le ofreceré un saludo amable. Este señor siempre me ha distinguido, porque es gran amigo de mi padre. Ya pasa rozándose... «¡Adiós!», le he dicho con amabilidad.

Me ha mirado a través de los cristales de sus espejuelos y simplemente ha inclinado la cabeza con aparente dignidad.

¡Qué raro es esto! ¿Qué podrá ser? ¿Le habrá dicho mi padre que yo una vez...? Pero no lo creo, porque cualquier hijo dispone de unos cuantos pesos de su padre sin que esto sea motivo para merecer el desprecio público, y sobre todo si el padre no es amigo de dar y uno lo ha hecho con la idea de comprarse un traje nuevo,

prestarle algo a un amigo en apuros y asistir a una diversión. ¡Qué diablos! Esto es poca cosa.

Sin embargo, parece que le ha dicho algo, porque ese gesto no denuncia otra cosa. Estos señores son hartos sensibles con sus bolsillos.

Yo reconozco que los muchachos que como yo tienen pretensiones de escritores, poetas y cosas por el estilo, son mirados como verdaderas alimañas y arrojados por inútiles e ilusos.

¡Qué gente tan incomprensiva! Desistiré del señor Andújar.

Pero pensemos en el señor Méndez, en don Justo, en el señor Almánzar...

¡Ah, ah, querido! Ya verás que no te hallas tan solo en la tierra. Esos señores tienen hijos a quienes aman, esposas, queridas... Pagan sus cuotas en el club; están suscritos al *Listín Diario* y a *La Opinión*; satisfacen sus contribuciones al Gobierno; son personas civilizadas que comprenden que la sociedad está integrada por elementos que no pueden vivir aislados entre sí, como decía mi profesor de octavo grado. Ellos saben que la perfección del funcionamiento de los organismos más complicados, se debe a la colaboración espontánea que existe entre todos sus miembros, y más aún, a la que existe entre las partículas vivas que forman los tejidos de esos miembros. ¡Gente así no me puede faltar! Voy decidido a emprender la agradable tarea de proporcionarles a mis semejantes una oportunidad de ser humanos, espléndidos, dando muestra de su comprensión.

Han pasado unas pocas horas –¡unas pocas horas nada más!–, y cuán arrepentido estoy de haber pensado que estas gentes eran como me las imaginé.

Todo es diferente. Aquí solo hay... ¡Nada! Que las cosas no son como uno las piensa.

Y yo que creí... Pero solo una cocinerita me sonrió en una de las casas que visité. Los hijos de esos señores parecían engolfados en importantes lecturas, mientras yo conversaba con sus padres exponiéndoles mis sencillos planes de ayuda mutua. Ellos me

prestarían dinero, yo trabajaría y les pagaría sus haberes; luego yo quedaría solo, encarrilado, dueño de mi destino.

Este sencillo plan reveló unas cuantas arrugas en las caras de algunas señoras esposas, y los demás... ¡tan distraídos!

Y luego, las frases de don tal o don cual:

–«Joven, yo lo lamento, pero no me es posible; reconozco sus buenas cualidades, pero usted comprenderá... Yo no puedo arriesgarme... Además...».

Ya, cuando llegaban a esa parte, yo tenía el sombrero en las manos y me hallaba en disposición de marcharme.

¡Así es la vida!



En estos momentos me hallo en la parte alta de la ciudad. Al fondo se ven las inmensas chimeneas de las factorías del central azucarero. No despiden humo. Parece que se caerán la una sobre la otra. Tan altas son que esta ilusión se produce constantemente.

La arboleda cubre las viviendas de ensueño del central. Allí mora gran número de empleados que ante mí se presentan como los seres más felices de la tierra. Tienen esposas, hijitos. Son jóvenes en su mayoría; viven en esas casitas tan lindas, todas pintadas de un mismo color, con sus jardinillos en frente, llenos de flores, de vida. ¡Y con su pan tan a la mano! Rinden sus tareas en los diversos departamentos de la compañía, y cuando terminan sus jornadas, vienen a sus casas, besan a sus jóvenes esposas, acarician a sus niños, toman el baño, y luego, ponen la radio a tocar y leen un periódico, un libro... ¡Eso es vivir feliz y humildemente!

Y seguiría soñando si no me atormentara tanto el estómago, pero... ¡Demonios! ¿Esto es lo que se llama hambre? Pues no tengo gusto en conocerla, señora. Mejor quisiera aquella maravillosa lámpara...

Pero ya vuelvo a soñar y esto no es conveniente.

Ahora recuerdo que me queda un amigo. Se trata de un buen hombre que fue peón de mi casa. Se llama Julio. Yo lo defendí muchas veces, lo traté mejor que los demás y hasta le regalé alguna moneda. Ahora tiene un ventorrillo; voy a ocuparlo, pues

por poca cosa que tenga un ventorrillo, allí se pueden hallar guineos, mangos y naranjas.

Cuatro zancadas y ya veo la casa. Me acerco fingiendo que paseo, tal como corresponde a una persona de mi condición. Llego a la puerta y me detengo.

–¡Oh, vale Julio! –exclamo en tono amable.

–¿Qué tal, don Danielito? –me responde sonriendo–. ¡Dichoso lo s’ojo que lo ven!

Y al instante agrega solícito:

–Epere que le limpie esa caja, caramba. Nosotros semo probe, pero uté siempre aquí está bien llegao.

Ha dicho esto con tanta alegría, tan sencillamente, que me ha conmovido. ¡Si supiera este buen hombre que no he venido por él, sino por sus guineos!

–No se apure, vale. Yo no soy pretencioso.

Eso le digo, y luego, como quien acaba de comerse una gallina, pregunto:

–¿Y esos guineos?

Y él responde:

–Son como azúcar.

Y comienza a desprenderlos del racimo.

–Vaya probándolo –insinúa.

Me lanzo sobre ellos con tal avidez que me olvido de cubrir las apariencias y trago desesperadamente, como un loco.

–Dulces, vale Julio, dulces –murmuro engullendo.

A poco estoy lleno hasta la nuez.

Ahora es lo serio. Tengo que simular. ¿Qué hacer? Me he creado una molesta situación. Pero logro dominar mis nervios y permanezco durante media hora comentando la sequía o cualquier tontería con el vale. Hasta que por fin llega el momento más oportuno para partir. Entonces me pongo de pies, me llevo una mano al bolsillo y exclamo:

–¡Ah! –y lo digo con aire de tonto–. Vale Julio olvidé la cartera... ¡Qué cosa!

–No se apure. No se apure –corta mi noble amigo–. Me lo paga luego. Eso no vale nada.

Y el buen hombre sonrío, sonrío.

—¡Diablos! ¿Por qué sonreirá así? ¿Sabrá él...?

No es del todo imposible. Las cosas se comentan mucho en mi pueblo. No puedo soportar esta idea y me marché cuanto antes, verdaderamente avergonzado.

La noche se me ha echado encima sin ninguna ceremonia. Hay en las calles una profusión de vehículos, gentes y polvo, que me hace daño. Creo que en el único sitio donde se puede estar más cómodo es en el parque principal del pueblo, y camino hacia allá.

Las aceras desunidas, están salpicadas de vecinos que en chanclos y en mangas de camisa, leen los periódicos o comentan los chismes del día despreocupadamente, a la criolla usanza, mientras toman el fresco. Los muchachos juegan a la luz de las bombillas del alumbrado público.

A poco la arboleda del parque se destaca a mi vista. Entre las ramas juegan los rayos de la luz eléctrica. En los paseos se ven señoritas vestidas lo más elegantemente que les ha sido posible, luciendo sus encantos a los hombres del pueblo. En algún banco, una parejita integrada por los indefectibles «él» y «ella», se enamoran como pichones. Él, casi abrazándola, le murmura cosas al oído. Ella, lo oye como en un éxtasis y de rato en rato despierta riendo histéricamente. En otro banco, un grupo de contratistas, colonos y otros individuos que viven del central, hablan de política internacional o criolla, de toneladas de caña, precios del azúcar, del poder de sus equipos de trabajo, integrados por bueyes, carretas y hombres. Por allá, unos muchachos vociferan y corren detrás de un loco mendigo. Suena monótonamente el timbre del cine que está frente al parque. Las muchachas vestidas de seda siguen su paseo con aspecto de pavos reales. Algunos mocitos tímidos, siguen tras ellas a una distancia que les deje entrever sus intenciones, sin ocasionar protestas hipócritas. Las hembras se solazan y sus carnes jóvenes y mórbidas tiemblan oprimidas por los ceñidos trajes.

Yo, desde un banco los contemplo a todos, felices, despreocupados, seguros de que esta noche hallarán una buena cama

donde dormir. Los veo. Ellos desfilan indiferentes ante mí, como si yo no existiera.

De momento aparece una figura que me es conocida y que cruza el parque a largos pasos. No me equivoco, se trata de mi padre, el señor Lope Comprés. Ya casi lo había olvidado, pero al verlo pasar como un extraño cerca de mí, me siento sublevado y apenas puedo contener el deseo de gritarle: –«¿Qué has hecho?! ¿Por qué me dejas así?! ¿Debiste darme para el camino! Yo no estuviera en la tierra si no fuera por ti; y ahora me dejas solo, ¡solo!; sin profesión, sin oficio, ¡sin nada!» Pero reprimo ese deseo, y a pesar de mi amargura no digo nada. El profundo conocimiento que sobre mi padre tengo, me ha cerrado la boca. ¿Qué ganaría con hablarle? Nada. El viejo tiene sus ideas; no entiende esas cosas. El hecho alarmante de haberle gastado algún dinero en ciertas ocasiones y el no menor de haberle reclamado mis derechos de hombre y de hijo delante de mi madrastra en momentos en que ella pretendía humillarme, le han vuelto contra mí; o eso ha servido de pretexto para que descubriese sus deseos de echarme, porque adivino que en el fondo ya hacía tiempo que tenía su resolución hecha. Se mostraba desconfiado. Me consideraba un sujeto peligroso para sus intereses, y como es un hombre endurecido, jamás se ha explicado cómo a mi edad no vivo por mi cuenta.

Ahora recuerdo una historia –la suya– que me ha contado más de cien veces.

Mi abuelo –su padre– no fue con él todo lo bueno que se debe ser con un hijo. Era hombre muy rudo de campo, y desde pequeñín dedicó al hijo a faenas durísimas. Mi padre creció casi a la intemperie, perdido durante largos períodos en los montes, en cortes de madera, en conucos solitarios, abiertos en el corazón de montes inmensos. Los cortos días que pasaba bajo techo, era sufriendo el desagradable trato de una madrastra irascible. Y así, explotado, desconocido como ser humano, llegó a hombrecito. Fue entonces cuando el viejo le dijo:

–Amigo, ya lo he criado. Vaya ahora por ahí a ver cómo vive.

Eso ocurrió en un campo. El muchacho se fue cabizbajo, mochila al hombro, rencoroso, con ganas de incendiar la tierra. Luchó rudamente. Como tenía personalidad, se hizo dueño de una

sección rural. Allí fue un verdadero cacique. No había moza que no se le entregara, porque además de buena presencia, buenos caballos y dinero, poseía esos arranques de macho ante los cuales se desmayan las hembras sin condición alguna.

Los hijos abundaron, pero ninguno vivió con él. Eran el producto de cualquier cópula salvaje bajo la lujuria de los montes.

Uno de esos hijos soy yo. Y ahora, al compararme con mis otros hermanos, y al recordar cómo mi padre fue criado y en qué forma vivió, comprendo que mucho ha hecho con darme comida hasta hoy.

Mi indignación se ha apagado ante la evidente razón.

De un vagón de los que emplea el central para el transporte de caña, he hecho mi dormitorio. Mi americana tendida en el piso, yo sobre ella, y sobre mí, el cielo estrellado.

Las horas van lentamente. El sueño se me ha fugado. Cerca, las grandes factorías muestran mil ojos sin luz, mientras las ranas croan, croan, croan...

De rato en rato, un sereno lanza al espacio el grito de su silbato. Ladra un perro. Canta un gallo. Silencio.

II

Las ocho de la mañana. Me hallo en la puerta principal de la gran bodega del central azucarero, esperando la llegada del *manager*.

Procuro, mientras tanto, recordar algo sobre este hombre a quien he visto muy pocas veces, a fin de dirigirme a él en una forma adecuada. Pero las cosas que he oído decir acerca de este magnate no son muy halagadoras. Se llama Mr. Robinson, tiene unos cincuenta años que no aparenta. Es más obeso que un tonel y según dicen, tiene un humor de todos los diablos. Suyas son historias como esta: cuentan que hasta el asistente o segundo *manager* –un *míster* latinoamericano–, llegóse un mozo en busca de trabajo. Según me contaron, el muchacho tuvo la fortuna de obtener del segundo una plaza en la tienda central. No se había

percatado de ello Mr. Robinson, debido a su costumbre de no mirar ni saludar a quien no pertenezca a su raza –costumbre que practica hasta el extremo de que empleados que llevan diez años en su oficina, a su lado, no le han oído decir «buenos días»–, hasta que hallándose una mañana en la puerta de su despacho, asomado a la tienda, mirando a la gente que llegaba y salía, vio entrar al joven taconeando con unos zapatos muy a la última moda. Miróle de pies a cabeza. Halló que tenía un talle muy largo, la cara llena de barros, la camisa deportiva y muy limpia... y al instante llamó a *míster* Lilo –que así se llama el asistente. Cuando lo tuvo frente a su escritorio –ya había movido su humanidad hasta allí–, le preguntó fingiendo extrañeza:

–Lilo, ¿este hombri largo de camisa de *jersey*, trabajando aquí?

–Sí, Mr. Robinson –respondió el subalterno.

–¡Oooh! –exclamó el norteamericano como sintiendo náuseas–. Sacando ese hombri muy pronto de aquí, ¡muy pronto! Mí no queriendo verlo más, ¿comprendí?

¿Y qué hacer? Al instante el muchacho fue despedido.

Me dijeron luego que era un excelente empleado y una buena persona, pero bastó con que el *manager* no estuviera de acuerdo con que la naturaleza lo hubiese dotado de un talle poco común, y que por añadidura llevase camisa deportiva y zapatos con tacones de suela.

Y también cuentan de él lo siguiente:

Cierta vez, uno de los encargados de tiendas de campo, individuo que contaba más de dos años rindiendo buena labor, tuvo la mala fortuna de dirigirse al *manager* en solicitud de un permiso, según su carta, para ocuparse de su salud, no muy buena en esos días.

Leyó Mr. Robinson la carta, y al pie de esta, el nombre del encargado de tienda. Quedóse con la vista entornada como quien registra el pasado, mientras tamborileaba con los dedos sobre el cristal de su gran escritorio. A poco se le oyó exclamar:

–¡Oh, caramba! ¡Mí cree que ricuelda...!

Y llamó al asistente.

Presentóse este. El jefe le preguntó sin preámbulos:

–Este que firmando aquí, ¿no trabajando en el planta eléctrica del pueblo alguna vez?

El asistente se rascó detrás de la oreja, forzando el cofre de su memoria para hurgar allí lo que debía responder a su jefe; hasta que al fin, con la alegría reflejada en el rostro, como si hubiera hallado un caudal, contestó:

–Sí, Mr. Robinson; cuando él era pequeño sirvió allí de mensajero.

–¡Ah, ah! –exclamó el ventrudo rubio–. ¡Botando ese hombri seguido! ¡Ese hombri una vez haciendo para mí un cosa muy mala! ¡Muy mala!

«El cosa muy mala» que el empleado «haciendo para él» cuando niño, fue lo siguiente:

Como se ha dicho, el chicuelo era mensajero de la planta eléctrica del pueblo. Mandado que fue a llevarle una nota al referido personaje con instrucciones de que esperase respuesta, el rapaz, que era bastante impaciente, se dirigió al señor del gran escritorio:

–Oiga, *míster*. Yo espero contestación y hace media hora que estoy aquí.

Se volvió el blanco y en tono despectivo exclamó:

–¡Oh, machacho! ¡Mí no hablando con gentes de tu tamaño!

Fue aquello como acercar fuego a la pólvora. Sintióse herido en su amor propio el pequeño, y acto seguido le espetó la siguiente andanada de palabras de su repertorio:

–¡Blanco del diablo! ¡Barriga ‘e pandero! ¡Lo que usté busca e’ que le saque a pedrá los quintales de boñiga que tiene en esa panza!

El yanqui gritaba alarmado:

–¡Oh, diablo, diablo! ¡Sacándomi de aquí este diablo!

Y el chicuelo, que sabía cómo se cumplían las órdenes de Mr. Robinson, puso pies en polvorosa diciendo horrores de la progenitora del americano y de otros miembros de su familia a quienes parecía conocer de viejo.

Este desagradable recuerdo motivó que diez o doce años más tarde un hombre perdiera su empleo.

Y como esta, y aún peores, del señor *manager* se cuentan muchas historias.



Veo una especie de fardo blanco que asoma su volumen por aquella avenida. Mucho se parece a una persona, y siendo una persona, no se puede dudar de su identidad. Solo mi hombre tiene una fachada semejante.

No me he equivocado. Es el señor *manager* que hoy ha querido hacer ejercicio y permitió que el chofer trajera el automóvil sin su carga. Supongo que el vehículo debe estar de plácemes, y si lo viera, con todo y ser una máquina y aunque la gente pusiera en tela de juicio el equilibrio de mis facultades mentales, lo felicitaría sinceramente, porque ni a los hierros les debe ser grato echarse encima un volumen como el de este señor.

Acaba de entrar. Me doy algunos paseítos mirando los escaparates de la gran tienda en lo que el sujeto se despoja de su americana y toma posesión de su asiento. Han pasado unos diez minutos y creo que es tiempo sobrado para haber realizado esa operación. Me encamino a la puerta de la oficina. Ya estoy frente al enorme señor. No ha levantado la vista, a pesar de que sabe que alguien está frente a él; pero no hay que desanimarse, es su costumbre.

Carraspeo un poco, y como no se da por enterado, le hablo:

–Mr. Robinson... Yo deseo que usted me permita algunas palabras.

Me mira. ¡Qué ojos tan azules y desconfiados! Parece que no es posible entablar relaciones cordiales con su dueño. Se diría que teme ensuciarlos mirando a personas que no sean como él.

–Hablando pronto, –exige en tono poco amable.

Sé que no debo perder tiempo y digo:

–Deseo trabajar en este departamento. Tengo experiencia en el oficio, porque en mi vida no he hecho otra cosa.

Nunca había vendido una libra de arroz, pero lo dije con gran serenidad.

–¿Dónde trabajando usted anteriormente?

–En muchas partes. Yo...

–¡Mi pregunta que dónde trabajando usted la última vez!

–¡Ah! Ya entiendo... ¡En Barahona!

–¿Cuánto tiempo?

–Cinco años.

–¿Por qué saliendo usted?

–Eee... yo renuncié porque tenía aquí un pariente enfermo. Usted comprenderá...

–¡Basta! –me corta áspero.

No tengo tiempo de pensar. He dicho una porción de mentiras que no había preparado. Estoy en el aire. El americano oprime un botón y se presenta *míster* Lilo.

–Arreglando este hombre para mandarle al campo, –ordena el jefe.

El segundo se inclina ante él y con la mirada me indica que le siga los pasos.

Nostrasludamos a otro departamento. Casi no puedo explicarme lo ocurrido. ¡Cuesta tanto trabajo obtener un empleo de estos! Y sin embargo a mí, en la forma más precipitada y extraña, sin que yo mismo me enterase de que se me había aceptado, al fin de un diálogo harto accidentado, a pesar de lo breve, acaban de recibirme como bodeguero del central.

Tiemblo de alegría. Y no es para menos después de solo haber comido guineos el día anterior y haber pasado la noche a la intemperie.

Pellízcome muslos y manos para convencerme de que no sufro una pesadilla echado en el duro vagón. Pero no hay duda. Estoy despierto.

Me indican que ocupe un escritorio. Un taquígrafo me ofrece un formulario en el cual se pregunta desde nombre del solicitante de empleo hasta cuáles son sus ideas filosóficas, pasando, desde luego, por aquello de si toma drogas, bebidas alcohólicas, si es terrateniente, cuál es su temperamento, y si no me equivoco, también si el mortal que tenga la obligación de contestar todo eso, alguna vez en la calle ha tropezado con un comunista.

Lleno el formulario en el acto. Luego el taquígrafo me pregunta en voz baja:

–¿Sabe usted que va a ganar ocho pesos semanales en una bodeguita de campo?

No lo sabía, pero respondí que sí.

–Entonces, firme aquí.

Me extiende una hoja impresa en inglés. Por algunas palabras que mal entiendo de ese idioma, me entero de que se trata de fianzarme, nada menos. Una compañía de seguros de allende el mar se hace responsable de mí, sin yo conocerla... ¡y sin conocerme, es natural!

–Espere un momento –dice nuevamente el asistente.

A poco viene un alemán colorado como un tomate maduro a quien he oído llamar *míster* Baumer. No sé por qué su cara me recuerda la de un sátiro. Me examina de una mirada y me lanza a quemarropa:

–¿Usted es el hombge?

–Sí, señor.

–Espera en aquel auto. Yo va en seguida.

Se le nota que hace esfuerzos por evitar la g. Obedezco –no hago otra cosa desde que entré aquí–, y ya instalado en el vehículo veo venir al teutón seguido de otro empleado. Traen un maletín, una balanza y una cuerda para colgar dicho instrumento. Ocupan el asiento delantero. El alemán toma el volante. Resopla el motor mientras el automóvil realiza maniobras. Luego, se tiende calle arriba, hacia el pueblo, tragando brisa.

La ciudad se ha quedado detrás, llena de indiferencia. Cuando se vuelve la mirada, se ven las inmensas chimeneas elevándose al cielo, como robando nubes. Frente a nosotros se arrastra la carretera gris, flexible y larga. A nuestros lados se fugan paños de montes, potreros, bateyes diminutos que escapan miedosos, cañaverales, bueyes.

Solo, en el asiento trasero, tirado como un fardo, observo la nuca poderosa como de toro, del alemán que conduce la máquina. Ni una palabra, ni una mirada me ha dirigido. Comprendo al instante que se me lleva allí como se lleva una cosa.

Algo raro me sucede. No creí que una alegría como la que experimenté al salir del despacho del *manager*, comenzaría a desvanecerse tan pronto. Esta completa indiferencia hacia mí, el silencio temeroso de los empleados de aquella oficina, gentes

que se mueven como sombras, los dependientes hablando en voz baja y como temiendo constantemente una llamada del jefe, a quien tienen que obedecer sin errores y sin demora; todo eso me ha causado una desagradable impresión; me ha dejado en una especie de vacío, con un presentimiento que no llego a definir.

En cambio, ¡con cuánta desenvoltura hacía sonar sus grandes botas el alemán! ¡Qué dueño de sí mismo el asistente o segundo *manager*! Y el gran nortño, en su espacioso escritorio, echado hacia atrás en aquel cómodo sillón, luciendo su gran boca de batracio y su vientre enorme, como un rey en su trono.

Nunca olvidaré a esos hombres que hablan fuerte y pisan como militares. Ni tampoco se me borrará la visión de aquellos empleadillos –encanecidos algunos, a pesar de ser jóvenes– adosados a sus escritorios como una maquinilla u otro instrumento del servicio.

El hambre y el ronquido monótono de la máquina me van adormeciendo, y lo que conozco de la gran compañía, pasa por mi mente como una cinta cinematográfica...

Veo al administrador en una especie de alcázar que le sirve de residencia, rosado, saludable, rodeado de unos veinticinco sirvientes, mirando abstraídamente el mar. Quizás piense que no puede conducir a la vez sus cinco automóviles y que su sueldo mensual necesita cuatro cifras para escribirse en dólares. Luego, como una procesión, van desfilando los subalternos: el subadministrador –hombre activísimo, cuya rigidez solo puede ser comparada con la del hierro–. También su sueldo necesita de las cuatro cifras. Siguen los jefes de departamentos, que son algo así como los secretarios de estado de esta república que es el central. Se denominan superintendentes, y los hay de tráfico (encargado de los trenes), de construcción, de cultivo, de crianza. Existe el auditor, que maneja las finanzas y todas las oficinas, y finalmente, el enorme *manager* de lo que ellos llaman *Stores Department*. Sus sueldos oscilan entre los ochocientos y seiscientos dólares al mes, además de mil comodidades y

servicios que se añaden a estos cargos que son verdaderas canonjías.

Van detrás los demás empleados de trescientos, doscientos, cien dólares mensuales. Todos –con rarísimas excepciones– extranjeros que ocupan las mejores residencias destinadas a empleados en las avenidas del batey central. Y finalmente, los empleadillos del género de aquellos que parecen formar parte del escritorio, a quienes sospeché tan felices en sus casitas verdes, con sus mujeres cariñosas y sus hijitos pequeños.

La máquina ronca, ronca. El alemán parece de plomo. Su compañero contempla el paisaje que se fuga veloz.

De momento, un impacto me sacude el adormecimiento. Ruge el motor. Es una recua de burros cargados de víveres y carbón, que va hacia el pueblo. Sus guiadores, hombres y mujeres ennegrecidos, rotos y macilentos, miran con horror nuestra máquina, desesperados porque sus animales se han dispersado. El blanco, al moderar la marcha, ha lanzado una palabrota en inglés o en alemán, que a juzgar por el tono debe significar algo atroz. El empleado sigue mudo.

Pasamos sin cuidarnos de los campesinos ni de sus animales. La máquina reanuda su marcha. Vuelvo a dormirar.

Un kilómetro más allá, el automóvil disminuye nuevamente velocidad. Cambia de dirección. Ahora los saltos no me permiten reposo. Saco la cabeza y veo que hemos abandonado la carretera y vamos por un carril que semeja una cicatriz en el vientre del gran cañaveral.

Los haitianos con quienes tropezamos se lanzan asustados entre la caña. El vehículo continúa dando tumbos. El alemán parece un dios que domina el motor.

A poco aparece un batey a la vista. Casitas en hileras paralelas, todas blancas, menos una, que fuera de orden, aparece negra como el carbón, despidiendo humo por una chimenea que le sale del techo. Es la bomba. Detrás se levantan tres barracones con los ojos abiertos. Más allá, la bodega, pequeña, aplastada, se encoge en un rincón.

III

Llevo dos meses en un batey sin nombre, porque los fundadores de este central, en su afán de abreviar tiempo y despersonalizar tanto a las gentes, a los sitios como a las cosas, lo han numerado todo. Y es cierto que he matado mi hambre, pero no sé qué hacer con este hastío que me engulle día y noche.

El batey es pequeño. Solo tiene unas treinta casas, y en él no vive persona alguna con quien pueda hablar de las cosas que pienso. Porque allí está el viejo Dionisio, el mayordomo del contratista, pero de ese negro sí que podría decirse que se ha tragado la lengua. Cuando no va en su mula baya mirando las cosas como si no las viese, dormita en el balcón de su casita blanca despidiendo el tufo del ron que se ha bebido durante el día.

El único que habla por cinco y hasta por diez, es Cleto, el policía del central, un cibaño colorado como un camarón y borrachín hasta más no poder. ¡Demonio de hombre este! Al principio no me gustaba, pero luego, observándolo bien, oyendo su inagotable torrente de dichos e historias, se me ha revelado su verdadera personalidad y ya le encuentro muy simpático.

Desde el amanecer monta en su mulo blanco, y como su casa está contigua a la bodega, al instante le tengo apoyado en la ventana, pidiéndome «su mañana», la cual consiste en medio vaso de ron. Y si ese día tiene que prestar algún servicio urgente, dice pocas cosas, toma otro trago «pa' no quedarse cojo», y se marcha. Pero si puede perder un poco de tiempo, ¡ya voy a oír historias de sus amores y de sus combates!

Por allí se acerca. Creí que se hallaba en el batey vecino, haciendo la rueda a una querida que tiene allá, y por la cual la buena de Nica –la mujer de «entre-casa» que tiene aquí, callada y taciturna como una figura de la desesperanza–, vive ahogada en celos.

Y no me causa extrañeza que haya dirigido el mulo hacia acá, ya que no puede pasar cerca de la bodega sin darse su «palo».

Después de atar las bridas del mulo en una de las delgadas columnas de madera de una especie de balcón que tiene la bodega para que los compradores medianamente escapen a las inclemencias del tiempo, se ha parado delante del mostrador, y

como desde allí no se me ve porque estoy en el depósito, suena su voz inconfundible:

–¡Bodeguero, bodeguero! Saiga d’eso rincone y venga a ponei-me una toma. Uté ta viviendo mejoi que’l aminitradoi dei centrai.

Sonrí y voy a servirle, y no bien lo he hecho, cuando ya tiene el vaso en la diestra y levantándolo a la altura de sus ojos, haciendo como que mira a través del cristal y del ron el paisaje que ofrecen los cañaverales, dice:

–¡Ay, bodeguero! ¡Asina e’ como ma bonita se ven la cosa!

Y bebe de un trago el espirituoso ron.

Hace un gesto de desagrado, escupe y comenta:

–Me va a cotai cambiai esa maica, poique ya tan dañándola... Aicánceme un chin de agua.

Le dejo escupiendo y voy por lo que me ha pedido. Cuando estoy de regreso, antes de tomar el agua, inclina el cuerpo sobre el mostrador, y mirando hacia su casa me pregunta en tono confidencial:

–¿Uté no le ha oído na a Nica?

–¿A Nica? ¡Pero qué le voy a oír, si ella no habla!

–¿Qué no habla, vale? –dice sorprendido, echándose hacia atrás–. Yo soy el único que le conoco la puiga. Uté la ve asina dique calláita, con su cara de angelito, ¡pero tiene la música poi dentro!

–Sin embargo, siempre la he tenido por una mujer inofensiva.

–¡Ay, vale! Asina taría uté en su mano. Eso lo dice uté poique e mozo y no ha lidiao mujere. Eso son lo pájaro ma mai engendrao que uté pue jallai. ¡Mire que eta mía...! Lo único, que se ha trompezao conmigo, que no se me pue roncai ni andaime con periquito; que si ella se hubiera dao con un pendejito ya se le hubiera montao ma j’arriba e la cabeza. Pero conmigo...

Claramente, con un gesto, sugiere el resto de su frase. Luego bebe un poco de ron, carraspea, escupe de nuevo y mira otra vez los cañaverales con gesto de ensoñación.

–Bodeguero –dice entrecerrando los ojos–, yo le aseguro que ya los’ombre no son un pie sucio de lo que eran en mi tiempo. Yo me veo dique atenío a do mujeicita y ni an me conoco... ¡Jai caramba!... ¡Mire! Le voy a contai una hitoria de lo tiempo en que yo vine a eta finca poi primera ve...

Vuelve al ron, toma agua y se dispone a cumplir su promesa. Sin más preámbulo comienza a hablar:

–Andaba juyendo, poique le había paitío ei pecuezo a un degraciao, cuando llegué poi primera ve a l’ete. Era en eso tiempo que se taban abriendo la tumba, y ei dinero corría poi lo carrile ni e l’agua en caña cuando llueve duro. Dede que me metí aquí me sentí ni an pueico flaco en batatai bien parío, poique ganaba dinero en baibaridá, y ei día y la noche eran coito pa corretiá, andai en un caballo que éi solo valía un dinerái, mujería y tirá ei dao. Yo taba encaigao de abrí una baibaridá e tumba, y tuve la sueite de trompezame con ei maidito hombre ma pechú pa cogese lo ajeno que he vito en la tierra. Era un condenao mayoidomo de lo lao dei Suu, que me repoitaba cantidá j’e peone que no esetían, poique eran nombre faisó; y lo día j’e pago, cuando yo diba a la oficina a cobrai, ¡no había chivo e Neiba que saitara la jangá e papeleta!

«Jacía ei cobro, y dende que voitiaba la cara... ¡ahí taba ei maidito hombre, ni an perro velón aonde matan un pueico! Y dende que yo jacía asina y picaba pa’ dime... ¡ahí diba ei condenao atrá de mí como ei que va siguiendo gallina! Desimulaba jata salí dei batei, pero dende que no lo veían clavaba ei mulo y a poquito me daba aicance, poique yo lo eperaba en cuaiquí carrí.

»No j’añangotábamo en medio de una pieza e caña, y seguido se prencipiaba ei repaito. “Aquí tan lo de lo peone”, “aquí tan la chiripa”, dipué ¡toa esa loma que sobraba la paitiamo entre lo’ do!... Vale, ¡qué jangá e papeleta!».

Después de esta exclamación se detiene. Permanece un momento extático, como si contemplara el dinero que cobró aquella vez. Se muerde el labio inferior. Luego, corriendo su mirada sobre el aparador, dice:

–Aicánceme otro palito, que ese maidito romo me ha dao garrapela. Vo’a dejai de bebei romo e coloi. ¡Deme de aquei blanco!

Se lo sirvo y bebe con rapidez. Toma otro poco de agua y continúa:

–Vale, y la cosa hubiera seguío asina, poique yo no pensaba dejai esa vida; pero en eso se le ocurrió ai condenao mayoidomo traéi

una mujeicita que tenía en ei Suu, y con ella a do heimana d'ei que todavía no se habían empliao y taban señorita.

«Quiso ei pecusio que de la tre la que má me gutara fuera la mujeicita. Dende que la vide me dentró un revoitillo, vale, que me tenía lo seso ai galope –poique mi mayoi degracia siempre han si'o la mujere–, y le juro que me se oividó qu'ei bendito hombre y yo éramo medio amigo y jata medio socio.

»Poi má que quise conteneime, ¡qué va!, cuando vine a vei ya le había maichao a la mujei –que se ñamaba Engracia–, y de ahí p'alante ya no fue posible aguantaise. To era brega de aquí, y brega de allí, y ella na má diciendo que si yo no veía que ella tenía su marío; que me enamorara de una e la muchacha; y qué sé yo, y qué se cuándo... jata que ei día meno pensao, ¡vale!, me dio ei suto e decime a boquejarro que sí, que ella me quería dende ei día que me vio...

»¡J'a maidita! ¡Aquello taba bueno, bodeguero! Yo no he trompezao con mujei como aquella, y mire que yo he comío laigo. Me di una emburujá, vale, que ya yo no paraba en la tumba, sino en la casa ei mayoidomo. Y ei condenao hombre que me topaba a toa s'ora allá, di una ve prencipió a supechai, a poneiseme repelú, delicao y con una ñoñería que ya me tenía ai canto de rompeile ei bautimo. ¡Y juré que se l'hubiá rompío, poique laj gana j'e reguiliámelo me tenían loco! Pero en eso la condená mujeicita, que se manijaba aguantándome, me se apareció con una salía que me dejó con la boca abieita...».

Unos haitianos que venían a comprar, al ver a Cleto hablando frente al mostrador, prudentemente han seguido de largo. El policía, haciendo un gesto de desagrado, exclama:

–¡Jesús! ¡Qué pete tiene esa gente!

Y como los peones llevaran el paso corto, les ha gritado:

–¡Acaben de pasai, jediondo j'ei diablo!

Los negros obedecen temerosos, con una sonrisa servil que solicita disculpa. Cleto escupe, toma un nuevo trago y continúa:

–Mire bodeguero, cuando a la mujei se le mete en la cabeza jacei una cosa, quítese de abusione poique la j'ace. Uté laj ve jasina que una con otra se tiran ai pecuezo, pero en tratándose de jacei una sinveigüencería en sociedad, se tapan como heimanita.

«La condená se compuso con Toña, la má vieja de la do s'eimana dei marío, pa que dijiera que tenía amore conmigo. Y la Toña, que na má andaba pelándome ei diente dende que vino, di una ve dentró en ei asunto. Y asina, como tábamo lo tre compueto, la cosa aparentaba sei lo má naturai. Ni Engracia se ponía celosa, poique to lo había compueto ella, ni ei mayoidomo supechaba ya na y se había pueto lo má mansito.

»Pero vale, yo nunca he podío jugai con candela sin quemaimo lo deo. La muchacha tenía una pieina y uno pechito que eso daba guto. Y eso de tai to lo día sentao ai lao d'ella... ¡Mire! Pa no cansaile ei cuento, en meno e quinze día ya Toña y yo no j'abíamo dao una emburujá que na má se veía ei plumero».

Suelta un «¡j'anda pai sipote!», y ríe recordando su triunfo. Vuelve a echarse un trago de ron y continúa más colorado que nunca:

–Pero ahí no se para e l'asunto, vale. La otra heimanita no era cosa dina e deprecio, y como me había peidío la veigüenza, ya se manijaba to ei día na má que poniéndome nombre y jata usando su jueguito e mano conmigo. ¡Mire vale, ya yo taba ni an muchacho jaitón que lo ponen a comé en demasía! Cuando me pasaba ceica Engracia, manque tuviera ai lao de Toña, le daba su naigá; y dende que daba la epaida, le daba su moidía a Toña pa que no creyera que yo quería má a la otra. Ella me se quería revoitiá, pero pa qué tenía yo eta lengua: «Critiana, no vé que hay que mantenéi l'apariencia», le decía, «no ve que na má te quiero a ti». Y to seguía lo má bien.

«Pero ei tanto sobai y ei tanto embromái la pacencia ya me habían pueto demasiado manituoso, vale, y cuando vine a vei ya taba pellicando a la má chiquita, y a ca rato retozando con ella, y tomándole ei pelo, y cuando no me oían la s'otra le decía que ella si era buena jembra, que era la má bonita de toa, que qué bonito tenía eso pechito, que qué dichoso ei que se tirara ese bocao... y por aquí, y por allí, y cosa j'asina que a ella la voivían loca e la risa, ¡y ei veneno e la mano, vale! Jata que un día, compai, llegué ai bojío medio taide y medio metío en mi amaigo, y me trompecé con que to se habían dío pai pueblo a compai lo trate j'e nochebuena que era en eso díita, y que la única que taba allí, solininga, era la muchachita...».

Aquí el policía se relame de gusto, y con la boca llena de risa, mirándome a los ojos, pregunta:

–Vale, ¿uté se ha jallao alguna ve con una caitera con cien papeleta? Bueno, pues si no se la ha jallao, póngase a pensai en ei volío que daría de contento. Pue ¡créalo!, que ese día me puse como si me hubiera encontrao la caja dei centrai abieita en una pieza e caña!

«Ensegúa me tiré dei caballo, me metí en la casa, y sin mirai p'atrá tan siquiera, tranqué la pueita e la calle... La muchacha, que se taba dando cuenta, se puso coloraíta, y to se le diba en preguntaime que si yo taba loco, que qué diba a jacei, que si me tentaba ei diablo, que no fuera malo... Pero ¡qué va, critiano!, si en la cara se le veía que guto no le faitaba a pesai de la veigüenza; y dende que le laigué la primera tenaciá me se quedó paraíta, temblando, con la cabeza agachá, y de ahí p'alante... bueno, vale... ¡ya uté se pue imaginá!».

Ríe a carcajadas. Yo no puedo menos que acompañarle. Luego sigue:

–¡Anda pai sipote, bodeguero! ¡Eso era andai derecho! Solo poique ei diablo se enconde en toa paite fue que me se pudo echai a peidé aquella diveisión.

Sigue riendo. Empina el codo otra vez y continúa:

–La cosa se dicompuso, vale, poique la maidita muchacha precnciaron a vomitai y to ei mundo se dio cuenta dei decalabro, y ¡j'ave María Purísima! ¡Entonce si se aimó la de Dio j'e Crito! Ei mayoidomo taba jecho un león y na mâ decía que me mataba, que'to, que l'otro; que p'allí que p'aquí. Jata que un día me cogieron lo cuento mai confesao, me cansé de que me hicieran mâ cuento, y una noche, a eso de la una, fui a su casa y lo ñamé:

–«¡Dun! ¡Dun!».

–«¿Quie n'e?».

–«¡Yo, Cleto, que vengo a conveysai co n'ute!».

–«¡Ombe, pero eta no so n'ora!».

–«Pa lo que yo quiero eta e la mejoi...».

–«Y en seguía precnciaron la mujere a dai grito y vociaime que poi Dio me dejara d'eso. Y ei maidito a decime que esa la pagaba yo, que ya se diban a acabai la consideracione, que a l'otro día la

juticia se encaigaría de mí, y qué se yo y qué se cuándo... Jata que me se prendió la sangre y prencipié a vociaile que saliera pa fuera pa que supiera lo que era hombre. Y como no salía y hablaba má que una docena e cotorra, me decalenté y pelé por ei revoive y le caí a tiro ai zin de la casa.

»Ya a la bulla se había alevantao to ei batei y prencipió a correi la gente, y a rogaime de lejito que me tuviera quieto, que no jiciera eso, que ei no se metería má conmigo... Y mientras tanto ei muy pendejo no salía.

»Vale, a mi na me da tanto ecrúpulo como abusai de un hombre flojo, y le dije a to ei mundo que se acotaran y que yo me diba. Y asina fue. Ya me se había quitao la rabia poique en concencia sabía que yo era quien había peijudicao ai probe hombre, y me sentía jata medio aveigonzao. Asina a l'otro día no jicieron dique amigo, y quedamo en que yo mudara una de la muchacha y que la otra se quedara en la casa. Lo hicimo asina, y pa no cansaile ei cuento le diré que la má chiquita se murió de paito y la otra se fue co n'ei muchachito pa ei Suu, poique la familia la mandó a bucai dende que supo ei decalabro, ¡y como ya yo no tenía apuro!...».

Ha dicho esto encogiéndose de hombros, sirve otro trago y rápidamente se lo bebe.

–¡J'ave María! –exclama–. ¡Qué malo tan fabricando ete romo! Mire vale, pa romo bueno ei Cibao.

Escupe arrugando la cara, se enjuaga la boca y luego se queda mirando los cañaverales con vaguedad. Está casi borracho. Como parece que no va a proseguir, le interrogo:

–¿Y el mayordomo y su mujer?

Me responde:

–Eso siguió asina, bodeguero. Yo en mi teje co n'ella y ei jaciéndose ei zonzó, poique me tenía un fua que se miaba. En eso se acabaron la tumba, yo me fui pa ei Cibao y má nunca voiví a sabé d'ello.

–¡Usted era el diablo!, comenté.

Desatando las bridas de su mulo infla el pecho y me dice:

–¡Yo era hombre y no tietó!

Ya montado y saliendo del patio me grita:

–¡Jata la vueita, vale!

Y se aleja a galope, camino del otro batey. Nica, en la puerta, lo mira con desesperanza.

¡Qué hombre este Cleto! Para él no reviste importancia otra cosa que no sea batallas, gallos, mujeres y ron. Suponiendo que cada hombre tenga una idea fija, esa debe ser la de este. Decididamente, no es de mal corazón. En su casa la comida es abundante y su mayor placer consiste en regalársela a quien la necesite. El dinero del sueldo nunca le alcanza, porque debe tanto y da tanto, que necesitaría ganar una suma mucho mayor para vivir sin deudas. Y creo que las contraería aunque ganara un millón, porque de poder hacerlo, seguramente en cada batey tendría un harén. ¡Qué deseo de faldas! Y ¡qué sed de ron!

El viejo Dionisio es otra cosa. Toda la vida lo recordaré, tal como le vieron mis ojos el primer día, meciendo su obesa figura en la silla de su mula que siempre camina con las bridas sueltas, la cabeza inclinada y los ojos perdidos entre las patas. Cuando mi vista lo alcanza, sé que viene por media botella de ron. Hay días en que se toma seis, y como mínimo, tres; pero eso es nada para él. Jamás he visto otro individuo que pueda beber tales cantidades de alcohol sin inmutarse. ¡Es que sus doscientas libras resisten!

No olvidaré nunca su voz de bajo, como ahuecada, pidiéndome el ron cada mañana: «Deme mi cafecito, bodeguero», o si no: «Danielito, deme mi amanecer». Y todo ello dicho en un tono tan cordial. ¡Es un buenazo este viejo! ¡Tan callado como vive, pero tan oportuno cuando habla! Este sí que no refiere historias de su vida. Lo más que me ha dicho, estando muy bebido, es una frase: «Bodeguero, yo soy su amigo. Y oiga un consejo: de hombre suelto y de buey suelto no se fie...». Y sonríe como solo él sabe sonreír.

Puedo decir que le debo mucho, porque de no haberle hallado, desde mi llegada al batey hubiera tenido serios tropiezos. Ignoraba yo por completo las cosas de la finca. Me irritaba fácilmente con cualquier peón y profería amenazas frecuentemente. Cierta día, un haitiano a quien le vendí una libra de arroz, me dijo ladrón.

Al instante salté fuera de la tienda, machete en mano, dispuesto a ajustarle cuentas.

–¡Vuelve a decirlo! –le gritaba furioso–. ¡Vuelve a decirlo!

El viejo, que estaba por allí, me atajó:

–No haga eso, bodeguero. ¡No haga eso!

Y aunque me veía encolerizado y dispuesto a herir, hablaba con calma, como quien está seguro de que será obedecido.

–¡Pero ese haitiano me ha dicho ladrón, y yo no tolero que nadie me insulte! –fue mi alegato.

Sin dar importancia a mis palabras, como no se les da a las de un niño, el viejo respondió:

–Déjese de pendejé y aprenda a vivir en la finca. ¿Que le dijo ladrón? ¡J’a, carajo! ¿Y cómo se llama usted?

Fue entonces cuando le dije mi nombre por primera vez. Me respondió con despreocupación:

–Bueno, pue olvide su nombre. Aquí, pa los dominicanos usted se llama ladrón, y pa lo s’aitiano *vo/é*. Ese ej’el nombre que nos dan a to lo s’empleado de la compañía. ¡No le haga caso a esa gente!

Ya el haitiano estaba lejos y yo me sentía un poco corrido. Luego he aprendido lo que me explicó en tan pocas palabras viejo Dionisio, y comprendo que nadie me lo hubiera dicho tan sencillamente. Porque me he acostumbrado. Reconozco la inutilidad de encolerizarme con estos infelices, porque ellos hablan sin ningún sentimiento de rencor o de maldad. Viven tan indefensos, han sido tan exprimidos, que ya no tienen energías. Si dicen «ladrón», es no por ofender. Hablan por hablar y a veces sus duras palabras encierran adulación. Se han compenetrado instintivamente –pero demasiado bien– de lo poco que significan ante los que están por encima de ellos aquí. También instintivamente, conocen a perfección su destino, y por experiencia saben el terrible mal que les traería cualquier protesta. De ese convencimiento han hecho una filosofía. Resignadamente, ellos dicen:

–En la finca to son ladrón. Roba el bodeguero, roba el pesador, roba la mayordomo y yo ta creyendo que la má ladrón de toitico son el blanco que juye en su carro.

Y yo pienso: ¿se podría vivir sin robar? Y sé que no es posible, porque una fuerza maquiavélica nos compele a ello. En la finca

el robo tiene una clasificación diferente a la ordinaria. No es una vergüenza para nadie, porque se practica como cualquiera otra función natural, y se acepta como una condición ajena al empleo.

Pienso cómo cada uno hace lo suyo. Los pesadores de caña usan pesas cargadas para quitarles al carretero y al picador, desde quinientas a mil libras por carretada, además de doscientas que se descuentan corrientemente para que el peso del chucho salga aproximado con el de la factoría. Esto le proporciona varios cientos de pesos de *over* al dueño del tiro de caña, que con ese dinero se alivia un poco las multas, errores en su contra, y el precio del agua que beben sus bueyes (propios o alquilados a la compañía), agua que a veces es puramente simbólica, ya que se le cobra al colono y al contratista aunque tengan dentro o cerca de sus colonias –es decir, aún en terreno que no pertenece al central–, algún arroyo donde su ganado mitigue la sed.

La compañía prohíbe terminantemente las pesas cargadas, como prohíbe todo lo que a la vista signifique engaño, pero no dice nada cuando aparece el *over* –¡como si fuera cosa bajada del cielo!–, porque sabe que este irá a sus manos irremisiblemente.

Los mayordomos de la casa –como se les dice a los del central–, también tienen su forma de robar. La oficina del cultivo paga los trabajos sumamente baratos. El *desavero*¹ se ha llegado a pagar a menos de un centavo la tarea, y su precio ordinario es un centavo o centavo y medio. El *desyerbo* del interior de las piezas, en terrenos abandonados, pedregosos, donde no es posible hacer dos tareas en un día, a veces se ha pagado a cinco o seis centavos. ¡Pero esto es un milagro! Que los precios ordinarios son: tres, tres y medio o cuatro centavos la tarea, suba o baje el precio del azúcar. Los trabajadores a veces no quieren hacer los cultivos, no porque tengan energías para reclamar derechos o formular protestas, sino porque sus ojos les dicen que en dos días de trabajo no ganarán para comer una vez. Y entonces el mayordomo se ve en la necesidad de obligarles por la fuerza, valiéndose de la policía del central y de su propio machete, o tiene que hacer malabarismos;

¹ Desyerbo de tres o cuatro pies de ancho que se hace alrededor de las piezas de caña poco antes de comenzar la zafra o cosecha.

porque cuando el *míster* da la orden de realizar un trabajo a este o a aquel precio, es necesario hacerlo, puédase o no, para conservar el empleo, pues sabido es que los blancos son infalibles y que no rectifican órdenes. En tales casos, algunos ponen dinero de sus pequeños sueldos; pero otros, que no están dispuestos a ello, o que no pueden hacerlo, se valen de trampas. Proponen los trabajos –por su cuenta y con el riesgo también de ser despedidos si se les descubre la maniobra– a precios más altos que los estipulados por la oficina. Pero como no pueden presentar modificaciones en el reporte o *pay-roll*, para ajustar sus cuentas engañan al ignorante peón, y las cien tareas que ha hecho el trabajador, al ser medidas o calculadas, son convertidas en ochenta; las ochenta en sesenta, etc. Y entonces, ¡cuidarse de ser descubiertos!, porque la «seriedad» de la compañía no admite engaños.

En cuanto al bodeguero, la cosa es más complicada y más cruel. Se puede decir que ningún empleado se halla tan impelido al robo y a la desesperación como este. Al bodeguero todo se le carga minuciosamente, ya sea una onza de pimienta, una cabeza de ajos, media libra de habichuelas o una nuez moscada. El departamento tiene reglamentos impresos que son verdaderas leyes; fantásticas y drásticas leyes mediante las cuales queda uno condenado, extinguido, pulverizado, sin haber sido juzgado y sin tener opción a apelación de ninguna especie. Con frecuencia Mr. Robinson escribe diciendo: «Debe usted ceñirse estrictamente a tal artículo de nuestro reglamento» o «De acuerdo con el artículo tal sírvase hacer esto o lo otro», como si aquel reglamento hubiera salido del Poder Ejecutivo en forma de decreto, o hubiera sido elaborado en el Congreso Nacional y convertido en ley.

Las tiendas no tienen balanzas adecuadas para comprobar el peso de los grandes sacos que despacha el almacén. En los reglamentos, un «artículo» dice: «Háganse reclamaciones por efectos dañados, recibidos de menos o rotos», pero eso es ganas de decir, porque no se tienen los medios para comprobar faltas, y si se comprueban, la experiencia enseña que se debe pensar mucho antes de hacer reclamaciones, porque eso «daña el récord», y circulan de boca en boca historias de individuos que han sido despedidos inesperadamente, sin recibir explicación,

poco después de haber reclamado una botella de ron que llegó rota en una caja, o algunas diez libras de habichuelas.

¡Y si fuera esto solamente! Pero hay que dar *over*. Y sépase que los precios son fijos. El almacén despacha a cinco para que se venda a cinco, de acuerdo con los reglamentos y con la muy clara y visible lista de precios que hay en cada bodega; pero a fines de mes, o mejor dicho, cuando se pasan los inventarios, las cuentas deben aparecer como si se hubiera vendido a seis o a siete. Y si no se trabaja en esa forma, ¡a la calle! Y si la compañía comprueba que el bodeguero vende incompleto, ¡a la calle también! Porque antes de todo, ellos necesitan demostrar que son personas muy rectas, honestas y metódicas.

¡Y dicen los curas que el infierno está por ahí!

En una de esas encrucijadas que como a conejillos se les tejen a los desolados empleados, estuve a punto de caer de no hallarme oportunamente con el viejo Dionisio.

Se hallaba el mayordomo en la galería de la bodega consumiendo el ron de una botella que tenía el mostrador, cuando me vio entregarle a un peón varios paquetes que acababa de comprar.

–¿Y así e como usted vende siempre, o lo hace porque yo toy aquí? –me preguntó.

Aquello me sorprendió. Le miré fijamente, algo disgustado por aquella confianza que se permitía sin más ni más, y le interrogué a mi vez:

–¿Qué quiere decirme usted con eso?

–Que esos paquete tan muy completo.

El viejo lo decía serenamente, pero yo me hallaba sorprendido.

–¿Y cómo se ha de vender? –pregunté–. La compañía así lo exige, y además, yo no robo.

El negrazo se sirvió medio vaso de ron; con su calma habitual se lo llevó a la boca y tragó. Con un pañuelo se limpió el espeso bigote en cuyos pelos brillaban gotas del licor, y con esa sonrisa suya, me dijo:

–¡Ay, bodeguero, no sea usted pendejo! ¿Y adónde irá su alma si usted sigue vendiendo completo? Mire...

Cortó la frase como si quisiera examinar el terreno donde iba a dar el paso decisivo, como hombre que juega la vida en ello,

y me miró intensamente, entrecerrando sus ojos que siempre parecen trozos de carne sangrante. Yo sostuve su mirada. Al fin sonrió y continuó:

–Yo he visto fracasar a mucho jovencito como usted. En estas bodegas to los días hay uno nuevo, porque aquí no e suficiente saber de números para sacar buenas cuentas. Pa bregar con estos blanco hay que tener navaja, bodeguero, ¡muy buenas navaja! Ellos no s’aprietan, pero e pa’ que nosotros apretemos pa’lante. Aquí no se pue tener pena ni consideración. ¡Préndale la manta a to el mundo, que si no se lo llevará Júa!

Y tragó un poco de ron. Luego, bajando la voz aún más, me recomendó:

–Si usted ta vendiendo completo dende el principio, pase un balance eta noche; pero tenga mucho cuidao, porque en lo bateye hay mucho asusone y lambeojo, y si el blanco lo sabe, lo botan.

La sorpresa no me dejaba hablar. El viejo, envolviendo la botella para marcharse, me dijo lo último:

–¡Dio quiera que ya uté no ande cojo! Déjese de cuento e camino. Eso blanco son como gato barsino. Ello le dicen que venda completo pa que usted crea que le despachan completo, pero ¡qué va! aquí completo na má tá usted.

Y los hechos confirmaron sus palabras. Tan pronto como llegó la noche, cerré la tienda, cené poco, y comencé a tomar un inventario cuidándome de no hacer ruido. Los sacos que estaban abiertos y cuyo peso no podía precisar a simple vista, los fui vaciando en palanganas y en otros envases pequeños cuya capacidad no excediera de treinta libras –es lo más que soportan algunas balanzas de las que hay en las tiendas para vender al detalle–, y después de sudar como un potro y de haber pegado cien veces el oído y el ojo a las paredes para enterarme de si me acechaban, pude anotar cuánto había en existencia.

Mi asombro fue grande cuando comparé las partidas y comprobé que había una diferencia de casi siete dólares en mi contra.

Esa noche y los días siguientes para mí fueron infernales. No tenía un centavo ni a quién pedírselo prestado, y pensaba que si me pasaban inventario, sería arrojado por ladrón. ¡Y todo por no querer robar!

Las historias que me hacían me desesperaban. En esta misma tienda fue despedido deshonrosamente un bodeguero porque tuvo un déficit de cincuenta centavos. El procedimiento no pudo ser más brutal: cerraron la tienda y lo dejaron en el batey sin más explicaciones.

Fue entonces cuando concedí toda la razón a los peones que en cada empleado de la compañía ven a un pillo. Desde el día siguiente inicié mi aprendizaje de empleado eficiente, desollando a mis pobres clientes, para no deshonrarme y terminar fracasado.

¡Gran trabajo me ha costado dominar mis nervios y acallar mi conciencia! Es duro robarles a estos infelices; pero aquí, la lucha por la vida, como en la selva y como en el mar, es la misma. Lo que dijo el viejo Dionisio es una verdad aplastante: «Aquí no se puede tener pena ni consideración. Ellos no s'aprietan, pero es pa que nosotros apretemos pa'lante». ¡Y no hay que decir más!

Este maldito *over*, ¿quién lo inventaría? ¿Dónde halló esta gente tan diabólica forma de exprimir? No hubiera creído, por más que me lo hubieran dicho, que con su apariencia de personas serias, metódicas, invulnerables, podrían ser tan cínicos. ¿Cómo vivir en medio de esta injusticia, sabiéndose uno instrumento de tanta iniquidad?

No hay que dudar, ¡el hombre hambriento vende hasta el alma!



Allí viene viejo Dionisio. Seguramente no se detendrá, porque son las doce, pero al pasar me dirá ahuecando la voz:

—Enlíeme un cafecito, que voy a mandá por él.

Tal como lo sospeché sucedió, y allí va corriendo desnudo, el negrito hijo suyo, que vino por la botella, con su cuerpo de ébano brillando a los rayos del sol.

Es la hora de la canícula. Baldurí, el haitiano bombero, raja leña silbando una canción protestante. Nica mira el camino por donde vendrá Cleto. Los haitianos, sentados en los troncos que servirán de combustible a la bomba, mastican su hambre, como bueyes que se echaran tranquilamente a rumiar.

Los perros duermen bajo los pisos. Las casitas se derriengan flageladas por el sol.

IV

Domingo. Se aglomera frente al mostrador una colmena de trabajadores hambrientos. Como hoy la tienda se cerrará a las doce del día, para no abrirse hasta el lunes, los que tienen vales o algunos centavos se apresuran a comprar lo indispensable, porque ya han probado más de una vez lo que son esos días de bodega cerrada en un batey cercado de cañas que no se pueden tocar en «tiempo muerto», con un vale en las manos que de nada les sirve en otra tienda.

Gritan y exigen por no quedarse sin comprar. Veo sus caras sucias, erizadas de barbas, grasientas; sus narizotas deformes, sus bocas generalmente llenas de raíces podridas y sus ojos desorbitados. ¡Sobre todo sus ojos y sus bocas! Se apiñan en esa ventanilla que da sobre el mostrador, y enronquecen gritando. Están ansiosos y ahora mismo no recuerdan nada, ni quieren otra cosa que no sea adquirir sus centavos de provisiones.

Maldicen y suplican, insultan y adulan; quieren que los despache a todos a la vez. Y yo, que he pasado la semana prisionero en esta bodega, lo que más ansío es que sean las doce, para salir.

Trabajo y trato de olvidarme de ellos. Primero es como un vértigo. Luego me sumerjo, y los ruidos me pasan por encima... Recuerdo que hoy me visitarán algunos bodegueros de bateyes vecinos, con quienes he hecho amistad, y pienso que debo apresurarme para terminar cuanto antes este puerco trabajo.

Algún grito que domina a los demás me sacude los nervios, y siento que algo se me agolpa en el pecho y allí se me revuelve violentamente como si fuera a ahogarme. Se me enciende la ira.

¡Como son las cosas! No creí jamás que a tan corta distancia de mi casa, y después de haber formado tan bonitos planes sobre mi porvenir, me vería en la necesidad de servir a estos y de obedecer a otros a quienes he de considerar mis amos absolutos.

¡Como son las cosas! Y por más que lo sienta he de hacerlo sin chistar, porque el hecho de que el alemán este escriba como un patán, no le quita su *omnímoda autoridad* sobre mí; las cosas que ordene, como él quiera se habrán de entender.

Recuerdo la tarde de ayer... «Usted es libre el domingo desde que cierra –me gruñía de mala gana–, pero el lunes la tienda debe estar limpia, con piso lavado y todo muy limpio. Y además, usted no puede abandonar este batey sin permiso. Yo lo explico a usted todo, y ahora usted tiene que comprenda. Yo habla bien claro». Y dicho esto salió taconeando marcialmente, tal como corresponde a un buen alemán.

¡Te comprendo, colorado teutón! Puedo disponer de medio domingo –ustedes lo dicen a viva voz–, pero antes he de lavar pisos, limpiar botellas, sacudir telas, matar ratas y cucarachas, volverme escoba, estropajo, gato y perro a la vez, ¡todo!, menos una persona decente. Y para salir del batey, llenar unos formularios por cuadruplicado desde el sábado, en los cuales habré de dar cuenta de las horas de salida y de regreso, y hasta de mis últimos pensamientos del día. ¡Muy bien! Todo se hará como lo ordenas, ya que tú, el *manager* y sus secuaces, son dioses tonantes a quienes debemos temer. Pero me dirás... ¿dónde aprendiste a humillar así?... Y como si contigo no fuera suficiente para llevar aquí una vida de perro, ¡ahí están estos peones metiendo un ruido atroz! ¿Dónde aprendiste?...

¡Gritos! ¡Gritos! Ojos y bocas se barajan ante mí. ¡Si pudiera escapar!...

Se ha ido un tiempo que no puedo precisar. Se ha esfumado la algarabía infernal y me parece que he caído de muy alto. El *Big-Ben* me mira con los pequeños brazos de sus agujas en alto, y secretea sosegadamente su tic-tac. He cerrado las ventanas y me dispongo a anotar las «salidas» del día en el libro correspondiente, presa aún de cierto malestar, cuando oigo una voz que viene del patio... Es la voz de Cleto, tan alegre como si este fuera el día de su cumpleaños.

–¡Bodeguero! ¡Bodeguero! Dígame si ya usted se fue...

¡Qué pregunta! Aunque no lo quiera, he de sonreír. Con este hombre parece que no es posible permanecer serio.

–No saldré hoy –le respondo–, espero visitas.

Y me dice con el acento más cibaeño que halló:

–Pero bueno, compai, ¿uté se va a metei a viejo? Ya yo toy cansao e dicile que la vida no se pue llevai jasina. ¿A uté como que no le gutan la mujere y ei romo...?

Se ahuyentan mis pensamientos, porque el policía lo aleja todo con su bendito buen humor. Le digo:

–Quizá me gusten, Cleto, aunque no como a usted. Hoy, por ejemplo...

Se entusiasma.

–¡Váigame Dio, critiano! Ai fin l'oigo hablai de a veidá. ¡Le cogerá uté ei piso a la finca!

Le oigo y pienso que «cogerle el piso a la finca» significa olvidarse de todo, mudar una mujer, tener niños enfermos y vivir borracho. Como siento que permanece en la escalera del lado afuera, pegado a la puerta, comprendo que quiere entrar y le abro. Entra y, una vez frente al aparador, se queda mirando embelesado la colección de botellas. Moviendo la cabeza a un lado y a otro, exclama:

–¡Vigen de Aitagracia! ¡Si me laigan'en un potrero como ete, me tienen que sacai en litera!

Y alcanza una botella que comienza a descorchar. Sirve el ron en dos vasos, sin preguntarme si quiero beber. Ya he abandonado los formularios y estoy frente a él mirándole hacer. Arrastro una caja de kerosene y tomo asiento en ella. Le indico otra que ocupa al instante. Va a decir algo cuando se oyen unos toques discretos del lado afuera, y luego, jadeante, una voz:

–¡Bodeguel!... ¡Bodeguel!... A mí me se olvida el manteca. Véndeme un poquita.

Quien así habla es el haitiano Joseph Luis. El policía no me deja responderle, y abriendo la boca, vocifera:

–¡Mañé² dei Diablo! ¿Tú no repeta que la gente ta decansando, rejundío? ¿Quiere que te rompa ei pecuezo, degraciao?

La voz ahora dice:

–Dispensa... Mí no sabé... Dispensamué...

² Nombre despectivo que se le da al haitiano.

¡Tamaño susto se ha llevado el haitiano! Cleto es temido entre los peones como un Zeus, pues lo creen capaz de matar por cualquier futilidad. Él vive diciéndolo. Todo el día ofrece balazos. Promete romper piernas y cabezas. Todo el día suelta denuestos, escupe y bebe ron. Yo soy de los pocos que quizás he adivinado un buen corazón debajo de esa corteza de injurias, amenazas y palabrotas.

–Vale, a usted le teme esta gente –observo.

Y él responde:

–Bodeguero, e que ei que trabaja con eta maidita compañía tiene que jacei de tripa corazón pa cumplí con su debeí; poique e veidá que eto blanco son la gente má rica dei mundo, pero tienen la jambre metía en lo seso.

Y luego, con su proverbial locuacidad y explicando:

–La polecía tengamo que andai con cuatro ojo. Por aquí no pue cruzai un probe campesino con un andullito, ni con una caiguita e mají, ni con cosa aiguna de la que vende la compañía en la bodega. Si lo peone hacen un pelaíto por'ai, y siembran una batatica manque sea, o un majicito, ¡di'una ve tenemo que meteile machete y picáiselo to! Poique eso le peijudica a lo blanco, ¡y ríase uté si a uno se le pasa aigo d'eso! Que di'una ve le tan lloviendo rayaso, como si uno fuera un muchacho o algún jijo d'ello. ¡Y como yo me conoco!... uté me ve que soy ei terroi de lo probe mañese, poique lo que soy yo no le aguanto vaina a naiden.

Lo que dice el policía es una increíble verdad. Los trabajadores de la finca solo pueden gastar su dinero con facilidad en la bodega del central, porque este dinero generalmente no es tal, sino vales, y porque las pocas veces que a sus manos llega una moneda, no hallan otro sitio donde gastarla.

Solo algún campesino vendedor de plátanos puede entrar en los bateyes con su pequeña carga, y esto, muy vigilado. Luego, no se le permite ejercer otra clase de comercio a nadie en toda el área que pertenece a la compañía. A los trabajadores no se les deja utilizar una tarea de los inmensos terrenos que ha acaparado el central, y los cuales constituyen la envidia de esta pobre gente, agricultora casi toda, que se extasía ante tanto monte sin cultivo. Una rama de árbol de esos bosques es sagrada,

y quien la toque, por lo menos probará el lomo del machete del policía y luego la cárcel, si no es que siente el filo o se lleva un balazo. El personal de la finca tiene que resolver todos sus problemas en esta bodeguita, donde se le vende la comida, la ropa, artículos de ferretería y fichas para canjearlas por la dura y filamentosa carne de buey que se consume en los bateyes. Porque el central le saca a todo la mayor utilidad, y el buey que trabaja varios años, cuando ya no sirve, es beneficiado para alimentar a estos ávidos estómagos, aunque ello a los ojos de los rudos hombres que se ganan la vida durante años con estos animales, parezca un crimen, porque ellos opinan que «el buey es s'un animal que debería morir de viejo, decansando».

El policía ha callado. Vaciamos nuestros vasos de un trago y el ron nos quema el gaznate. Esto le reanima y sigue hablando:

–Vale, hay que vivir mucho pa compredei poi qué al'ombre se le pone duro ei corazón... ¡Mire...! Cuando uno ta jovencito se manija cogiéndole pena jata a lo s'animale, pero a media que uno va dentrando en edá, se le va agriando la piña y va cogiendo iperencia. Ei día se llega en que uté anda debaratao, y naiden le jace caso. Llega uno a pasai jata jambre, y no encuentra un amigo. Antonse uno se da cuenta de que cuando jalle aonde tenei la barriga llena, ¡debe pegaise ni an la sangrijuela! Y por eso uté me ve que con lo'jasunto de mi debei no conoco a naiden, y poi ma desambrío que sean eto blanco, yo le cumplo su s'óidene, ¡poique pa' eso pagan lo suyo!

Lo ha dicho como irritado, por haberse compadecido de alguien.

Un tropel de caballos en el patio, nos anuncia que llegó gente. Nos levantamos, el policía con la botella en la mano y yo en disposición de averiguar quiénes son los visitantes.

–Deben sei su'jamígoe –observa, envolviendo la botella en papel de estraza.

–Deben ser ellos –asiento–, pero no se vaya usted por eso.

–No, vale... –responde–, a mí me guta andai como la res mala.

Y dicho esto, arreglándose la correa del revólver, donde luce cincuenta proyectiles nuevos, se asoma a la puerta. Lo veo levantar la diestra al mismo tiempo que, dirigiéndose sin duda a los que han llegado, exclama:

–Bueno día, j'amiguítose... Sí... Ei bodeguero t'ahí. Yo creo que viene a recebilo.

Se lanza de la escalera, y me hiere la vista el reflejo de un rayo de sol que se estrella en el acero de su revólver.



Me hallo entre dos bodegueros. Sentados en toscas sillas, rodeamos una caja que hace las veces de mesa y en la cual se yerguen una botella y tres vasos. Hablamos del único tema que tienen los bodegueros de la compañía: la bodega y lo que a ella concierne.

Ventas, vales, reportes, el alemán, Mr. Robinson, Mr. Lilo... Todos desfilan por nuestra conversación, pero muy superficialmente. Se nota que cada uno teme aventurar una palabra que más tarde pueda comprometerle. Porque ningún espionaje es tan eficaz como este de la finca, donde el empleado, a la vez que es carne de trapiche, hace de lubricante de la máquina y de conductor de elementos que alimentarán el engranaje insaciable.

Uno de los que me acompañan es Eduardo, un muchacho del Sur, inteligente, de mirada muy viva, que me ha tomado gran afecto por lo que él llama en mí, «franqueza». Es veterano entre los bodegueros y puedo decir que me ha tomado bajo su protección. Por él he sabido que aquí es necesario «llevar la lengua en el bolsillo», y ha sido él quien me ha enseñado a perfección los trucos del robo en el peso y la mejor manera de lidiar al peonaje. A pesar de que sus años no llegan a treinta, se sabe de memoria la vida de los bateyes y nadie tiene un olfato como el suyo para husmear el peligro. Mide y pesa lo que dice, y según me ha dicho fue aquí donde se hizo tan zorro.

El otro es de esta misma región, y creo que nadie puede ser tan jactancioso como él. Es el tipo representativo de una clase de bodegueros abominables. Repugna estar a su vera. Se alaba de todo. Asegura que es el hombre más eficiente del departamento y también el más hábil en lo que concierne al aumento de su cuenta de ahorros a costa de los peones. Ahora mismo proclama:

Yo tengo mi batey disciplinado. A mí no hay peón que me forme berrinches. El que se para frente al mostrador de mi bodega, ¡me

paga el barato! Casi nada... (y falsea la voz, imprimiéndole un tono cínico), solo le arranco el quince o el veinte por ciento, sin contar el *over*. ¡Porque lo de *Papá Central* es cosa aparte!...

Guiña un ojo y ríe estrepitosamente. Goza oyéndose a sí mismo. Ahora alardea de su amistad con los grandes del departamento:

–Así sin dármelas, yo soy hombre que jalo con Mr. Lilo. ¡A mí me pusieron en este puesto sin dar viajes! Imagínense que llegué recomendado al mismo administrador del central nada menos que por el general Beltrán. ¿Y saben ustedes quién es el General?... Bueno, pues nada menos que el gallazo que arregló a toletazos el rebú de los muelles cuando los cocos³ se regaron el año pasado.

Sin esperar comentario, como hombre seguro de que causa admiración entre sus oyentes, y que da por descontado el gran interés que todos tienen en escucharle, sigue:

–Yo aquí estoy muy bien. Mr. Baumer me tiene mucha confianza. Mr. Lilo no sabe dónde ponerme, ¡porque ese sí es mi amigo! ¿No lo han tratado a fondo ustedes? ¡Ah! Eso es lo que se llama un hombre simpático. ¡Y lo que hay en el fondo...! ¡Estando bien con Mr. Lilo, puede llover y tronar! Con ese apoyo no hay quien se gaste ñoñerías conmigo en el batey. A mí me adula el mayordomo y me respeta el contratista, y es porque saben que en contra mía no corren cuentos de finca, porque yo me junto con los cabezas. Ahora mismo, ¿a que no me dicen a dónde voy...? Pues, a una fiesta que le dan a Mr. Lilo en casa de Turrón, el bodeguero del 322, que está más bien con él que el caráj... ¡A cumbanchar con los jefes, mis amigos! A esa fiesta me invitó el mismo Mr. Lilo en persona. Cuando vi su carro ayer, me pregunté: «¿A qué vendrá Mr. Lilo a estas horas?» y cuando llegó a mi bodega fue para decirme: «Rodríguez, lo espero mañana donde Turrón, que tenemos una jaranita». ¡Ya ustedes ven! ¡Fue expresamente a invitarme, el mismo Mr. Lilo!

¡Con cuánto asombro lo dice!: «¡El mismo Mr. Lilo!». Es como si dijera: «¡He llegado al cielo! Yo era un simple ser humano, un pobre diablo como ustedes –ni más ni menos– y ahora soy un bodeguero amigo del segundo *manager*, ¿eh? ¡Nadie llega hasta

³ Cocolo se le dice en el país al natural de las islas inglesas del Caribe.

ahí! ¡Muéranse de envidia!». Y charla, charla incansablemente haciendo su propio panegírico y tratando de asombrar a todo ser viviente.

¡Qué asco! En verdad, no me explico cómo se podría pasar un día con él sin romperle la crisma. Para suerte nuestra, este portento dice que se marcha, porque «Mr. Lilo le espera».

Cuando llega el momento de su partida; un gran alivio nos embarga a Eduardo y a mí, y casi nos vuelve el humor. Riendo estrepitosamente, el «amigo de los grandes», sin permitirnos pronunciar palabra, ha ido hasta su caballo, y le acompañamos hasta allí por cumplimiento. Ya se despide. Como un ser tan extraordinario no puede marcharse de manera rutinaria, hace que el animal realice cabriolas, apretándole las espuelas en los ijares y recogiénole las bridas, todo ello innecesariamente, hasta que por fin parte a galope por el carril del sur, hacia la vecina división.

Se pierde su silueta y aún queda en nosotros la desagradable impresión que su voz chillona, sus gestos y el tema de su conversación nos han producido.

Instalados de nuevo frente a nuestra botella, no puedo evitar un comentario: –¡Es raro esto de que un bodeguero se atreva a celebrar fiestas en la casa de la bodega, con lo exigente que es el *manager*! Y más raro parece eso de que Mr. Lilo...

Eduardo interrumpe mi comentario y responde:

–No es tan raro cuando las fiestas son dedicadas al asistente por ciertos bodegueros, ni es raro que él las acepte.

Estoy confundido. Del asistente solo sé que ocupa un cargo muy pocas veces desempeñado en estos centrales por un latinoamericano, y que es uno de los principales personajes de nuestra alta sociedad local, lo mismo que todo el que tenga un empleo cuyo sueldo pase de cien dólares al mes. Pero mi compañero, que conoce al dedillo todas las intrigas del departamento de tiendas, me cuenta cosas asombrosas.

–Por ahí se dice –me informa–, que el segundo tiene pisado a su jefe, porque le ha descubierto una serie de oscuros manejos que Mr. Panza realiza a escondidas de la compañía.

¡Esto sí que no lo esperaba! Me olvido de reír del mote de Mr. Panza, aplicado al *manager*, y se me escapa una interjección.

–Como lo oyes –sigue Eduardo–. Y uno de esos manejos consiste en ciertas comisiones que recibe el blanco de las casas a las cuales favorece con los grandes pedidos del departamento, contraviniendo así las disposiciones del central, que establece la forma de concurso para hacer sus compras. También se asegura –y de ello su vientre es un buen exponente–, que más de las tres cuartas partes del *over* –y quizá todo– que arrojan las bodegas del campo, la tienda principal y el almacén, se las traga ese enorme señor. ¡Y cuántas cosas más que no se dirán!

Todo esto es nuevo para mí y lo escucho con creciente avidez. Pido a mi compañero que me ilustre ampliamente sobre tales asuntos y él accede. Se revela ante mí una serie de cosas que no pude jamás sospechar.

Eduardo sigue hablando... El *manager* y su segundo se completan admirablemente. El más grande se ocupa de los asuntos mayores. El otro, mete la mano allí donde las cosas, por pequeñas, hieden más. No es que tengan un convenio especial, como iguales. Se trata de que el asistente conoció el juego de su jefe, y este, sin comentarios, le dejó hacer lo suyo por su cuenta de ahí en adelante. El rubio es hombre de pocas palabras, de pocas relaciones. Vive en uno de los confortables chalets que han sido fabricados por el central para los blancos; bebe su *whisky*, juega *golf*, lee revistas americanas, soluciona crucigramas, siente un desprecio olímpico por este país y sus gentes, y oye la radio... Su vientre crece, su cuenta bancaria crece, y el futuro le sonríe allá en la Florida, en forma de alguna quinta, cuando una buena suma esté colocada en acciones y se pueda terminar tranquilamente como buen hijo de una gran democracia. El otro no es lo mismo. Llegó aquí un día con la americana rota, como otros tantos aventureros que luego se convierten en personajes en nuestros misérrimos pueblos; sabía inglés y contabilidad, halló trabajo en la oficina del *manager*, fue su escribiente y luego su secretario, y finalmente, el cargo de asistente fue creado para él, gracias a su oportuno descubrimiento. No sueña con ninguna Florida, ni cree en la democracia que les permite a los ciudadanos colocar dinero en acciones y criar vientre sin trabajar, sino que gusta de las mujeres, de la parranda, y le saca todo el jugo posible a su posición y a un poblacho miserable que

vive parasitariamente del central. El sueldo no permite todos esos lujos, pero ¡para eso se tiene poder! El hombre ha ido colocando bodegueros a quienes protege enviándoles a las mejores bodegas para luego desollarles tomándoles a préstamo sumas que jamás les devuelve. ¡Es que tiene deseos de vivir! Bien parecido, sin escrúpulos y dueño de una buena salud, se hace dar fiestas aquí y allá. Emana simpatía y se gana la confianza de sus protegidos. Estos, encantados, orgullosos de la amistad de «un hombre tan sencillo» que les trata «como si no fuera su jefe», envían a las hembras de sus familias al pueblo con él, «aprovechando la oportunidad de su automóvil» muy orgullosos de tratarse de igual a igual con el segundo *manager*, muy satisfechos de ver a sus hembras bailar con él.

Y el hombre, además de con el dinero, se queda con la honra de sus protegidos, como siempre ocurre en estos casos. Mujeres, hermanas e hijas se vuelven locas con Mr. Lilo...

–«¡Qué simpático es Mr. Lilo!».

–«¡Qué buenmozo es Mr. Lilo!».

–«¡Qué hombre tan bueno es Mr. Lilo!».

Su marido, su hermano, su padre, «se lo deben todo a Mr. Lilo». Después de una fiesta hubo un déficit, y –¡esto es un terrible secreto!– «lo arregló Mr. Lilo».

–«¡Es un hombre de tan buen corazón!... ¡Y tan simpático!...».

Negocio, negocio. Algunos de los que tal precio pagan por un empleo no saben cuánto les cuesta, como es natural; pero otros están enterados y lo simulan, porque son muy seguros aumentos de sueldos y concesiones en tales circunstancias.

Mi compañero ha dicho todo esto con bastante tranquilidad y en sus labios la ironía asoma en sonrisa. He oído palabra por palabra, y asqueado ante tanta suciedad, no puedo callar una protesta:

–¡Este es un asqueroso comercio de la dignidad! ¡No me explico cómo estos hombres no prefieren el desempleo a situaciones tan abominables!

Pero Eduardo responde:

–Es una indignidad y todo cuanto quieras, pero es la verdad...

Luego dice, apretando los dientes:

–¡Y si eso fuera todo! ¡Si los que venden su honor por una piltrafa tuvieran seguridad!... Pero nada de eso. El comprador, una

vez hastiado de la mujer, la hermana o la hija, y una vez deudor de una suma que no quiere recordar, se hastía también de los que se les venden, y los deja un buen día sin honor y sin empleo, después de haberse cotizado a tan bajo precio.

Creía yo que estas cosas solo se encontraban en novelas cuyos autores tuvieran la manía de crear fantasías abominables, pero los ejemplos que cita mi amigo no me dejan dudar. Todo eso ocurre en este mundo de la finca. ¡Todo ello es verdad! Sin embargo, quisiera tener una esperanza, interponer una apelación, y trato de hallarlas...

–Y ante todo eso –digo–, ¿qué hace el administrador del central? En el pueblo le consideran un filántropo, alaban su seriedad, dicen que es instruido... ¿No es capaz de prever hasta dónde conducirán más tarde o más temprano estos abusos? ¿No puede intervenir?

Entonces algo nuevo me viene a sorprender:

–Lo sabe –dice Eduardo–, pero se hace el ciego porque el *manager* es hombre atado por cuerdas muy sólidas, cuyas amarras mantiene en buen estado su mujer, y como él y el segundo se cubren con la misma manta... ¿No hay que hablar! Si se ordena una investigación la realiza el mismo Mr. Panza, y al fin todo queda, como dicen ellos, O.K. ¿Explicación? Sencilla. Nuestro dictador no era más que un carnicero en su país, cuando su mujer hizo amistad con uno de los magnates accionistas y dirigentes de esta compañía. ¡Esta fue una gran amistad! Y el descuartizador de reses se convirtió en señor del departamento de tiendas de este central.

Quedo pasmado. ¿No habrá aquí nada limpio? Sin embargo, me aferro a una esperanza y digo:

–Pero algún día...

Y Eduardo corta:

–¡Nada sucederá!

Quiero insistir; pero él no me deja.

–A lo más que todo puede llegar –sigue sin oírme–, es a que el rubio eche cualquier día por la borda a su socio. El asistente cada vez se extralimita más, y hace mayores escándalos. Roba en la tienda central y luego se lo hace descontar a los bodegueros de su grupo. Anda con los automóviles del departamento llenos de mujeres por las noches, y a veces le amanece en los caminos

borracho. Un día el rubio estará en condiciones de formarle un expediente, y serán tan evidentes sus fechorías, que se le despedirá sin permitírsele formular defensa ni mucho menos hacer una acusación contra su jefe. Y el *manager* quedará tranquilo en su puesto y todo seguirá lo mismo, sin registrarse ningún cambio fundamental, porque siempre pondrán en el cargo a una pieza de tanto valor como el asistente. ¡Nada hay que esperar!

Pienso: «¡A qué estercolero he venido a parar!» Y mi compañero sigue narrando historias... Siguen desfilando miserables bodegueros sin honra, pequeños cajeros de la tienda central desaparecidos que con su fuga se hacen responsables de sumas que sacó en *whisky* y dinero el asistente; las partidas sospechosas descontadas de los cheques de los bodegueros «por concepto de mercancías tomadas en la tienda principal»... Y todos callados, conformes o no, sabiendo lo que ocurre, pero dispuestos a seguir en sus empleos a cualquier precio.

Así durante años y años, hasta llegar ese estado a ser cosa natural falta de todo interés.

Me pregunto: «¿Qué será de mí?». ¡Y otra vez se me enciende un loco deseo de escapar!

La tarde se ha hecho fría y nos trasladamos a la bodega. Sentados en el mostrador, con los pies colgando, separados por otra botella y dos vasos, hablamos del central, de su poder, de su organización...

—Este es un negocio cruel —dice mi compañero—, la compañía lo disfraza bajo el nombre de «tiendas para atender a las necesidades de los trabajadores en los campos de caña», cuando en realidad esto es la muerte de la región. Al latifundio han unido el monopolio comercial más vasto del país, abusando de sus empleados y trabajadores, que temerosos de perder el pan, ni siquiera se atreven a hacer hincapié para obtener protección, porque ello sería considerado como un crimen, y para sostenerse empleados no tienen otra garantía que la de su servilismo. Esto que tiene el carácter de una simple industria, ha invadido todos los rincones

de la economía regional y ha matado al pequeño comercio nativo, subordinando a su interés toda disposición que se haya tomado para proteger a los demás.

–¿Pero esto no se puede denunciar? –pregunto, sintiéndome dispuesto a hacerlo.

–No sueñes –me responde–. Quien hable aquí de hacer denuncias, ya sea peón, empleado o particular, será calificado por la compañía de «comunista», «elemento agitador», «trastornador del orden social», y no faltará por ahí un líder de la región, de esos que tienen contratos de caña, que lo acuse de algo peor, con pruebas y testigos...

Esto me solivianta. No puedo callar.

–Es absurdo –digo–. No puede haber quien tome en cuenta acusaciones tan ridículas. ¿Comunistas aquí? ¡Solo hay miseria! Nuestro pueblo sufre una economía semifeudal. Nuestras ideas son profundamente burguesas. Además, como dicen los que escriben sobre esas cosas, «no hemos cumplido las etapas sociales» indispensables para tal transformación. El campesino aquí solo aspira a tener conuco, potrero, animales, que desea aumentar cada año. El habitante de los pueblos es profundamente burgués. Sueña con la casita, con la mujer y los hijos, con la vida holgada. En cuanto a los trabajadores de estas fincas se refiere, nadie menos capacitado que ellos para pensar en cosas que no conocen ni de nombre y que de oírlas, probablemente no las entenderían. El nativo que vive en la finca es un sujeto gastado, sin equilibrio moral, incapaz de reaccionar en sentido alguno. Puede hablar tonterías como un niño, cuando el hambre, su eterna compañera, lo muerde muy duro; pero tan pronto ve el pan, ¡calla y ríe! Y si a los trabajadores extranjeros nos referimos, podemos decir lo mismo y aún más. Esas gentes vienen de Haití y de las islas inglesas todos los años, con la idea de trabajar para volver a sus casas dentro de seis meses y no pueden –aunque no tuvieran la esclavitud de siglos en el alma, y aun poseyeran capacidad– pensar en reformas, porque no son de aquí, y la suerte del país no les interesa. No creo que el hecho de denunciar abusos que pueden trastornar la vida del país, sea interpretado como acto subversivo, cuando con ello únicamente se perseguiría la

obtención de mejores condiciones de vida para los hombres, y así hacerlos más tranquilos, alejándolos más de cualquier rebelión absurda.

Hedicho esto como si defendiera a los miles que sufren vejaciones y son explotados, ante alguien que fuera lo suficientemente poderoso para corregir esta injusticia. Mi compañero mueve la cabeza, se echa un trago como para apagar la emoción que lo domina y, como quien siente un dolor, responde:

–Ves las cosas claras, hermano; y no creas que los blancos las ven en otra forma; pero ellos aquí solo han venido a hacer dinero. ¿Crees que en su país no hay buenas tierras, que allá no hay dónde hacer inversiones? ¡Sí que hay! ¡Pero allá no pueden tratar al hombre como aquí! A nosotros nos sacan la sangre, nos quitan la dignidad, nos desmoralizan, ¡siembran el caos con sus métodos! Y si protestas... ¡ya sabrá la compañía justificar, llegado el caso, hasta que no eres hijo de tu padre!

Presiento que no se me aliviará nunca un dolor que me crece en el pecho. Mi angustia es una cosa grande, y pensando que pueda haber alguien capaz de acusar de comunistas y cosas parecidas a estos desdichados, por mi mente desfilan escenas que ponen de relieve su desorientación, su ignorancia –¡su eterna ignorancia!–, su necesidad de que se les compadezca y se les permita vivir como seres humanos, ya que producen tantos millones de dólares para que otros los despilfarren sin saber lo que cuestan.

Recuerdo la escena de ayer tarde. Los trabajadores, hambrientos, se amontonaban en el balcón de la bodega y se dispersaban en el patio, en espera del mayordomo que les daría los vales para comprar su primera comida en dos días. El viejo Dionisio había ido a la oficina en busca de talonarios de órdenes, y los peones sufrían cada minuto que tardaba. Como el viejo no aparecía y se acercaba la hora de cerrar la tienda, las protestas no escaseaban:

–Yo no he vito gente má degra-ciá que nosotros –decía un carretero–. Trabajamo to’ el día como animale y dipué no jallamo ni an siquiera maldito vale pa comer a cuenta.

–El peón de la finca e j’un perro de mal amo –rezongó uno del cultivo.

–Eto mayordono noj tratan como a lo bueye –opinó otro.

–¡Qué va, compai! –respondió el carretero–. El buey vive mejor que nosotros, porque el buey solo necesita comía pa vivir y se la dan toa la noche, además de lo sei mese de tiempo muerto que de chepa trabaja. Pero a nosotros...

–¡Jum! Yo no quisiera ser buey –cortó alguien–, al buey lo matan, pa dipué vender la carne a cinco la libra.

–Pero a nosotros no j’asen peor –siguió el carretero–. No sacan el cuajo, y cuando tamo deplotao, tísico, antonce jata noj botan del batey por infetoso.

–¡Compai, utéa decía la beldá! –terció un haitiano.

–¡Cállate la boca, mañé del diache, que tú no tiene que meterte en la conversación de la gente! –gritó uno que trabaja en la resiembra y que por ello cometía la osadía de sorber un trocito de caña aprovechando la ausencia de Cleto.

–¡La dominicane son palejele! –gruñó el haitiano, decepcionado.

–¡Parejero no, degraciao! ¡Que a utede y a eto condenao cocolo deberían quemarlo junto!

–¡Eso e verdá, carajo!

–¡Eso e verdá! –comenzó a oírse en el grupo.

Las palabras subían de tono y quizás haitianos y dominicanos se hubieran ido a las manos, a no ser por la llegada de viejo Dionisio. Al verlo, todos enmudecieron, y cuando volvieron a hablar, ya las palabras de la discusión se habían olvidado. ¡Por fin iban a comer!

–Don Dionisio, deme un vale de die chele.

–Yo quiero veinte.

–Pasá mué cinco.

–Mire que yo quiero comprá un cachimbito.

–¡Jesú, critiano! ¡Eto no me alcanza!

Y luego, cuando tuvieron las órdenes, se dirigían a mí:

–Bodeguero, depáchame pronto, que tengo jambre.

–Déjese de viveza...

Y se oía entre ellos:

–Quítate del medio, Montero, que ya ta de agentao.

–El agentao ere tú, mojiganga.

Y el aire se pobló de risotadas.

Una hora después, los haitianos tocaban el *voudou*. Se oía más allá un acordeón. Las mujeres se desgañitaban en la pileta,

llenando sus latas del agua salobre que de un pozo extrae la bomba. El batey, como un niño harapiento, se olvidaba de todo.

Hace ratos que tomamos el ron sin hablar. Del lado afuera, el caballo impaciente, golpea la tierra como un sordo tambor. Eduardo, por decir algo, comenta:

–Se ha hecho de noche.

Y su mirada busca la puerta.

Como ya no tardará en llegar la vieja Mercé, mi cocinera, le invito a cenar y acepta. Hago luz. Poco después entra la vieja con una bandeja en la cual humean unos platos.

–Don Danielito, dídense que le traiga eto así tan pelao, pero e'que en la finca no se jalla nada, –explica la vieja.

Siempre dice lo mismo, y tras preguntar «si no hace falta otra cosa», se retira para volver luego por los platos.

Atacamos vigorosamente una gallina con abundante ración de plátanos y yuca que nos sirve la vieja, y lo acompañamos todo con frecuentes tragos de ron.

Nos llegan algo atenuados por la distancia, los sonidos de una tambora tocada en el batey vecino. Indudablemente, allí hay fiesta. Afuera, la voz de Cleto rezonga:

–¡Qué mujei ma bruta, carajo!

Y nadie responde. Me imagino a la pobre Nica, arrinconada, mirando con desaliento a su marido.

Mi compañero, ya en pie, aflojándose el cinturón, frente a los restos de nuestra comida, insinúa:

–Vamos a esa bachata.

Le digo que no tengo caballo, pero él insiste:

–Es a menos de un kilómetro. Nos vamos en el mío.

La idea no me interesa gran cosa, pero la prefiero a quedarme entre las cuatro paredes de esta bodega. Tomo dos botellas, le alargo una a mi compañero y sepulto la otra en uno de mis bolsillos. Cierro la puerta de salida cuidadosamente y ya fuera, desde el anca del caballo, le voceo al policía:

–¡Compai Cleto! ¡Cuídeme la bodega un momento, que voy al batey vecino!

Él responde, fanfarrón como siempre:

–¡Ta bien, vale! ¡No se apure, que tando yo aquí cuaiquiera no se arriega a que le rompa una pata!

Salimos del patio. Una gran luna asoma su faz por el brocal del horizonte. Las ranas saltan asustadas, huyendo de nosotros. Se oye más claro el sonido de la tambora, y pasan volando las notas lloronas de un acordeón.

El caballo resopla.

La fiesta arma su algazara en la enramada de carretas. Los pesados vehículos se amontonan allá, bajo unas palmas, inclinados sobre sus pértigos, como cañones. Hay un bullicio enorme. Las mujeres, cuyos trajes de seda artificial resplandecen a la luz de las jumiadoras⁴, han llegado del pueblo no ha mucho. Son traficantes de amor que recorren la finca, acompañadas por chulos jugadores de oficio, tras los pagos quincenales, y se detienen dondequiera que haya música, frituras y ron.

Una mulata se me acerca pidiéndome, sin rodeos, que le compre algunos fritos de los que vende una vieja negra que fríe del lado afuera. Eduardo fue con otra a un lugar apartado a brindarle un trago, y al ver cómo las caderas de su compañera se mueven al andar, no puedo dejar de pensar que estas mujeres, a pesar de su hambre y de todo lo demás, tienen buenas carnes.

Mientras mi mujer engulle con notable avidez, alguien me tira de la manga y con voz ronca pide:

–¡Un trago, bodeguero!

Es un hombrecillo flaco a quien le faltan algunos dientes. Se ve claramente que es un despojo de la sífilis y del alcohol. Las mangas de su camisa se le enrollan, hechas jirones, en el antebrazo.

–Es pa la música –explica, temiendo una negativa.

⁴ Lámpara de hojalata que se alimenta con kerosene.

Le respondo:

–Dile al cantinero que te despache media botella por mi cuenta.

Pero él tiene experiencia. No confía en nadie y dice con toda franqueza:

–Venga usted mismo, que ese diache no sabe apreciar a la gente...

¡Admirable! Marcho tras él y lo dejo complacido. Un centenar de miradas serviles me queman el rostro. El bodeguero de un batey es el personaje más importante en toda la jurisdicción, porque es el único que tiene mucha comida. Por esquivar aquellas miradas me dirijo a un círculo de ocho hombres que lanzan dados sobre una mesa, en medio de la cual una jumiadora cabecea llenándoles los pulmones de humo. Acalorados dicen:

–¡Topo!

–¡Seise!

–¡Paro-pinto!

A poco aparece Eduardo con su compañera. Me llama la mulata. Gime el acordeón y los otros instrumentos lo acompañan. Las notas de un merengue vienen como una invitación.

Nos mezclamos en el grupo oliendo a sudor y a esencias baratas. Un músico canta:

–Dicen que me voy muriendo...

El acordeón responde:

–¡Jo!... ¡Jo!...

El músico sigue:

–Y que trastornado estoy...

–¡Jo!... ¡Jo!...

–Ellos saben lo que dicen...

–¡Jo!... ¡Jo!...

–Porque me falta tu amor.

Con un golpe de güiro y tambora, para la música en seco. Las parejas giran. Luego habla el acordeón, desperdicia un reguero de notas la guitarra, llueven las maracas. Se incendian las parejas con la música montuna. Responden dos músicos a coro:

–Manuel mano Lao, ¡ay!
 eso sí da peena...
 Bailando abrazao, ¡ay!
 con mujer ajeena...

–Si viene el marido, ¡ay!
 ¡ay, válgame Dioó!
 con un solo tiro, ¡ay!
 los mata a los do-ó.

Por un momento se hace dueño de la noche el acordeón. Se baila con frenesí. Las mujeres se muerden el labio inferior, los ojos entrecerrados, como poseídas, y mueven sus vientres rápida, suave y acompasadamente a la vez. Una mulatita que me ve bailando y desea atraerme, se lleva la mano a la cintura, pasea su mirada por todo mi cuerpo, y moviendo las caderas, entorna los ojos y exclama:

–¡Pero qué buena es la vida!
 Alguien grita entre el grupo:
 –¡Fieta, carajo!
 Se oyen nuevamente las voces:

–Si viene el marido, ¡ay!
 ¡qué barbarida-á!
 Los mata a los do, ¡ay!
 de una puñala-á.

Palabras picantes y gordas sazonan la música. Gime el acordeón, derrocha notas la guitarra, le suena el vientre al güiro, ¡Parece que la vida cabe en un vaso de ron!

Los músicos repiten:

–Si viene el marido, ¡ay!
 ¡ay, válgame Dio-ó!
 Con un solo tiro, ¡ay!
 los mata a los do-ó.

El calor del merengue abrasa el cerebro. La mujer completa lo que empezó el ron. Algunas parejas, tropezando, caminan

abrazadas hacia las piezas de caña, o simplemente se internan en un barracón pestilente.

El merengue paró de golpe y se oyó un «¡Uté la paga», dirigido a Eduardo. Hombres y mujeres quedan, recostados de alguna parte, restregándose, borrachos de música y de ron.

Tres de la madrugada. Las horas se fueron velozmente. Marchó mi compañero por un carril sin nombre. Yo voy dando traspiés entre un coro de ranas asustadas. Diviso mi batey con sus techos de zinc brillando como si fueran de plata. La bodega está allí, con frío en un rincón; y la luna se ha escondido, avergonzada. Cuando llego y trato de abrir el candado, me sacude, imprevista, la pregunta del vecino:

–¿¡Quién ta ahí, carajo!?

Es la voz de Cleto.

–Soy yo, vale, que vengo a acostarme.

–¡Aaaaá, bueno!

Y me interno en la oscuridad buscando la cama.

¡Qué hastío! La angustia que olvidé en la fiesta, nuevamente se me anuda en el pecho. La bodega, indudablemente, da vueltas. Su olor a provisiones repugna. ¡Todo es una pestilencia! Parece que al techo le nacen ojos que me miran airados y garras que vienen a herirme... Es como una pesadilla. Echado en la cama no puedo moverme. ¡La bodega se me cae encima!...

V

Diciembre corre con sus brisas frías. Los cañaverales florecidos de espigas, inmensos como un mar, serán abatidos desde mañana por la tromba humana que llegó de Haití y de las islas inglesas.

Cocolos y haitianos vinieron este año, como siempre encerrados en las hediondas bodegas de vapores de carga, de lentas goletas o en camiones, apretujados como mercancías.

Por tierra o por mar, cuando llegan a los muelles de la compañía o a la estación terrestre, están a tal extremo deshechos que

apenas se enteran de cuanto les está ocurriendo. Algunos que han hecho el viaje, me lo han descrito con todos sus detalles.

En el vientre de un buque de carga, meten generalmente una cantidad de hombres dos o tres veces mayor que la prudente. Allí los negros pasan días y noches, los unos encima de los otros, alimentándose con pan y sardinas de latas que les son suministrados por los que el central envía a reclutar hombres a Haití y a las islas inglesas. Gentes no acostumbradas a navegar, vomitan con frecuencia encima de sus compañeros. Esto les revuelve los estómagos a los demás y entonces el vómito se llega a generalizar, hasta quedar la bodega en condiciones tales, que no se encuentra lugar donde poner un pie. A esta miseria se añade que muchos, debido a su estado de postración y al mareo, y por falta de comodidades –ya que no pueden salir de su cárcel–, realizan sus necesidades fisiológicas allí mismo. Esto es en los barcos.

Los que viajan en camiones hacen el trayecto desde Haití al central en la caja de carga de los vehículos, de pies, imposibilitados para sentarse durante un momento. Como el cargamento humano sobrepasa la capacidad del camión, y los hombres, por efectos de la inercia, en las curvas del camino son arrojados de un lado a otro, esto provoca año tras año terribles volcaduras, con sus naturales balances de muertos y heridos que raras veces aparecen en las columnas de algún periódico sin ninguna clase de detalles.

Cuando llegan al batey central, los pobres negros no saben lo que se trata de hacer con ellos. Están molidos, indefensos, y se dejan arrear en rebaños. Entonces son repartidos. En un corral de alambre de púas, encerrados como ganado, vigilados por los policías del central que rondan cejijuntos, armados de revólver y machete, son contados y apartados, para ser remitidos a las diversas colonias.

Dice una voz:

–Para «El 63», ¡cincuenta hombres!

Y otra responde:

–¡Ya están!

Sigue la primera:

–Para «El 109», ¡treinticinco hombres!

Y la otra repite:

–¡Ya están!

Y cada grupo lleva su factura. A cada hombre se le ata en la pretina, en la pechera de la camisa o en el harapo que haga sus veces, el número que le servirá de identificación. Ya podrá llamarse Joseph Luis, Miguel Pie, Joe Brown, Peter Willis o como mejor desee. Aunque su nombre cambie en cada batey, cuando más tarde vagabundee de colonia en colonia, su número será siempre el mismo, para hallarlo a la hora de la recolección, cuando se le devuelva sin savia a su isla o al vecino Haití.

Algunos mayordomos de contratistas, o contratistas y colonos, se encuentran en el lugar del reparto, y escogen sus hombres como buenos compradores de reses.

—¡No quiero cocolos, porque discuten mucho! —dice uno.

Otro protesta:

—A mí no me hablen de haitianos, que son muy haraganes.

Es la selección del personal.

Entre las filas, alguien descubre a un picador conocido, que ha estado en el país durante la otra zafra. Si es «bueno», lo reclama con toda energía:

—¡Denme a Telemaco! ¡Ese hombre es mío!

Si es de «los discutidores» y se le ha incluido entre los suyos, el señor contratista, mayordomo o colono estallará en protesta:

—¡Sáquenme este maldito, que no quiero abogados!

Generalmente, los «abogados» son cocolos que saben leer y conocen el peso de caña.

Una enorme locomotora, en cuyas entrañas arde la desesperación del fuego, resopla a poca distancia, con una larga cola de vagones, esperando el cargamento. Los inmigrantes son distribuidos en los vagones de transportar caña, y allí realizan su viaje hasta la colonia para la cual han sido consignados. Los policías tienen mucho trabajo en estos días, porque ellos son los portadores de las listas, y son ellos quienes hacen los repartos en el campo.

Cuando el monstruo de hierro echa a andar, se estremece la tierra. La bestia resopla estrepitosamente. De sus costados el vapor sale en blancos surtidores que se esfuman al instante; de su chimenea surge una nube negra, a borbotones. ¡Allá va la bestia! Los hombres se agarran con una mano a los hierros de los vagones, y en la otra llevan el pan largo y la pequeña lata de seis

sardinas que constituyen su última ración gratuita. Sus harapos flotan al viento como banderas multicolores.

Ahora el camino, y luego las estaciones. Los carros de la locomotora los van vomitando de chucho en chucho. Allí el mayordomo y el policía del batey esperan para recibirles de acuerdo con la lista que les entrega el conductor. Cuentan, revisan, y luego echan la manada por delante para alojarla donde haya lugar.

Hoy llegaron los de esta colonia. Son unos cien hombres retintos como café tostado. Sus rostros, que se me antojan fondos de calderos viejos, me parecen todos iguales aun a pequeña distancia.

Viejo Dionisio y Cleto hicieron su distribución en los barracones y en las casitas, como mejor pudieron. Y como me pareciera que las treinta viviendas del batey –ocupadas en su mayoría– resultaban pocas, pregunté al policía sobre el destino que se le daría al excedente.

–Vale –me dijo–, eto negro se acomodan como saidina en lata. Mire: en aquei cuaitico que pa uté solo de seguro no aicanza, tengo metío die mañese.

«¡Se acomodan como saidina!», dijo Cleto, ¡y bien sabe lo que dijo! La zafra, cada vez que se anuncia en las islas inglesas, en Haití y aquí, enciende en miles de pechos la esperanza en tal forma, que aun aquellos que una vez vinieron y se gastaron en los campos de caña, si tuvieron amarguras, en seis meses de hambre y de vagancia las olvidaron, y ellos mismos contribuyen a deslumbrar a los bisoños, para que vengan a derretirse bajo el sol.

Todos ven la zafra como un espejismo. Desde el peón astroso hasta el colono. Y la recibe con agrado hasta el blanco que pasea los carriles en moderno automóvil o en fino potro de raza.

El picador sabe que ya podrá comerse cuanta caña quiera sin temerle a la cuerda del policía del central, y que además tendrá trabajo para ganar con qué comprar, de tiempo en tiempo, un pantalón.

El capataz y el carretero, que año tras año vienen con la misma ilusión, generalmente sueñan con la mesa de juego, con el ron y las mujeres.

El contratista, el colono y el ajustero, han visto sonreír a su acreedor, a quien le tomaron a préstamo buenas sumas al veinte y al treinta por ciento mensual.

El bodeguero espera que las ventas sean mayores, y piensa en el *over* que ahora será suficiente para él y para el departamento, que se toma un empeño feroz en que cada día la suma sea mayor.

Y el blanco, cuya vida holgada jamás sufre cambios, al contemplar las recién llegadas manadas de negros, experimenta el placer que un día embriagó el alma de su abuelo, mientras flagelaba las espaldas del africano que compró en un mercado...

El batey ha despertado como de un largo sueño. El balcón de la bodega está lleno de individuos a quienes no conocía. Son nativos que harán de carreteros, de vagoneros, de capataces, y unos pocos, muy pocos, que cortarán caña entre cocos y haitianos.

Unos trajeron bártulos, mujeres, muchachitos de crecidos vientres, y algún perro flaco. Los demás llegaron solos, hamaca al hombro, con el pantalón de fuerte azul amarrado a las piernas como si hubiesen tenido que vadear un río de escasa profundidad.

Allá, en las carretas empenachadas de estacas, y ya fuera de la enramada donde se enmohecieron seis meses, cotorrea el haitianaje. En grupo aparte, los cocos, chapurreando inglés, parecen significarse como superiores.

Los bueyes pacen tranquilamente la yerba del carril que se abre entre dos piezas de caña, frente a la bodega; los carreteros los visitan, garrocha al hombro, con sus cuerdas de pita terciadas sobre el pecho y la espalda como cartucheras, y mientras reconocen los nudos, los llaman por sus nombres:

-¡Mameyito!

-¡Ay, ay, Mariposa!

-¡Oh, oh, Carasucia!

-¡Tate quieto, Sangrijuela!

Y les agarran los cuernos, les acarician las ancas y el cuello, como a viejos amigos, hablándoles continuamente como a personas.

De toda la gente de la finca, ninguna tan interesante como los nativos. Los más, afluyeron en grandes cantidades desde que se comenzaron las primeras tumbas, allá por años en que se abría

la finca. Otros que antiguamente fueron dueños de terrenos, quedaron como braceros, después de haber sido despojados de sus pequeños fundos. Los demás abandonaron sus conucos y vinieron atraídos por la noticia de la abundancia de dinero, llevada por los propagandistas encargados de reclutar hombres. Dejaron labranzas, familias, ¡todo!, para internarse en esta vorágine.

Muy pocos, ante la realidad que solo les brindaba trabajo y más trabajo, a cambio de un poco de dinero que se quedaba siempre en la bodega del central, volvieron desilusionados a rehacer sus conucos perdidos. Los más contrajeron el mal de la finca, y soñando que hallarían las ganancias que un día los deslumbraron, se convirtieron en vagabundos trotadores de todos los carriles, en busca del vellocino.

Desde entonces, cada zafra les trae una falsa esperanza que va muriendo a medida que caen los cañaverales. Cuando termina la molienda, se marchan a los campos vecinos maldiciendo, renegando de la finca, en busca de algún dueño de conuco que les albergue y sostenga a cambio de su trabajo.

—Aquí no se pue vivir.

—Na más venimo a que noj desuellen, porque ya no se gana ni an pa comer.

—A eta finca no vuelvo yo má.

Eso dicen cuando van encorvados, rotos y hambrientos, ya cortada la última caña. Mas, tan pronto llegan las brisas frías de diciembre, un desgano que no les permite continuar a la sombra de los platanales, les va royendo el alma, y en sus mentes comienzan a surgir pretextos:

—Ya solo tengo ete pantalón...

—E n'eto día hay que sacar la cédula...

—Lo que soy yo no sigo así, porque naide se va a conformar con vivir jarto, pero sin manijá un centavo.

Y un día, el sol los sorprende camino de un batey, dispuestos a dejarse moler como caña, si ello fuera preciso para volver a la finca que los fascina como una serpiente.



El súbito crecimiento de la población del batey, ha aumentado considerablemente mi trabajo. Desde que llegó la inmigración, pocas veces cesa el despacho. ¡Cómo envía órdenes viejo Dionisio! Allí lo veo, con las piernas cruzadas sobre la silla –mientras su mula roe la grama–, garrapateando en su libreta. Junto al animal, Manuela –su flaca y desteñida mujer–, le espera con una taza y una cafetera humeante en las manos. Dos chiquillos, del color de su padre, se aferran a la falda de la enclenque mujer, mientras juegan utilizando su cuerpo como escondite. El viejo, a medida que escribe, le gruñe al haitiano que espera la orden:

–Oye, Miguel Luis; no hiciste má que picar tre cañita y ya ta s'en el batey buscando vale. No quiero que me le dé malo s'ejemplo a lo congose⁵. Compra y vete a levantar tu viaje.

El haitiano dice:

–Uí, papá, uí, papá. Yo me va enseguita.

Y mientras extiende un brazo para coger la orden, debajo del otro retiene la mocha.

Se encamina hacia acá, y ya frente al mostrador me dice:

–Bodeguela, depacha mué plonto. Yo quiele dejá la comía con la fam, pa jallalo cociná cuando viene del cote.

En su cara reluce el guarapo de caña que le secó la brisa, y sus labios reseca y gruesos, tiemblan al contacto de su lengua, que saborea por anticipado el trozo de queso blanco que ven sus ojos en el aparador.

Es cerca de mediodía. Le despacho, y tras él viene otro, y otro, y otro más... hasta formarse un grupo que no me dejará reposar por buen rato. Ya llega del corte la falange que se fue esta mañana a comenzar la zafra. Viejo Dionisio está ahora pegado a una ventana de la bodega. Allí, del lado adentro, en el extremo del mostrador, le he puesto una botella de ron y una taza de las que se usan para tomar chocolate. En ella le sirvo, y cuando se la lleva a los labios, simula que bebe el espeso líquido, pero todos saben que traga su

⁵ Congó se le llama en la finca al peón haitiano novato.

ron y el único que se engaña es él. Cuando realiza esta operación sigue expidiendo vales y más vales, interrumpiéndose solamente para repetir la maniobra.

¡Qué algarazara terrible! Pero hoy no me enloquece, porque pongo todos mis sentidos en el trabajo, para sacar el mayor beneficio. Oigo pedidos en tres idiomas, sumo partidas de números que voy anotando al respaldo de los vales; robo onzas con rapidez asombrosa; aplaco protestas, principalmente de cocos que conocen el peso; envío requiebros a las pobres mujeres, elogio a los haitianos que sonríen halagados, y a todos les llevo el cinco, el ocho y el diez por ciento, más algunos centavos que les enredo en las cuentas. ¡Qué vértigo!

Por aquella ventana aparece la cabeza de Nica, desgredada, enarbolando una botella y gritando con voz destemplada:

–¡Bodeguero, depácheme un aceite, que Cleto tá al llegar!

–¡Por Dios, Nica! –le digo–. ¡Qué hora! ¡Venga temprano, que este momento es para los peones!

–Dipénseme, mañana no me se olvida.

Todos los días le digo lo mismo, y siempre me da igual respuesta.

–¡Un chele de sal, bodeguero, que me se debaratan la j'abichuela!

Es Manuela, por otra ventana.

–¡Manuela, compre temprano! –le grito en mal tono.

–¡Pero si ahora fue que me acordé! –dice con voz que parece un lamento.

Y la maltrata una preocupación que se dibuja en su cara destendida y seca.

–¡Una libra de arró criolloooo!

–¡Media libra de harina e maíii!

–¡De cob di sel!

–¡Tri cents red bin!

¡Qué es esto! Creo que en Babel no hubo mayor confusión. Y ¡cuánta exigencia! Heme aquí, saltando, multiplicándome, por servir lo mejor y más pronto que me sea posible, y ellos, como si no me moviera, ¡grita que grita!

Se vació aquel granero, debo abrir un saco de arroz, otro de azúcar, una caja de arenques, otra de jabón, ¡y el grajo no me deja respirar!

Despacho dos y llegan cuatro. Ahí están en la ventanilla todas sus caras, sus ojos y sus bocas, y todos sus brazos extendiendo vales, como una gusanera. Gritos, gritos. Solo quieren una cosa: ¡comer!

Después de doce horas de trabajo estoy molido. Según el reglamento, hace noventa minutos que debí cerrar, pero ¡quién entiende a esta gente! ¡Dicen las cosas en una forma!...

Exigen que se cierre puntualmente a la hora que han establecido, pero ¡ay de aquel que por hacerlo deje de vender!

Su orden se puede interpretar así: cerrar la tienda a la hora que indica el reglamento, pero no dejar a un solo peón sin provisiones. Si el tiempo no alcanza... ¡no dejar a un solo peón sin provisiones! Y si el peón se ha quedado sin comprar y la tienda está cerrada... ¡mucho cuidado con el reglamento, porque lo principal es la disciplina y después de haber cerrado, no se puede vender! En fin, hay que hacer las cosas como se debe y como no se debe. Unas veces al derecho y otras al revés. Pero a veces, cuando se hacen al derecho debió ser al revés, y cuando se hacen al revés... ¡es lo de nunca acabar!

Ejemplo de un caso ordinario: un día me dijo el alemán:

–«Quita ese putella de ahí. Ponlo más arriba, que se ve muy feo». Porque su debilidad es la «estética» de la bodega.

Obedecí su orden y respiré tranquilo. Pasaron unos días, volvió con más *whisky* que de ordinario en la cabeza, y por desgracia para mí, reparó en la botella, que se encontraba en el lugar que él mismo le señaló.

–«¡Oh, oh! –exclamó contrariado–. ¿Qué pensando usted? ¿Cómo se le ocurre poner un putella de vino donde está el ron?».

Quise defenderme:

–«Recuerde, Mr. Baumer, que usted me mandó».

Pero trepidó al instante:

–«¡No! ¡No dígame esa! ¿Quién puede crea que yo manda esa? ¡Quita! ¡Quita pronto!».

Y no me quedó otro remedio que obedecer, y lo que fue el mal humor y el deseo de darle una lección... guardarlos por ahí.



Es ya de noche. Se fue el peonaje y estoy solo en la bodega, arreglando cuentas antes de cenar. Acaricio la perspectiva de ocho horas de noche que prometen ser otras tantas de paz. En eso llega el alemán. Viene más rojo que de ordinario. ¿Qué le haría retrasarse hasta el extremo de que aún se encuentre en el campo? ¡Ah! Claro se ve que hoy perdió la cuenta del *whisky*. A pesar de que al entrar tuvo que rozarme, pasó sin saludar. Es la costumbre de la gente «superior» que vive sobre nosotros aquí. Ahora, ya en la tienda, sin percatarse de que existo, lo registra todo con insolencia sin igual. Abre el cajón del dinero, registra los libros, porque puede ser que no estén en regla; arroja por ahí las órdenes sin pedirme permiso ni mucho menos darme explicación, y... aún no está conforme. Examina los graneros porque puede haber sido mezclado el café o el arroz; dirige miradas escrutadoras a mi dormitorio. ¡Puede haber allí algún andullo! Estos ladrones de bodegueros suelen comprarlos a ochenta centavos para ponerlos en inventario envueltos en la yagua que traen los que envía el central a tres dólares cincuenta, ganándose así \$2.80 a los cuales solo tiene derecho la compañía. Descubrir esas cosas en su especialidad.

Veo sus procedimientos, indignado, pero resuelto a soportar. Esto es lo normal. Para eso se es bodeguero. Por fin ha recordado que estoy en la tierra y entonces, encarándoseme, pregunta:

–¿Cuánto vendiendo usted hoy?

–Sesenta dólares y centavos.

Parece que le ha picado un bicho. Sus músculos faciales se contraen y pone la cara como un *bull-dog*. Gruñe:

–¿Nada más eso?!

Porque ese es el método. Hay que protestar.

–Creo que es bastante –le digo–. Hoy es el primer día de zafra y me parece que no se podía esperar más. En tiempo muerto solo vendía cinco y seis dólares diariamente...

Pero he cometido una falta terrible ¿Quién es un bodeguero para opinar sobre estas cosas? Le oigo decir:

–Usted no conoce el negocio. ¡Usted no sabí! ¡Tampoco se apura!

Para esto solo hay una respuesta y yo no la puedo dar. Le veo pasearse a lo largo del mostrador. Sus ademanes son bruscos. Está borracho de importancia, y visto así, se le puede tomar como la mejor figura simbólica del poder. Trajo los pies llenos de lodo y ensucia el piso. Inmediatamente tendré que limpiarlo. Ve que en el mostrador y en alguna parte hay granos y papeles, y no pierde la ocasión de protestar:

–¡Muy sucio todo esto! ¡Muy sucio!

Otro hubiera pensado que después de haberse trabajado por espacio de doce horas en esta tienda, y habiendo cerrado las ventanas hace apenas unos minutos, nada tendría de extraordinario que hubiera basuras y papel en alguna parte. Pero este no. Y tiene sus razones. Hoy ha sido larga la jornada. El automóvil se le atascó en alguna parte. Ha bebido mucho *whisky*, y ¡para algo están los bodegueros!

–He tenido mucho trabajo Mr. Baumer –digo–. Los últimos peones se acaban de marchar. Pensé...

Interrumpe:

–¡Ya, ya! Los dominicanos hablan mucho y hacen poco. Siempre están «pensando», siempre tengan razón. Todo lo dejan para luego. Usted ahora quieremi decir que trabaja más que otros. Es damansiada ¡Ah!

–He hablado claro –respondo–. No quise decir eso. Yo...

–¡Bien, bien, bien! –corta–. Aquí si alguien no quiere hacer el trabajo porque se cansa, no tiene más que avisar. Nosotros siempre halla quien no se cansa. ¡La compañía no necesita nunca a ninguna persona!

Lo dice balanceándose, con una mano en la cintura y la otra apoyada en el mostrador. Nuestras siluetas se recortan gigantescas en la pared y agitadas por el parpadeo de la luz, parece que se van a acometer para magullarse con sus grandes miembros deformes. Pero no es así en la realidad. ¿Por qué hay una diferencia tan grande? ¿Por qué no es la sombra una copia fiel de la actitud? Aquí está este hombre que en su país no fue nadie y que llegó al mío como peón de una factoría, convertido en señor, manejándose a su antojo; y yo dispuesto a acatar. ¿Por qué la sombra me sugiere lo que debería ser mi verdadera actitud? ¿Por qué la sombra...?

Soy un bodeguero. Nací en este país y este otro viene de más allá del mar. Soy un cero y él es una palanca con un gran punto de apoyo. Él está autorizado a dar órdenes y yo y todos los míos tenemos que obedecer. Por eso digo:

–Arreglaré eso, Mr. Baumer. Yo... (me tiembla la voz). Yo...

El hombre se ha marchado sin dejarme terminar. ¡Es una humillación!

Sin embargo, para nosotros, ¿qué es una humillación? ¡El sustento! No soportarla significa: las calles del pueblo, vagar sin trabajo, sin protección, sin amigos y caer en algo peor. Mientras que soportando se puede hacer alguna economía, juntar unos pesos y luego marcharse lejos de esta asquerosidad; decirle adiós a esta vida de perro y volver a ser lo que se era: una persona decente, un hombre orgulloso; sí, señor, ¡un hombre orgulloso!...

Este constante representar lo que no se es, obedeciendo órdenes de gentes a quienes no deseáramos jamás conocer, y oprimiendo a otros a quienes querríamos por siempre olvidar, ¡tendrá que pasar! Y entonces la vida será de un color más grato y tendrá mejor sabor. La vida. Sí, ¡la vida! ¿Por qué algunos sufrirán pruebas tan rudas en ella sin ser Cristos ni nada que valga la pena, sino pobres seres ansiosos de no estorbar ni ser estorbados? ¡Y pensar que hay tantos que quisieran estar en sus puestos! Por ejemplo, miles se desviven por estos trabajos. Todos los días los encuentro, y ellos no ignoran cómo tendrían que vivir.

El domingo, en uno de los bateyes de la carretera, un jovencito de esos cuyas familias viven acomodadas, me dijo suspirando:

–«¡Qué suerte has tenido! ¡Lo que daría yo por una bodega!».

Y de todos los pueblos de la República, inclusive de la Capital, vienen gentes recomendadas por altos funcionarios públicos, cubriendo las distancias a veces a pie, para recibir una negativa grosera del *manager*, que tira en un cesto solicitudes y recomendaciones sin dignarse leerlas.

Y luego, me lo dicen aquí los trabajadores todos los días:

–«Tú ere rico».

–«Tú son gente grande, porque tú come to lo día, compai».

Y tienen un hambre y un deseo de estar en mi puesto, no es posible dudar de su sinceridad. ¡Es desolador!



Una lamparita, desde un clavo, mira con poca luz la bodega. Mi escoba rasca el vientre del piso. Afuera, el haitianaje suena un tamboril. Algún inglés mortifica a su guitarra. Cleto maldice a su mujer.

Pican los mosquitos. Una botella que refleja la luz, me hace guiños. Mi escoba rasca...

VI

La zafra tiene más de cien días. Los trabajadores que la vieron llegar, llenos de alegría, se van convirtiendo en sujetos indiferentes que realizan su trabajo sin esperanzas. Todas las mañanas, antes de salir el sol, desfila la turba harapienta, maloliente –con un hambre que no se le aparta jamás–, camino del corte, como una procesión de seres sin alma.

Algunos suben a la plataforma de la bodega y se acercan al mostrador, tiritando, semidesnudos, cubiertos en parte por sus eternos harapos. Traen la mocha debajo del brazo y los puños unidos, junto a la barba, como en ademán de rogar, tratando así de abrigarse. Piden «un chele de suca», o «un chinchín de bacalao p'arreglarse la boca». Yo sé que con eso pasarán el día y se lo vendo. Entonces bajan y marchan hacia las piezas de caña. La procesión sigue desfilando...

Los días pasan, ¡los días han pasado!, y las economías con que había soñado para liberarme, se han trocado en humo; y ¡lo que es peor!, el día de mi salida de aquí, se me presenta cada vez más impreciso, entre brumas.

La finca tiene una fuerza de abismo, y fascina. Se traga a cuantos vienen aquí. Después que beben su virus no pueden marchar. A los que el central despide, les ocurre que se quedan dando vueltas, tratando de «arreglar su asunto», para conseguir nuevamente trabajo. Los que no han obtenido trabajo, pululan por bateyes y carriles esperando «un chance». Este año, cuando se dijo que la tonelada de caña se le pagaría al picador a diecisiete, todo el mundo –haitianos, cocos, dominicanos– dijo que no trabajaría; pero al día siguiente todos fueron al corte, callados. Y seguirán yendo.

Yo no quiero pensar que voy a ser presa del maleficio, y realizo esfuerzos desesperados por no abandonarme a esa fuerza oculta que a todos retiene en estos bateyes. Pero es difícil mantenerse optimista en medio de tanto desaliento. Estos hombres, que envejecen y mueren sin otra visión que la de estos campos de caña, arrastrados por un fatalismo que se les filtra hasta la médula, no son personas que ayuden a nadie a reaccionar.

Durante estos meses he conocido a muchos que ya no recuerdan la existencia de otro mundo. Hace años que no van al pueblo (que se encuentra solo a unos veinte kilómetros de aquí) y ya no recuerdan nada de cuanto les ocurriera en otro tiempo. Sus planes ahora se concretan exclusivamente a «la zafra que viene», a «si este año la compañía no rebaja los sueldos», a «si *míster* tal me ayuda». Esos, son carne de la finca, y creo que fuera de aquí ya no podrían adaptarse. Cuando son totalmente ignorantes, su vida es una vida como hay tantas en cualquier parte, pero si tienen alguna noción de cuanto les ocurre, son presas de cruel angustia.

A esta última clase pertenecen casi todos mis amigos. Por ejemplo don Martín, el mayordomo de la compañía, el hombre que le hace todo el trabajo al superintendente americano. Es un puertorriqueño a quien conocí después de empezada la zafra. Este hombrachón, simpático, de un carácter apacible –que en otra parte hubiera sido dulce, pero que aquí se ha metamorfoseado en barrera de astucia vestida de calma–, este hombre, ataviado de una gran mansedumbre exterior, me ha contado su vida.

Cuando llegó aquí, era muy joven. Lo acompañaba su mujer, una linda paisanita que le siguió al salir de su tierra. Llenos de ilusiones, soñaron que en este país de promesas ganarían dinero y tendrían hijos que luego educarían convenientemente, en un buen colegio de su tierra, mientras disfrutasen de una vida apacible, con el producto de las ganancias que de aquí llevaran.

Y vinieron y tuvieron los hijos... ¡pero no han podido volver!

Sobre esto me decía el mayordomo una tarde, mientras nos abandonábamos a merced de una botella de ron:

–He trabajado rudamente muchos años, haciendo por distinguirme como hombre honrado y eficiente ante la compañía, y aunque he dado pruebas de mi capacidad, de empleado perfecto, nunca he

visto colmada mi esperanza de ser apreciado. Al cabo de todo ese tiempo solo tengo, como premio, nueve muchachos semisalvajes, criados en estos carriles; mi pobre mujer, vieja y flaca como una bruja; yo inutilizado para todo, porque he olvidado hasta cómo se lleva la ropa, y por añadidura, casi ciego, a causa del humo que he cogido quemando barbojo, apagando fuegos, ocupando siempre el sitio más peligroso, para así defender el pan de mis hijos.

Y luego, en un tono que muy pocos le han oído, agarrándome por un brazo, mirándome a los ojos, ha roncado:

–Comprés: cuando vine aquí yo era un hombre honrado, y por conservar el empleo, ya ni siquiera soy eso. He aprendido a engañar y a mentir con tanta naturalidad, para servirle a este capital y serle grato a sus administradores, que ya no me sería posible vivir en un ambiente donde no tuviera que estar constantemente engañado, en actitud de acechanza, como se está siempre aquí.

Y como yo dijera, horrorizado, casi con pánico, que dentro de unos meses me iría muy lejos, para no pensar más en la finca ni en sus cosas, me ha dicho con desaliento:

–Así vienen todos, por un año, por una zafra; pero se quedan hasta que los botan o se mueren. Usted no se irá por iniciativa propia. No sueñe con eso. Mejor es que se vaya acostumbrando. Aprenda a callar sus cosas, porque aquí es peligroso hablar con cualquiera; no piense en su destino; sea buen empleado... ¡déjese llevar! Ya llegará el día de partir, ¡cuando no sirva para nada!

Dicho esto, se levantó de su asiento, se echó un gran trago, y como quien se deshace debajo de un gran peso, musitó con voz torpe:

–A mí pronto me darán un pasaje, porque ya me queda poca vista. Me enviarán a casa, por consideración a morirme de hambre, «¡a descansar!» –como dicen ellos–, y supóngase qué será de mí entonces... Ya no sé dónde está lo que me resta de familia. Al principio nos escribíamos, formábamos planes sobre un viaje que haría a mi tierra, para enseñarles mis hijos. Aún nos teníamos afecto. Pero el tiempo fue pasando; murieron mis viejos, y el viaje nunca se realizó. Como todos los años mi sueldo era menor y los hijos eran más, no pude seguir enviándoles ayuda a unas tías viejas que me quedaban, y la correspondencia se fue haciendo escasa, hasta que al fin dejamos de escribirnos. ¡Veinte años es mucho tiempo!

Ya tenía un pie en el estribo. No me volvía la cara y yo adivinaba el motivo.

–Bueno, amigo –dijo, volviendo la cabeza hacia otra parte ya montado, levantando una mano–. Nos volveremos a ver.

Y se fue inclinado sobre el pescuezo del mulo, cabeceando, verdaderamente borracho.

Desde entonces nos vemos todos los días. Hablamos del tiempo, de la zafra, de vagones, de cualquier cosa, menos de aquello. Parece que se ha arrepentido de haber dicho tanto.

Mi bodega se ha hecho la meca de la gente que vive inconforme. Domingo tras domingo, recibo la visita de Eduardo y de nuevos amigos. Entre ellos figuran el bodeguero Valerio, hombrecito regordete, de voz aguda, chistoso a fuerza de ser amargo, y el inglesito Brown –George Brown–, que también es un sujeto interesante.

Valerio es de la Capital, tiene unos cuarenta años, dos hijos y una mujer de quien dice:

–Ella cree que es mi señora, y yo sé que es la piedra de molino que el destino me ha atado al cuello, para anegarme en lo profundo de esta vida.

Cuando está bebido hasta querer llorar, domina el grupo con su voz, se pone en pie, y comienza a borbotar:

–No hablen de libertad. No hablen de derechos. No hablen de nada. ¡Que no hay libertad en la vida! Si no te esclaviza la mujer, te esclavizan los hijos; si no los hijos, la miseria, el trabajo, alguna enfermedad, ¡el destino! No hay libertad en la vida.

Se lleva el vaso a la boca, traga el ron como si se tratase de un socorro urgente para apagar algo que le arde dentro, y continúa casi gritando:

–¡A nosotros nadie nos salvará! Yo me he sentado en la cama del Presidente de la República; he vivido entre gentes de posición que han sonreído al hablarme; he vivido en otro mundo, soñando y creyendo que ocuparía un puesto digno en la vida, y sin embargo, he venido a parar aquí. He tomado este torcido camino, y heme

ahora soportándole humillaciones a estos cerdos adinerados, menos que una hormiga, insignificante como cualquier cucaracha, ¡un cero en la vida!

El auditorio, generalmente integrado por Eduardo, el inglesito y yo, espera que trague otro poco de ron y continúe. Una vez realizada esta operación tan indispensable para el calor de su discurso, dice de nuevo:

—¡Hay que beber hasta reventar! El fuego de este sol, la uniformidad desoladora de estos cañaverales sin fin, sin pájaros, sin árboles, sin montañas; el grito de la conciencia que no nos deja dormir, el deseo contenido de hacernos justicia dando un golpe feroz para demostrar que merecemos atención de alguien, todo eso nada más se puede ahogar en una catarata de ron. ¡Colega! ¡Compañero! ¡Traiga media caja de ron! ¡Traiga un río de ron!

Cuando está así, ya es un caso perdido. Termina su discurso, se dirige adonde tenga el caballo, y se va sin decir más palabra, llorando, o a punto de llorar.

El inglesito es otra clase de sujeto. Negro, con treinta y dos dientes perfectos, cayó aquí por casualidad. Una tempestad que hundió el velero que lo llevaba de Cuba a las islas inglesas, le arrojó a nuestras playas, hace ya varios años. La sanidad del pueblo, que tuvo noticias de que en esa parte de la costa se pudrían unos cincuenta cocos, fue a enterrarlos, y lo halló agonizante entre sus compañeros ya putrefactos.

Lo llevaron al hospital de la compañía y allí recuperó la salud. Como su caso interesó a todos, no le fue difícil hablar con el administrador del central, quien le ofreció una plaza de mayordomo en uno de los bateyes cercanos a este. Yo había oído hablar de su caso, pero nunca tuve curiosidad por saber quién había sido el Robinson de esta aventura. Ahora lo he conocido. Es algo instruido, recibe revistas y libros en inglés y español. Ha perdido varias noches hurgando el escondite de Dios, y en un castellano diferenciado del nuestro nada más que por un ligero aire extranjero, nos dice sus cosas.

—Yo quiero hablar cada día mejor el español —nos dice—, porque cualquier idioma es más mío que el inglés. Inglaterra nos ha inculcado que Noé nos hizo esclavos porque Cam se rió de

su borrachera, después del diluvio. Pero yo creo que esa es una invención de Inglaterra para mantener esclavizados a millones de negros que podrían formar una nación. Nada me causa tanto disgusto como hablar con mis paisanos, porque en ellos hallo una terrible ceguera que es hija de trescientos y más años de esclavitud. Se sienten orgullosos de que el rey de Inglaterra sea su rey, porque en la escuela les han enseñado que ese gran país ha sido misericordioso con nosotros hasta el extremo de darnos su nacionalidad, contraviniendo los deseos de Dios, ya que nadie puede ser inglés sin ser blanco. Y ellos ven en el rey a un sujeto tan imponente, que se ha atrevido a enmendarle la plana al Creador, en beneficio de sus súbditos de color.

Y como alguno se queje de la vida que se lleva en estas fincas, dice, esforzándose por dejarnos convencidos de su verdad:

–Ustedes tienen esperanzas. Tienen porvenir. Su pueblo es libre. Este mal pasará. Llegará el día en que estos grandes capitales tendrán que darles al pueblo y al Estado lo que les corresponde, y devolverán buena parte de los millones que se han llevado a costa de las inmigraciones de esclavos y del nativo desorientado y abandonado. Ustedes tienen esperanzas, les repito. Alguna vez las cosas serán diferentes. Pero nosotros, ¿cuándo cambiaremos nuestro estado de esclavos? ¿Quién escapa de las manos de Inglaterra? Los negros de mi país no aprendieron nada de la Guerra Mundial, que debió enseñarles mucho. En la guerra quedó demostrado que el fusil manejado por el blanco y el fusil manejado por el negro, son igualmente poderosos, y eso ha debido sacudirles, servirles de ejemplo para comprender que no hay razas superiores ni razas inferiores.

Cuando así habla, los compañeros, inconformes, ya acalorados por los tragos, lo asedian a preguntas:

–Y cuando llegue la justicia, amiguito –grita Valerio si aún no ha llegado a su clímax–, ¿dónde estaré yo? ¿Qué será de los miles que perecen de hambre, podridos de enfermedades, en estas fincas? ¿Quién salvará a los tuberculosos, a los que orinan sangre, que antes de morir quedan verdes, como hojas? ¿Quién redimirá a los reventados, en una palabra? ¡Yo no creo en la justicia futura! ¡Solo creo que nos morimos como gusanos

en el vientre de estas compañías, ante la indiferencia de todos los poderosos!

Eduardo dice:

–No tengo esperanzas. Estos países son tierras de promisión para los blancos, desde que Colón puso el pie aquí. Ayer esclavizaron a los indios, los despojaron de sus tierras y su oro, violentamente, y les dieron muerte cazándolos con perros, porque entonces las cosas se hacían en esa forma. Hoy vienen a despojarnos y a servirse de nosotros, «solicitando» permisos de los gobiernos –respaldados por su gran nación– para hacer inversiones «que favorecerán al país», pero el fin y los resultados son los mismos. Ya no traen negros del África, porque no hay necesidad de ir a buscarlos tan lejos, ni de pagarlos tan caros. Las ideas del padre Las Casas se pueden seguir practicando con haitianos y cocolos alquilados.

Y como el inglesito trate de insistir demostrándonos sus ideas, Valerio, cabeceando, rezonga desde un saco de arroz:

–No tan solo de pan vivirá el hombre. ¡No tan solo de pan! Y aquí solo hay muy poco pan para el cuerpo, ¡y ron para el alma!

Y no podemos menos que reír, porque la risa del hombre cabe en toda amargura.

No tan solo de pan, ¡no tan solo de pan! Y aquí ni siquiera de eso viven, sino de guarapo de caña.

Creo que mientras viva no olvidaré al viejo Juanico Pipí. Es un ancianito que sufre de hernias horribles. Sin hijos, agotado, casi muriendo, corta caña cuando su enfermedad se lo permite.

Un día, con esa risita de idiota que no le abandona, me contaba la historia de su noche anterior.

–Mire vale, y cuando vine a la bodega y la vide cerrá, me se cayó el mundo a lo pie, porque no me atrevía a moletalo pa que me fiara comía; ¡y con un frío que me taba calando lo güeso! Asina me fui a la pieza e caña y corté sei penco trozo j'e critalina, y me metí en el barracón pa cenar co n'ello.

¡Y reía, como si no hubiera dicho nada!

Otra vez me decía:

–El probe vive con poca cosa, vale. Una d’eta noche le compré a uté una libra de arró criollo; me dentré en mi cuarto, ecuró como boca e lobo, y allí, sin limpiarlo ni ná, cogí ¡fupi! y lo eché en mi latica. Al poco rato de tar jerviendo lo apié, y e verdá que lo macho me llenaron la boca de cácara, porque ese ej’el arró má pajoso que he vito, y má sin manteca, ¡pero me lo jallaba má bueno...!

¡Pobre viejo Juanico! ¡Y pensar que todavía tendrás que cortar muchas veces tonelada y cuarto de caña, para que te roben el cuarto y te paguen una, a razón de diecisiete centavos! ¡Y pensar que tu alma, que no ha dejado de ser candorosa, a pesar de los años, se pega a tu cuerpo con tanta fuerza!

Me dijiste una tarde: «¡Si yo consiguiera un braguero...!» Y yo pensé: «Primero llegará tu ataúd». Pero cuando así sea, ¿a dónde irá tu alma después de haber llevado esta vida? ¿Para ti todo será esto? Y los que te han destruido, ¿a dónde irán...?

Cuando iba a la escuela leí en un libro, que contenía nociones elementales de ciencias, que el hombre no podría vivir sin comer más de diez días, si mal no recuerdo. El párrafo, más o menos decía: «La falta de alimentos causa la muerte antes del décimo día por inanición. La falta de agua, mucho antes, por sed». Y pensando en eso me pregunto: ¿por qué no han muerto todos aquí?

En estos meses de zafra –época de relativa abundancia en la finca–, he visto caer desmayados a varios individuos ante la puerta de la bodega. El primero –un haitiano llamado José Castil–, me causó una profunda impresión, porque nunca había visto cosa semejante. Se hallaba frente al mostrador, pidiendo, jadeante como un buey:

–Bodeguel, depachá mué. Depachá mué...

Y como no pudiera atenderlo inmediatamente, porque otros peones que habían llegado antes me pedían sus provisiones a gritos, su color cambió y quedó cenizo, y se desplomó como un fardo.

Grité: «¡Levántenle!», pero los demás miraban atemorizados, sin atreverse a tocarle. Recriminándoles su actitud, salté el mostrador con una botella de alcoholado en las manos, y ya sobre él, le froté

la cara, le hice respirar, y nuevamente le volví a la vida. Su mirada, su cara, todo ¡todo él!, decía claramente: HAMBRE. Hice que le llevaran al cuarto que ocupaba en el barracón, y poco después le envié comida.

Por la tarde, desde la bodega vi su figura fumando un cachimbo soñadoramente. Estaba sentado en un tronco de los que traen para combustible de la bomba, ¡como si nada hubiera pasado!

Luego vi a un mozalbete de los que trabajan en la resiembra de la caña, caer en forma parecida. A ese le di un trozo de pan y otro de queso, y casi sin sentido, en el suelo, comenzó a engullirlo. Parecía un moribundo, ¡pero comía!

Otro que cayó a mi vista fue un muchacho, casi un niño, que trabaja de gañán en los arados. Ese infeliz tiene a su cargo una hermana con sus dos hijos. Desde las cuatro de la madrugada está pegado al arado con el estómago vacío. De lejos he visto su silueta atada al hierro, como un trapo que flotase a ras de tierra, a merced del rudo implemento que los bueyes arrastran vigorosamente. Cuando vino ese día a la bodega, cubierto de polvo hasta las pestañas, roto y descuajado, solo tuvo tiempo para decir:

—¡Pan, bodeguero, pan!

Y cayó de rodillas primero, dando luego con la cara en tierra. Una tos asesina le rompía el pecho. Escupía una saliva terrosa y sanguinolenta, mientras sus ojos apagados me miraban implorantes y su mano huesuda, encallecida y sucia, arrugaba la orden que poco antes le diera el mayordomo.

Como otros tantos, había corrido el Maratón del hambre, para caer reventado en la meta.

¡Y cuántos más andan por ahí sufriendo lo mismo, lejos de la bodega! Los hay que tiritan de frío durante todos los días de su vida; que van perdiendo el color y orinan la sangre, presas de la hematuria; que vomitan sus pulmones en los carriles. Caminan llenos de llagas sifilíticas, arrastrando su humanidad envuelta en vendajes asquerosos o sin ellos; y, verdaderos cascarrones de hombres, se vacían en sangre por el ano, presas de la disentería.

Y para subsistir, todos sorben caña y comen trocitos de bacalao con batatas, o pequeñas cantidades de harina de maíz con azúcar, o arenques, mientras llega la muerte.

Y cuando el alma vuela, reciben el cajón negro que les regala el central para que hagan su último viaje.

Lo dice el texto: «No tan solo de pan vivirá el hombre». También es necesaria la palabra de Dios. Pero si el Maestro mencionó primero el pan que otra cosa, fácil es comprender que para cultivar el alma, lo indispensable ante todo es vivir. Alimentar la materia donde reside el aliento, para que entonces pueda el hombre pensar en todo aquello «que sale de la boca de Dios». Mas, si el hombre no come, ni es comprendido, sino explotado y abandonado en la tierra, ¿de qué vivirá? Y si por milagro su cuerpo resiste algún tiempo, ¿qué habrá de pensar?...



SEGUNDA PARTE

I

Las noches de un hombre solo son pesadas y largas. En ellas los deseos crecen, se hacen duros, hasta convertirse en dolores. La buena alimentación, el ron, la quietud alumbrada por una lámpara de gas, y sobre todo los recuerdos, son cómplices que torturan...

Uno es mozo y tiene en la mente otras noches pobladas de ruidos, de risas; noches en que no tenía importancia el tiempo. Las escenas vuelven a repetirse unas tras otras, vivas, palpitantes.

Las imágenes vienen como en remolino. Después el pensamiento se va concentrando en una sola. Ella tiene los ojos pequeños, pero lindos y vivarachos, ¡y todo el cuerpo tan joven!

Hace locuras y ofrece la pequeña boca en mohín. No la aman ni ella ama quizá, pero ahora es deliciosa. En los vasos hace burbujas la cerveza. Ahí están unos compañeros también alocados y suena la música. Un merengue. Danzan. Las imágenes van abrazadas, moviéndose lúbricamente, y uno está solo con tales recuerdos en esta bodega, porque no hay mujeres propiamente dichas en la finca.

Enciendo mi lámpara y las figuras huyen. Aparece la bodega con sus paredes desnudas. Apago para volver a pensar. Las ranas croan afuera y una luna fría, mete algún ojo de luz por cualquier reja.

Quedo a todo el largo en mi pequeña cama, sin sueño, con los ojos cerrados. Ahora siento la boca amarga. Las imágenes acechan, pero pienso que en el batey, aparte de Nica y Manuela –hembras desvencijadas y ajenas–, solo se encuentran haitianas feas y grajosas que nada me inspiran. Pienso también en las que llegan detrás de los pagos quincenales, tan peligrosas que casi

resulta insensato arriesgarse con ellas. Y todo me repugna, no por castidad, sino porque he conocido algo mejor, y además, porque quizá ya aspire a encontrar compañera con quien compartir algo más que una noche de ron.

Porque quizás tuve otros planes hace algún tiempo... ¡pero eso fue hace algún tiempo! Y no siempre las cosas suceden de acuerdo con nuestro querer. Esta vida, semejante a la de un preso a quien se le confiara la misión inviolable de vigilarse a sí mismo, me va desmoronando viejos proyectos, castillos de ilusión fabricados cuando no parecía tan difícil vivir. Ahora, todo aparece más estrecho, más opaco, más poquito. Porque he visto en alguna parte, en medio de todo esto una cara limpia, joven y fresca, y eso que en el pueblo no me hubiera hecho pensar hasta más allá de la próxima esquina, aquí ronda en el cerebro.

Porque de noche, cuando las imágenes danzan en la soledad, el hombre tiene horas incontables en una bodega, y con ellas entran y salen recuerdos donde hay diez personajes alocados, y donde hay solo una pequeña mujer con una cara ingenua y con los ojos llenos de pureza hasta no ser capaces de mirarle a uno largamente. Y esa mujer se acerca, ronda despacio y por fin toma asiento en la mente después del bullicio de los primeros recuerdos, y allí reposa, con los ojos soñadores entornados, con su cuerpo sano, y espera.

Y uno se queda mirándola, se queda mirándola, hasta que se duerme, o hasta el amanecer...



La ilusión nació en una casita muy pobre, con piso de tierra, que se anida frente a los cañaverales inmensos, por el lado sur de la finca, en un caserío rural que se levanta allí. Es un lugar miserable, donde las tierras particulares se dividen de la compañía por una simple alambrada. Un lugar donde las vacas, cuando hay sequía, se mueren de sed a diez pasos del abrevadero de la finca, porque la corta distancia es infranqueable. Esa tarde me acompañaban Eduardo y Valerio, hablando a gritos por los carriles, al galope de nuestros caballos.

Buscábamos una bachata, un *voudou* o un velorio. Daba lo mismo. Con un acordeón, un coro de voces salvajes o de voces que elevaran un rezo por el alma de cualquier difunto, nos hubiéramos divertido igual. Íbamos de batey en batey, cuando al llegar a aquel caserío nos atrajo una bodeguita particular con la sonrisa de su aparador.

El día estaba radiante, pero una nubecilla vagabunda que erraba por el cielo de la tarde, comenzó a desprenderse en llovizna, a la luz del sol. El dueño de aquella bodeguita, un mulato avejentado, comunicativo y de alma sana, nos saludó con amabilidad y nos invitó a entrar. Casi sin mediar preámbulos, el hombre comenzó a hablar, primero de su negocio; después, de la estrechez de su vida en aquel sitio.

La compañía no quería que él viviera allí. Aquella bodeguita, cuyas existencias no pasaban de cien dólares, era una verdadera tortura para el central. Varias veces, mayordomos, colonos, contratistas y ajusteros de esos contornos, recibieron circulares estrictas prohibiéndoles expedir alguna orden personal contra aquel ventorrillo. Y si algún peón insistía en hacer sus compras allí, prescindiendo de los vales de la compañía porque el dueño de la bodeguita le abriese un crédito, se le señalaba como desafecto al central y se le acorralaba, ejerciendo sobre él terrible presión. El mayordomo nunca se lo diría abiertamente, pero ¡ya se cuidaría de darle trabajo! Hasta que al fin el peón, viendo que allí no ganaba un centavo, imposibilitado para pagarle cualquier pequeña suma al dueño de la bodeguita, arreglara su mochila y marchara hacia otra parte, al interior de la finca, donde la compañía es el único comerciante que puede vender.

El hombre se acaloraba narrando.

–¡No dejaré que muera de hambre mi familia, aunque mil centrales me odien y me acorralen! –lanzaba en tono de desafío.

Y lo decía como quien se defiende ante un juez.

Le oíamos sin comentar, porque así convenía a nuestra condición de bodegueros de la compañía. En ese momento un grupo de muchachos, probablemente hijos del viejo, correteaba en el interior de la casa. Fue casi a la hora de marcharnos cuando una mujer blanca, muy bella a pesar de sus cuarenta años, habló de

que se estaba colando café. Y poco después entraba una joven a quien no habíamos visto, con cuatro tazas en una bandeja.

No era blanca, ni yo lo hubiera querido, era una indiecita radiante, color de canela.

A los tres asaltó la sorpresa. Eduardo la miró con ojos desplazados y olvidó el café. Valerio de casualidad no estalló con un comentario de los suyos. Yo –¡no me explico!– tuve un pensamiento raro y veloz: «¡Si fuera mi mujer...!».



Después de aquello ninguno de mis compañeros ha vuelto, pero yo he trillado muchas veces el mismo camino.

Ella y yo hemos estado siempre cerca. Mucho le he hablado, pero de cuanto le he dicho nada recuerdo. Solo sé que me he sorprendido diciéndole cosas tan formales que a veces me suenan como dichas por otro. Y he hablado de esperanza, de amor...

El padre me ha tomado gran cariño, a pesar de que la madre me mira con cierta inquietud que en vano desea ocultar. El hombre y yo agotamos todo el tema de la bodega y desmenuzamos las hazañas del central. Él me dice: «Apure el *over* y ponga su tienda propia. Salga de aquí». Yo comienzo a pensar en esas cosas y –¡parece increíble!– veo un porvenir con la hija de este hombre, detrás de un mostrador, yo satisfecho, feliz, con algunos chiquillos que piden golosinas que no pueden alcanzar en el aparador. Veo los deditos, las manecitas gordezuelas, y oigo las vocecitas. Y siento a mi lado a la mujer.

Me invade una ola de ternura. ¡La mujer! Ella aparece, con una sonrisa, regalándome toda la esperanza. El viejo sigue: «Usted es joven. Con sus relaciones y un poco de dinero, (¡casi nada!, quinientos pesos), consigue un buen crédito, abre un buen establecimiento. Créalo el comercio está mal, pero un hombre vivo todavía puede hacer algo. ¡Yo porque estoy tan viejo!» No es tan viejo, lo que pasa es que mira ahora a todos sus hijos, ocho en total.

Los chiquillos vienen a mí.

–Don Danielito, ¿me va traer dulce?

–¿Me va traer la muñeca?

La madre no está allí, y ella, la que ronda de noche mi mente y se sienta y entorna los ojos y espera, dice:

–Muchachos, no sean así.

Y es un murmullo su voz. Sonríe y se acerca a mí. El padre se va y ella queda. Yo me abandono sin hacer resistencia, porque mi corazón aún es nuevo para el amor.

¡Mí corazón es nuevo para el amor! ¡Si no fuera por esta realidad!...

Varias veces, entre las paredes de mi cuarto, cuando la luna mete su ojo por un agujero, dormido ya el batey, he hablado conmigo mismo. Me he dicho:

–«Razona bien, compañero. Quieres tomar mujer. No tienes dinero, ni empleo permanente. Corres peligro. ¡Pueden llegar los días negros!».

Y algo apasionado, hinchándome el pecho, ha respondido:

–«El hombre no ha nacido para vivir solo».

Y he vuelto a decir:

–«Pero no habrá siempre salud, buen humor. Debes asegurar el porvenir. ¡Te arriesgas a una aventura!».

La otra voz, convincente, suave, ha dicho:

–«Eternamente hallará el hombre un refugio en la tierra».

Sigo objetando:

–«¿Y si el hombre lleva algo a cuestas? ¿Si lleva la mujer?».

Responde:

–«¡Tonto! Los pájaros van de dos en dos y nadie ha sabido que hayan muerto por falta de albergue».

–«Pero el hombre halla mayores obstáculos. Su vida es más complicada...».

Y casi enfurecida ha dicho la voz:

–«¿Miedo a tu edad? ¿Acaso no quedaste ya un día solo en la vida y hallaste el camino de no perecer?».

–«¡Compañero! ¡Es que aquí se vive con la conciencia clamando!».

–«¿La conciencia? ¿Acaso eres el creador de todo este mal? ¡Todo estaba aquí!».

–«Sí, pero debo hacer un esfuerzo por no cooperar con exceso, y el día que seamos dos, ¡tendré que apretar más!».

–«¡Niño! Nadie aquí podrá hacer el bien. Con quitar uno en vez de dos no remediás el destino de nadie. Aún absteniéndote de quitar y dando algo de lo tuyo, y aun todo, no harías nada. Tu bien se perdería como gota de agua en el mar».

–«¡Compañero...!».

–«¡Calla! No te acobardes. Tu obligación es vivir, disfrutar de tu permanencia en la tierra a costa de lo que fuere. ¡Y para ello es necesario luchar!».

–«Pero, ¿le daré a ella ese pan amasado con gotas de sangre?».

–«¿Acaso te dan lo que ganas? ¿Alguna vez te han tratado como a un ser humano?».

–«Es verdad... ¡es verdad! Pero al hombre le es trabajoso aceptar bruscamente ciertos cambios...».

–«No lo sentirás, porque ella endulzará tu vida. Después de tu día de faena te hará dormir sin pensar en la miseria ajena, porque el hombre dichoso es egoísta».

–«¡Compañero!... Casi me convences, ¡casi me convences! Te has asociado con la soledad; la noche, como un nudo, se aprieta. ¡Su recuerdo está siempre en mí! Dentro de poco...».

–«¡Serás feliz!».

–«¿Serás feliz?».

–«¡Cierto!».

–«¿Cierto?».

Y la esperanza ha embalsamado el ambiente. Y el recuerdo de los hombres gastados se ha hecho borroso. Ella ha tomado asiento y con los ojos soñadores entornados, ha sonreído en su espera. El deseo de vivir otra vida ha crecido como una flama. ¡El sueño ha venido y ha volado conmigo en sus brazos!

Amanece. Ya en el trabajo, recuerdo el diálogo de la noche anterior, y a luz del día pienso: «El hombre dichoso es egoísta –dijo la voz–, pero ¿soy yo dichoso? Y si lo soy ¿por qué me siento abominable entre los demás? En los primeros meses robaba onzas,

centavos, y adulteraba cualquier comestible, con cierto cargo de conciencia; más acallaba la voz acusadora diciéndome: «No es para mí. La necesidad de sostenerme me obliga». Pero hoy, ¿qué puedo decir?».

Una tarde le dije a mi novia: «Nos casaremos dentro de un mes», y desde entonces insisto en el robo hasta la impiedad. Le he quitado onzas y centavos a individuos cuyo aspecto, al volverme la espalda –resignados, rotos, gastados como un hierro viejo–, me ha apuñalado el alma, y he estado a punto de gritar: «¡Eh, hermano! ¡Ven! ¡Toma lo tuyo! ¡Pégame fuerte! ¡Soy un ladrón!». Pero he ahogado el grito al llegarme a la boca, y golpeando furiosamente algún objeto, he alejado la tentación.

Luego, tratando de justificarme, atropelladamente he dicho: «Pero ¿por qué no me pagan lo que necesita un hombre para vivir? ¿Por qué me encierran? ¿Por qué me despachan menos de lo que me cargan en las facturas? ¿Por qué me exigen más? ¿No son ellos culpables? ¿No tengo derecho a la vida, como cualquier animal?».

Y a pesar de todo, he creído oír algo diciéndome: «Entonces, ¡vete!».

Pero me he rebelado gritando: «¿A dónde he de ir? ¿Se halla algo que hacer hoy día? ¿Soy acaso el único que roba aquí? ¿Por qué se me exige tanto? No haría esto si hallara otra cosa. ¡No me iré!».

Y como si lo dicho no fuera suficiente, he vuelto a objetar: «¡Son muy duros los días sin pan! Ya no hay padres para hijos, ni hijos para padres. El hombre es un náufrago en la tierra, y debe asirse a lo primero que encuentre, para no perecer. ¡No me iré!».

Y nuevamente me he colocado en el lugar de ventas...

II

Ayer se ahorcó un bodeguero. Era un hombrecito flaco, blanco en canas sin ser completamente viejo. En el rostro se le retrataba el alma, fácil a naufragar en todas las tormentas. Lo conocí una tarde, en su bodega. Me lo presentó Valerio.

Aquel hombre tenía esposa y varios hijos a quienes amaba quizás excesivamente. Vivía solo en la finca, porque según me

dijo, no quería traer los suyos a estos bateyes «a que se le volvieran arados».

Ganaba ocho pesos semanales. Era detestado del *manager* porque después de este haberle negado trabajo, el hombre fue a la oficina del administrador de la compañía y allí obtuvo una tarjeta que puso a nuestro jefe en la obligación de emplearlo.

Como en la oficina del *manager* se sabía que pagaba alquileres de casa en el pueblo, que sostenía a su familia, y que, además, hacía sus gastos aquí, vivían sobre él, sin darle tregua un momento.

El alemán se convirtió en su verdugo más implacable. Cuando llegaba a su tienda, como una red le tendía mil preguntas, buscando la forma de atraparlo en alguna frase comprometedora. Los inventarios se le sucedían con inusitada frecuencia, sin dar tiempo a que se cumpliera un mes. Tanto lo asediaron y tanto tomó a préstamo para cubrir las sumas que retiraba de la tienda –porque no hay que decir que con el sueldo no podía vivir–, que al fin no halló con qué cubrir el último déficit, y mientras le tomaban el inventario, se ahorcó en el cuarto-depósito de la bodega.

El *manager* ha impartido órdenes estrictas prohibiendo que se comente el caso. El empleado a quien se sorprenda refiriendo el asunto será despedido. Los bodegueros se hallan profundamente conmovidos. Todos dicen que el alemán lo mató.

Hubo uno, que tan pronto como supo la noticia, se dio a beber desesperadamente. Pasó la noche cantando, como loco, rasgueando una guitarra cuyas cuerdas se rompían unas tras otra, sin que el músico pusiera reparo en ello. Durante ese tiempo, su querida –una de esas mujeres del arroyo que había llevado a vivir con él–, le rogó varias veces que dejara aquello y durmiera un poco. El hombre, que no le contestaba, en una de esas ocasiones saltó sobre ella gritando: «¡Maldita! ¡Maldita!», y le desgarró las escasas ropas que tenía puestas, borracho de ron y de ira, y le dio puntapiés, mojicones y rebencazos, con una cuerda de pita doblada en varios cantos. La hembra, magullada y ronca, en vano imploraba, gritando. Él seguía, y quién sabe si le hubiera dado muerte, de no haber llegado varias personas al amanecer.

A las ocho de esta mañana, ante el asombro de todo el batey, el bodeguero dejó la tienda abierta, fue al teléfono y llamó a la oficina del *manager*.

–¡Vengan a coger su maldita bodega! –gritó.

De allá le preguntaron, asombrados:

–¿Qué le ocurre? ¿No puede esperar durante el día de hoy?

–¡Vengan! ¡Vengan! –rugió el hombre–. ¡Si no llegan pronto, la dejo abierta y la robarán los peones!

Y como por el tono de su voz se adivinaba su estado, salieron a toda velocidad hacia el lugar de la llamada. Desde que llegaron, el bodeguero comenzó a sacar sus bártulos, y no bien hubieron terminado el inventario, ya él estaba listo para marcharse. Tenía un déficit de unos cuarenta dólares y centavos. Firmó los papeles, dejó a la mujer –quizás para no ocuparse más de ella– en casa de unos vecinos, y se fue carretera arriba, con su maleta al hombro.

En alguna parte consiguió un caballo. Poco después, no sé por qué capricho, pasaba por mi bodega. Compró media botella de ron, y mientras se echaba un trago, con los ojos hundidos por la falta de sueño, limpiándose la boca con la manga de la americana, me decía:

–Le tengo pena a todos los que se quedan aquí. ¡No saldrá uno entero! ¡El que no se ahorque, no será más hombre!

Dicho esto, guardó la botella, tomó su maleta y montó en el caballo que lo trajo hasta aquí.

No sé adónde irá. Probablemente tampoco él lo sabe...

Una pregunta se me cuaja en el alma: ¿podrá una mujer atenuar todo esto...?

Y a pesar del amor, se me enfría la esperanza...

La zafra va caminando. Cuando no trabajo, deshilo mis ratos mirando las múltiples escenas de la vida diaria, por el lente de una ventana. Un día de estos hubo fuego. Cuando comenzaron a levantarse las montañas de humo en medio de los cañaverales, los hombres que reposaban un momento en el batey –era mediodía–, intentaron esconderse, llenos de pánico. Vi al haitiano Jean Botis

correr hacia la pieza de caña con un plato de comida en las manos, tragando mientras corría. Otros que estaban cocinando, cogieron sus calderos y huyeron con ellos. Algunos que hacían compras en la bodega, se lanzaron del balcón y se escondieron debajo del piso. Otros corrían sin dirección. En eso aparecieron Cleto y otro policía del central, galopando como centauros, machete en mano, vociferando amenazantes:

–¡Pa la candela, bando j’e degradingiao! ¡Pa la candela!

Y como algunos pretendieran seguir huyendo, el cibaño, revólver en mano, les amenazaba:

–¡Párense, jijo j’e puta! ¡Párense ante que le rompa ei pecuezo!

Algunos de los que estaban de compras, no tuvieron tiempo de guardar sus provisiones, y un viejo que salía en esos momentos del patio fue atropellado por el otro policía, y sus paquetes rodaron por tierra, deshechos. Otros que se hallaban en sus viviendas, dejaron el plato de comida por mitad, escarmentados, sin tratar de huir; y todos, formando una manada, fueron echados por delante de los caballos, a trote de bestias.

Los mayordomos de otros departamentos pasaban a galope, con las camisas hinchadas de viento y las alas de los sombreros plegadas sobre sus copas, gritando:

–¡Al fuego! ¡Al fuego!

Los blancos llegaban unos tras otros en veloces y cómodos automóviles. Iban como generales a dirigir sus ejércitos.

Yo he visto un fuego. La caña arde como paja, despidiendo un humo negro, asfixiante. El viento empuja la candela, fustigándola. Los escuadrones de peones son lanzados sobre las llamas, armados de sus mochas de trabajo, para que las detengan trozando la caña. El calor es terrible, ¡mucho más terrible de lo que se pueda imaginar!, y las llamas tienden sus lenguas hasta los hombres, quemándoles los vellos y el pellejo. Los peones retroceden cuando una ráfaga de viento les arroja el furioso elemento encima. Aterrorizados, ardidados, locos, algunos huyen. Mayordomos, capataces, contratistas y policías, van sobre ellos rugiendo: «¡Pa la candela, pendejos! ¡Pa la candela!». Y sus recios machetes caen de plano o de lomo sobre las espaldas de los fugitivos o de los simplemente acobardados. Entonces, todos se

lanzan nuevamente, desesperados, sobre el fuego, por miedo a simples hombres armados.

Cae uno, cae otro. Son los asfixiados. Se les arrastra un poco y allí se les deja. Quizás haya un practicante, –¡quizás!– que haga algo por ellos. La lucha sigue. Aquel mayordomo lleva su cuadrilla abriendo una trocha. Ya casi la termina al fin de una o más horas de batallar sin tregua, pero salta una chispa al otro lado y prosigue el fuego con nuevos ímpetus. Gritos. Los hombres están bañados en sudor, extenuados, sobregirados a tal extremo sus energías, que ya no se explica cómo lanzan nuevos golpes. El que detenga el brazo un momento no podrá levantarlo más. Sigue el fuego, sigue el humo. ¡El fuego! ¡El humo! ¡Golpes! Los blancos dan órdenes y los hombres combaten contra las llamas hasta que logran vencerlas.

Por más de una hora me ensordeció el tiroteo de la caña que ardía. Las mujeres y los chiquillos del batey, bajo la fragua del sol, comentaban el hecho, haciendo pantallas con las manos para poder mirar hacia el lugar del siniestro. Mi vista no se apartó de las montañas de humo que se elevaban al cielo.

Cuando todo terminó, los automóviles de los blancos volvieron por el mismo camino. Los mayordomos, los capataces y los contratistas, vinieron a la bodega a tomarse algunas botellas, «para no coger pasmo», y los peones, tiznados, chamuscados, sin aliento, volvieron al corte a levantar sus carretadas de caña o a cortar otras nuevas.

Más tarde, haciendo sus compras, comentaban los sucesos. Decía un criollo llamado Montero, en tono de lamentación:

–Yo soy e l'ombre de má mala suerte. Acababa de comerme mi trozo, y dende que largué unoj mochazo en el maldito fuego, me dentro vómito y tuve que arrojarlo to...

–¡A mí me sacán casi ajogao, compai!

Dijo alguien:

–¡Ojalá y te hubiá muerto!

Y como se oyera entre el grupo una risotada, hubo quien gruñera inconforme:

–¡Carajo, no se rían! Que cada ve que veo agolpiando a lo s'ombre y pienso que uno tiene que apagar eta maldita caña de balde, ¡me jierve la sangre!

En ese momento pasaban Cleto y su compañero con dos hombres atados por los brazos. Eran presuntos autores del fuego. Engendraba esa sospecha el hecho de haberles encontrado cachimbos y fósforos en los bolsillos, cuando ellos mismos luchaban contra las llamas.

Alguien murmuró con ira, entre dientes:

–¡Abusadore!

Pero los del cortejo, que no oyeron, siguieron –a caballo los policías; a pie los otros, sujetos a las sillas de las monturas por cuerdas nuevas de pita.

Algunas veces llueve a torrentes. Los carriles se hacen intran-sitables. Los hombres entran y salen del corte, mojados como guabinas, encogidos, con la mocha debajo del brazo, tiritando de frío, semidesnudos. El capataz y el viejo Dionisio, se ven desde aquí con los sombreros calados, alicaídos, como muñecos de azúcar que se derriten sobre sus monturas.

En esos días más que nunca el trabajo es penoso. Los bueyes se estiran empleando todas sus fuerzas. Los del tronco tiran inclinados de frente, embarbados, sujetos al yugo que se agarra al pértigo por medio del blasón. Los tercios y guías van delante, con el hocico hacia el cielo y los cuernos hacia atrás. Las cadenas parecen estar próximas a estallar. El carretero, como una furia, poseído del vértigo del trabajo, vocea, grita, insulta, clava, hiere, golpea, hecho un demonio. El eje de la carreta se queja como un enfermo. Los bueyes tiran más y más, y todos juntos –animales, carreta y hombre– forman un grupo simbólico que no se olvida nunca...

A veces el pértigo se rompe, se desgrana una rueda, o se vuelca la carreta. Entonces se agudiza la desdicha de todos. El picador ha de volver a levantar, caña por caña, la carretada que ya creía en el vagón. El carretero es insultado, amenazado y a veces despedido. Como quiera, ese día es perdido para él y el picador.

Caen los torrentes de lluvia sobre los hombres que se deshacen en los campos de caña. Aumentan las fiebres palúdicas en toda la

finca. ¡Los mosquitos no dejan vivir! Las ranas croan hasta querer reventar! Los días son grises como la vida. Se pierde el sol...

III

Desde que tuve novia, las tertulias escasearon en mi bodega, porque los domingos eran para ella. Cerraba la tienda, montaba en el caballo que desde las once esperaba ensillado a la puerta, y volaba por los carriles hacia el campito donde vivía mi amor. Cuando me acercaba al caserío, lo primero que veía era su figurita graciosa que corría a alcanzarme. Detrás de ella saltaban los chiquillos. Yo echaba el pie a tierra y le abandonaba el caballo a los niños. Entonces ella y yo nos íbamos del brazo, alborozados, mirándonos a los ojos, riendo como tontos.

Comíamos juntos. Ella revoloteaba a mi lado como un pajarillo.

–¡Fui a buscar este tomate hasta el bohío del viejo Cirilo! –me explicaba en tono triunfal–. ¿Ves las lechugas? ¡Las sembré yo! Papá fue al pueblo hará unos dos meses y le dije: «Papito lindo: me traes semillas de lechuga que te voy a dar una sorpresa, ¡las voy a sembrar! Te las pondré en la mesa», le dije. Y él orondo, lo creyó. Ahora, en secreto: eran para ti.

Yo estaba algo idiota de satisfacción. Mi ancho cuerpo cubría la cabecera de la pequeña mesa. Otra vez su voz sonaba:

–Papá, deja esa bodega. Ven a comer. Mamá, deja la cocina. Ven. Respondía el padre:

–Pero hijita, ahora es la mejor venta. Coman ustedes. Cuando terminen, vengan a reemplazarme.

Decía la madre:

–Hija, tengo que atender a los niños. ¡Ya sabes que a la hora de comida todo es batallar!

Se olvidaba de ellos. Me seguía diciendo:

–¿Qué comes allá? ¡Te voy a hacer un puré! Mira; aprendí ya a hacer los suspiros sin que la clara se vuelva un chorro. ¡Y el pollo te gusta! Comeremos pollo todos los días. ¿Te pone pollo la vieja? ¡No creo que comas esa carne de buey! Mira, llevaban ayer un pobre buey, ¡qué pena! Estaba lleno de cicatrices el pobre animal. ¡Lo maltrataban tanto! ¡Y tanto como trabajó en todos sus años!

Pues... llevaban a aquel infeliz al matadero, y esta mañana, –¡Dios, parece increíble!– lo trajo el carnicero, en sus cajones, hecho pedazos a cinco centavos la libra.

Yo la oía, reía a veces. Ella seguía hablando:

–¿Sabes lo que hice el otro domingo después que te fuiste? Pues, bueno, comenzó a llover. ¡Cuánto llovió! ¡Cómo te mojaste! Yo veía el carril y los cañaverales arropados por la lluvia. Veía el camino y pensaba: «¡Cómo se va mojando el pobrecito!». ¡Me daba tanta pena!... ¡Ah! ¿Me dejas el tomate? ¡Vamos! ¡Vamos!

Las horas corrían. Salíamos al campo. En un árbol caído a pocos metros de la casa, en un potrero que le servía de patio, nos sentábamos. Mirábamos los inmensos cañaverales. A nuestras espaldas estaba un empobrecido monte, donde se encontraban, salteados, pequeños conucos. Hablábamos:

–Cuando nos casemos...

Era mi voz. Yo pensaba: «Allá en la bodega no hay tantos mosquitos. Yo tengo mosquitero, y también uso Flit. Estoy diciéndole al peón que me ayude a descargar los pedidos del tren, que me haga una cocinita cobijada de cogollos. Cuando llueva se cocinará en la casa. La casita es como todas: el cuartito de dormir y el otro cuartito que hace de sala y comedor. ¡Ah! Voy a pagarle a uno para que me haga dos escalerillas. El piso es alto y hay que tirarse desde arriba. Es difícil subir, y ella... Bueno. Hay que poner escaleras. Cuando no haya leña, Baldurí me dará astillas para la vieja Mercé. Baldurí es muy bueno. Tiene una mujer panzuda que se da una vida regalona mientras el buen negro suda. Causa risa. Baldurí es flaco. Todo el día raja leña y canta himnos protestantes. La mujer lee la Biblia. Son muy aseados. Baldurí es muy bueno...».

Recuerdo. Ahora nuevamente el cuadro está ahí. ¿Quién habla? Ciertamente, no sé. Puede ser divagación en silencio. Pueden ser palabras dichas sin coherencia. Ella, con la cabeza reclinada en mi hombro, sueña. –Yo, muy torpe, digo:

–Una vez me dijiste que no querías estar en el campo, y ahora... ¡vas a estar allá! ¿Has pensado? Una bodega no huele muy bien. Me lo dijiste una vez. Yo pienso que...

Me interrumpe:

–Contigo todo estará lindo. La bodega es linda.

Está soñando.

–Pero... (mi voz sale gruesa, como un murmullo de bajo). Si ahora estás conforme, después...

–No. ¡Siempre será igual!

Sigue soñando en mi hombro. En mi cara juegan sus cabellos. Se van las horas. Recuerdo. Por allá el sol hace de las suyas y las nubes, caprichosamente, se tiñen como un cromo de colores muy vivos, como uno de esos cromos litografiados, baratos.

Llega la noche. Estamos en la casa. La cena. Otra vez aquellas palabras. Otra vez las mismas palabras. Pero no son las mismas palabras.

Después, nos han dejado solos en un rincón. Nos pegamos. La estoy besando y ella entrega su boca sin rebuscamientos, palpitante. Se oyen los demás en la bodeguita. Un campesino cuenta una historia: «Ladrón como ese...». Ella toda está abandonada, ¡y tan triste esa lamparita!

Se deslizan las horas. Las ocho, las nueve, las diez. Ya está cerrada la bodeguita. Ahora todos estamos juntos y vuela el silencio.

Habla el padre, habla la madre, los chiquillos están soñolientos. Las once. Es hora de partir.

Recuerdo. Me acompañan al patio, hasta el caballo. La madre lleva una jumiadora en la diestra y la pone en alto, para mirar por debajo.

–Coja el carril de en frente –dice el viejo–. Por ahí sale a la vía general. Después tuerce. Es el camino mejor y más corto. Yo lo conozco como a mis manos.

Me agarra el estribo.

–Una vez seguí yo por el otro carril...

–Bueno, adiós. Buen viaje.

–Hasta el domingo.

–Hasta luego.

Ella murmura:

–No te enfermes, ven...

La noche está en frente: prieta a veces, otras con Luna, otras lluviosa. Mi caballo echa a andar.

Ahora voy por los carriles y dejo al animal que coja cualquiera, que marche a su gusto. Los tragos de una botella que llevo para

acortar la jornada, y el recuerdo de aquellos momentos después de la cena, me incendian la sangre. Allá adentro me grita el corazón: «¿Por qué no la traes esta noche?».

Y todavía a los muchos ratos, un eco que se me ha ido cuerpo adentro, dice: «¿Por qué no la traes?».

Así sucedía. Lo recuerdo.

Vi pasar las semanas, hasta que llegó el día anterior al de mi boda. En el pecho se me crecía la esperanza. La casita de la bodega presentaba un aspecto tan diferente, como si la dicha se hubiera mudado a mi lado.

Es pequeña la vivienda; de techo tan bajo, que en los aleros, sin alargar mucho el brazo, puedo tocarlo; pero las paredes blanqueadas de cal, la fingían alta. El piso lucía blanco, limpio, lavado por la vieja Mercé. Brillaba en el aposento una cama de caoba lustrada. En la salita-comedor había sillas y mecedoras de guano, nuevas y sin pintar. En un rincón se veían anafes, calderos. Sobre una tablita estaban unos platos, vasos y jarros. Una tinaja, en otra parte, sudaba.

Los rayos del sol entraban danzando por una ventana. La mesa donde comeríamos lucía unas flores que se refrescaban en el agua de un frasco que fue de aceitunas y que ahora hacía de florero. En el aposento, un espejo reía, porque al día siguiente la reflejaría a ella.

No se hablaba de otra cosa en el batey. Los peones, con sus órdenes, se gastaban conmigo sus guasas.

–Mañana etrena...

–¡Con que uté se guinda, bodeguero!

Y no faltaba un buen viejo que dijera:

–La virren lo jaga bien empliao.

También los amigos, con el humilde regalo, trajeron sus frases:

–Pa reposar, el hombre necesita mujer –dijo viejo Dionisio.

–Dichoso ei que jalle mujei pa amarraise. A mí ninguna me guta do día –comentó Cleto, escupiendo.

–Ya no podrás decir: «si aquí me come, aquí me rasco»...
–rezongó Valerio, medio borracho.

–Vas a echar raíces –sentenció el inglesito.

Eduardo fue el único que no omitió opinión. Me hizo esta pregunta:

–¿Sabes lo que haces?

Y creo que al oírlo, el corazón me dio un vuelco...

Ahora, después de una semana, casi no recuerdo cómo fue ese sábado de mi matrimonio. Me concedieron permiso para que cerrase la tienda a las cinco de la tarde, ya que se trataba de que me iba a casar, y me fui al pueblo en un automóvil negro que devoró los carriles y su postre de carretera polvorienta.

Llegué al fin a la casa de una tía de mi novia, donde me esperaban. Mi amor vestía de un color que según las mujeres simboliza esperanza. El padre era un estertor de alegría. La madre, con el ceño adusto, los ojos ligeramente velados, brindaba sonrisas fabricadas en las comisuras de sus labios con bastante perfección. Se aglomeraba un gentío compuesto por vecinos que comían dulces y bebían cerveza. Las muchachas casaderas del barrio me miraban con ternura. Llegó un señor, todo vestido de negro, con un gran libro debajo del brazo y unos espejuelos cabalgando en el lomo de su nariz ganchuda. Se comenzó el acto...

De lo que dijo el hombre no recuerdo nada. Solo tengo en memoria que nos hizo la misma pregunta a los dos, y que respondimos «sí». Tan pronto como sucedió eso, una muchacha del grupo, saltó sobre mí, me besó en una mejilla y escapó entre el gentío. Después supe que se quería casar.

Comenzaron a arrancarle azahares a la novia; se armó una algazara de felicitaciones y de aparente alegría. Poco después, el mismo automóvil negro que me llevó, nos traía a la bodega, hurgando en la noche con sus ojos de luz.

Llegamos. Mi mujer pareció perder la última esperanza cuando el vehículo se alejó. En la casita blanca, alumbrada por una melancólica lámpara de petróleo, se me volvió un temblor de tórtola asustada...

Después de unos días, me dijo sonriendo: «Tuve miedo de quedarme con un hombre».

Y yo, que nunca he temido quedarme con mujeres pensaba: «¿Por qué aquella noche estaba encogido?».

IV

No me explico qué luz emana de sí la mujer en la casa. Varias veces he tratado de saber por qué los dos cuartitos que forman nuestro hogar, ahora se ven tan amplios. Y por qué, objetos que antes escapaban a mi vista, ahora parecen animados. Ya no siento ese silencio oscuro que salía de la casita como de una cueva. Es raro que deje de oírse la charla entre mi mujer y la vieja Mercé. ¡A veces oigo hasta un canto! Siento olor de guisos, venido de ahí mismo; rascar de escobas que buscan telarañas; mi nombre, que no parece mío al salir de su boca, ¡mil detalles ínfimos que le han inyectado vida al ambiente!

Y sin embargo, en mis ratos de conversación interior, siento temor de confesarme que no estoy alegre. Hasta ahora todo marcha bien, porque con lo que gano podemos vivir mientras las cosas sigan así, pero si algo altera el curso de nuestra vida, ¿qué sucederá?...

Sí, ¿qué sucederá? Esta pregunta me persigue, me asedia. Y es que, una vez dueño de la mujer, rota la soledad, ido el acicate de las noches de ron; en fin, una vez hombre satisfecho, fácil a la doblez, frente a la verdad que está al alcance de la mano, me he confesado mientras ella duerme reposadamente a mi lado: «Esto no es la vida». ¡No es la vida! Porque está bien que el hombre se conforme con tener casa, comida y mujer, para llenar su existencia; pero mujer, comida y casa propias, sujetas a su voluntad. Y yo ¿qué tengo? ¿Mujer?... Ella duerme a mi lado y yo pienso que esta criaturilla es como un niño que no piensa en la vida, porque nunca ha tenido necesidad de darle rumbo a su nave. Sus años apenas llegan a veinte. Ayer vivió de los padres, que la cuidaban como se cuida a un pajarillo que no sabe trabajar. Hoy navega en mi barca... ¡en mi barca que se acoge a puerto prestado, sin saber qué noche de tempestad le cortarán las amarras!

¿Casa? ¿La tiene acaso el mercenario, el paria?

Y comida, ¿es mía la que arranco a zarpazos de esas manos sucias que ya casi son tierra?

¡Esto no es la vida! Como decía el rey del cuento armenio, esto es transitorio. Los días negros vendrán, porque el futuro no está escrito en el destino, sino que es el producto de las operaciones realizadas hoy, porque la vida es aritmética. Dos por dos, hacen cuatro, y el presente, sin medios propios de vida, sin horizontes de progreso, es igual a un mañana compuesto por miseria y hambre. ¡La aritmética no falla!

La soledad me engañó y se fue... Antes, si algún pensamiento hosco me atormentaba, dejaba que mi rostro tomase la expresión que quisiera, porque nadie me veía. Ahora soy una especie de actor, porque comprendo que no debo mostrar desaliento delante de mi mujer.

A veces ella dice: «Cuando salgamos de aquí... cuando tengamos un hijo...».

Y yo me pregunto: «Y entonces, ¿qué pasará?».

Luego comienzan los cargos de ese otro hombre que cada uno lleva en su interior: «¿Olvidaste la verdad de la vida? ¿Creíste en la ilusión? ¡Lo pagarás! Eres un abandonado a tu suerte sin rieles».

En esos momentos mi mujer me dirige reproches:

–No me hablas. No recuerdas que estoy aquí. De día para ti solo hay bodega; de noche, suma de vales, reportes. Y cuando terminas: libros, revistas; o si no, te quedas ahí, ¡embelesado!...

Y yo me excuso. Pero vuelve la pregunta: «¿Qué pasará?».

A veces, en noches de luna, saltando como una rolita, me dice mimosa:

–Vamos a pasear. Me cansa estar encerrada. No ponemos un pie afuera.

Yo estoy molido, pero salimos. Se oye el golpe de las mochas de los peones, que en su afán de rendir el mísero salario, trabajan de noche, rehusando dormir. Veo sus siluetas, y los golpes de sus mochas me encienden la angustia. Comienzo a hablar... «¿Hasta cuándo los hombres vivirán como bestias?! ¿Hasta cuándo?...».

Olvido que ella no conoce la vida, acalorado en mi discurso sobre los que están abandonados en la tierra, y al fin observo que bosteza aburrida, disgustada...

En ciertas ocasiones soy cruel y le digo:

–¡No entiendes! ¡No ves! ¡No sabes! ¡No deseas aprender!

Sus ojitos de animalillo asustado, me miran como si quisieran explicarme algo. Parece que va a llorar. No cedo, aun sintiendo mi injusticia, y luego, aguijoneado por el remordimiento, vuelvo al ron como en mis noches de soledad, cuando era soltero.

Ella sufre en la cama. Yo bebo. En mi adentro dice el hombre acusador: «¡Ya verás!...».



Los amigos, que al casarme se habían alejado por completo, nuevamente fueron apareciendo. El primero en llegar un domingo fue Valerio; luego vino Eduardo; más tarde, el inglesito.

Simulaban que iban de largo, que habían llegado nada más que a saludarme... Pero yo sabía que no era a eso, sino que el vacío que se hizo en todos al desaparecer aquellas tertulias de mis días de soltero, les hacía vagar sin rumbo.

Las primeras visitas fueron cortas, formales. Nos limitábamos a tomar algunos tragos y a hablar cosas superficiales, delante de mi mujer. Luego se han prolongado. Los recibo en la casa, pero generalmente pasamos a la bodega en busca de una botella, y como allí se sienten cómodos, porque no necesitan guardar compostura, nos quedamos como antes, sentados en el mostrador, en cajas y en sacos.

Una tarde se quedaron a cenar. Hubo un momento en que se necesitó un vaso porque se había roto el de Valerio, y fui por él. Mi mujer se hallaba en la cocina con la vieja Mercé. Oí la voz de la cocinera que decía:

–Hay que tener paciencia, hija. Así son lo s'ombre. Él e muy bueno, pero tú tiene que acotumbrarte, hija.

Yo entré. Hice como quien no ha oído; pero al ver a mi mujer con los ojos amoratados, triste, le pregunté:

–¿Qué te pasa? ¿Acaso enferma...? ¿Atormentada?

Me dijo que no, pero estaba disgustada.

Después de la cena seguimos bebiendo. Estábamos borrachos, pero ordenados. Comentábamos los últimos sucesos de la finca.

Decía Valerio:

–En mi batey ayer hubo la debacle. Los picadores no querían cortar una pieza de caña arruinada que además tiene muchas piedras. Se reunieron alrededor de la bodega con las mochas debajo del brazo y decían una y otra vez que no trabajarían si no se les aumentaba el precio, porque de esa caña en dos días cada hombre no podía cortar más de una tonelada. Pero en eso llegaron el policía y el mayordomo esgrimiendo sus colines⁶, cuando los peones estaban entre resolverse por ir al trabajo o resistir, el policía dio el primer golpe en la cabeza de uno y el mayordomo le echó el caballo encima a otro, atropellándole. No hubo más palabras y todos fueron al trabajo.

Comentó Eduardo:

–¡Ellos saben lo que les pasa cuando protestan!

–¡Ellos saben! –dije yo.

Preguntó el inglesito:

–¿No han contado por aquí lo del sereno que mató la máquina en el puente?

–No, no –dijo Eduardo–. ¿Cómo fue eso?

–Bueno. El hombre estaba un poco dormido. La máquina iba a una velocidad tremenda. Tronó casi sobre la puerta del puente. Entonces el sereno, sin despertar, salió corriendo y fue a abrir... La máquina lo reventó, derribando la puerta. Cuando paró al otro extremo del puente, el hombre ya no aparecía. Después, a la locomotora le sacaron de entre las ruedas varios pedazos de carne deshecha, y más allá apareció un trozo del intestino delgado del hombre extendido a lo largo de la vía, como una cinta.

–¡Concho!

–¡Qué muerte! –dijo Eduardo.

–¿Y qué han hecho con los familiares? –pregunté yo.

–¡Hombre! ¿Qué van a hacer?... –dijo el inglesito–. Lo de siempre. Los dejan en la casa que ocupan durante un mes, y después, «con gran sentimiento», los echan...

–No hablemos más de eso –propuso Eduardo–. ¿Tú recuerdas, Daniel, aquella noche cuando fuimos a la fiesta? Ya no vamos a

⁶ Machete americano marca Collins (N. A.)

fiestas. Bueno, tú estás resentido, pero... ¡bueno! Hay que hacer algo un día de estos.

–¡Inventen algo! –dije.

–Bueno, el domingo... –comenzó Valerio.

–El domingo. ¡Eso es! –dijo el inglesito.

–¡El domingo! ¡De primera!

Hablábamos en el mismo tono que empleábamos cuando estábamos solos en aquellos días en que mi bodega era una especie de club. Ya Valerio chillaba, Eduardo disertaba en voz alta, y hasta el inglesito soltaba sus exclamaciones de entusiasmo, con todo y ser el de más calma.

Yo había olvidado por completo a mi mujer. ¡Hacía tanto que no gozaba de un momento como ese! Ahora comprendía por qué mis compañeros –casados y hasta con hijos–, no podían permanecer los domingos en sus casas.

La tertulia terminó pasada la media noche. Bebidos hasta perder el equilibrio, mis compañeros salieron a desatar sus monturas para marcharse. Yo fui con ellos. Los despedí celebrando chistes, riendo con toda el alma. Y luego, perdidas sus figuras en la noche, apagado el tropel de sus caballos, cerré la puerta de la bodega y entré a la casa.

La vieja Mercé se había marchado desde temprano, y como supuse que mi mujer dormía, me fui de puntillas hasta la cama. Allí la encontré sollozando, con la cabeza enterrada en una almohada. Le pregunté:

–¿Por qué lloras?

Sin cambiar de postura me dijo:

–Por nada.

Su respuesta me molestó, y moderando una brusquedad que me hervía adentro, le interpele:

–¿Por nada? ¿Por qué no eres franca? ¡Di claro que te molesta que yo tenga amigos! ¡Que beba un poco de ron!

Sollozaba más fuerte. Estaba al borde de un ataque de nervios. Yo sentía pena y también ira. Le dije brutalmente:

–¡No me fastidies! Si te instruyeras, si quisieras servirme de algo, no tendría necesidad de amigos para pasar un rato. ¡En lo sucesivo me iré a otra parte para evitar estos ridículos espectáculos!

Hablaba mientras me desnudaba, sin atender a los sollozos de la mujer, que cada vez eran más fuertes. Cuando hice silencio, me pareció que se ahogaba. Fui hacia ella, y al verla, noté que había perdido el conocimiento, o que estaba al borde de ello. Respiraba con suma dificultad. Su pecho se inflaba como si fuera a reventar, aspiraba el aire ruidosamente y sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Al verla así, me lloró el corazón.

–Calla, calla... –comencé a suplicarle como a una niñita–, ¡calla! Y no sabía decirle otra cosa.

–Yo voy a ser mejor, calla. Calla, calla... Yo seré mejor –le seguía diciéndolo.

Y peinaba su cabeza con mi mano, mientras la descansaba en mis piernas. Enterraba su rostro en mi vientre y lloraba.

–Calla, calla...

Se fue adormeciendo, como un niño. Ya respiraba con más facilidad. Por fin quedó quieta. Todavía mi voz decía:

–No voy a ser malo, calla.

Cuando intenté dormir eran las seis de la mañana. Afuera el peonaje gritaba:

–¡La bodega, concho! ¡Queremo comprá ante de dirno!

Y no faltó una voz insolente:

–Dende que el bodeguero se casó, noj tá llevando el diablo. Se alevanta a mediodía y roba má que un gato.

Abrí la ventana rectangular por donde se asoman los compradores, y comencé a despacharlos sin pronunciar palabra. Alguien dijo afuera, refiriéndose a mí:

–¡Jesú! ¡Qué sangrú se tá poniendo ese hombre!

La sangre hervía en mis venas. Aullaba el peonaje. El sol se rompía en los techos de zinc. Alguna carreta pasaba crujiendo. La bomba monótonamente decía:

¡Chif! ¡pof! ¡paf!

¡Chif! ¡pof! ¡paf!

Adentro, mi mujer dormía. La mañana trepaba...

V

Un día, vi una carreta que venía cargada de muebles. «¡Una mudanza!» –dije para mí, sin darle importancia.

La carreta siguió acercándose hasta detenerse frente a la bodega. Los bueyes, que aparentaban venir de lejos, destilaban baba. El carretero colocó el alcahuete debajo del pértigo, para darle descanso a sus animales, y apoyándose en la garrocha, me dijo:

–Eto mueble lo manda su cuñá.

¿Mi cuñada?... ¡La sorpresa me dejó mudo! Llamé a mi mujer, la enteré de la breve noticia. Su asombro no fue menor que el mío; pero al instante comenzamos a hacer sitio en la casa. El carretero y un peón que pasaba por allí comenzaron a bajar los muebles. Una hora después llegaron mi cuñada y su marido.

A ella la conocí en los días de mi matrimonio. Era la hermana mayor de mi mujer. Desde unos diez años atrás estaba casada con un hombre joven natural de un pueblo de mi provincia. Vivieron en ese pueblo, pero al registrarse un cambio de gobierno, el hombre perdió el empleo que tenía en el Ayuntamiento de la común. Entonces fue recomendado por un jefe militar al *manager* y consiguió empleo en una bodega. Trabajó seis años sin dar motivo para que se le llamara la atención, hasta que esta semana, en el último inventario, su tienda arrojó un déficit de ochenta dólares y centavos.

Él no se explicaba aquello, porque no había tocado aquel dinero, pero fue echado afuera al instante.

Marchó al pueblo y fue a la oficina del *manager*. Le dijo que él no había robado, que todo aquello debía ser causa de algún error cometido seguramente en el inventario anterior, tomado por oficinistas inexpertos al finalizar el año fiscal de la compañía. El gran rubio, sin levantar la vista, desde su amplio sillón le respondió:

–¡Mí no sabe!

–¿Que usted no sabe? –preguntó indignado el que había sido despedido–. Recuerde que le he dado a la compañía cerca de se-tecientos dólares de *over*, ¡óigalo bien!, de *over*. ¿No sabe usted de eso tampoco? Si hoy faltan ochenta pesos, siquiera deberían permitirme que los pagara de mi sueldo, en vez de dejarme sin trabajo.

–¡Ah! ¡Usted hablando mucho! ¡Mí diga que no sabe!

El blanco no había levantado la cabeza, pero al decir esto hizo girar su sillón y le dio la espalda al ex bodeguero.

El hombre se fue humillado, lleno de amargura. El mayordomo de su batey, cuando lo vio regresar del pueblo, le prestó una carreta para que sacara sus muebles de la bodega, y como no tenía adonde ir, de momento, ha venido a mi casa.

Nunca tuvimos estrecha amistad. Él era de los amigos del asistente y eso siempre me hizo tratarlo con reservas. Sin embargo, como me resisto a juzgarlo mal del todo, no me molesta que él y su mujer se hallen en mi casa, y más sabiendo que han salido de la bodega sin un centavo. ¡Eran tantas las visitas del asistente y sus secuaces!

Hablando de aquello me decía lleno de ira:

–¡Y yo que los creí mis amigos! ¡Y tantos cientos de pesos que me consumieron esos canallas!

Y sus ojos centelleaban. Su mujer permanecía muda.

Desde que llegó su hermana, mi mujer no había cesado de vomitar. No comía. Pasaba los días en cama, debilitándose hora tras hora, en un estado que inspiraba lástima. Tan mal se puso que una noche me decidí por llevarla al pueblo.

Fui a casa de un médico a quien conozco desde que yo era niño. Es un hombre de vida austera, muy respetable y muy querido en todo el pueblo. Aparenta la mitad más de la edad que tiene. La vida se le ha ido mirando con creciente disgusto la injusticia de los hombres. Su voz, a veces ha sido una admonición, ¡un destello!... Pero fuertes ráfagas la han apagado, y como todo lo que alumbra en estos medios, ha tenido que apagarse y dejar que se enseñoree la oscuridad...

Este hombre me tiene mucho afecto, y consideré que a ningún consultorio mejor que al suyo podría llevar a mi mujer.

Así lo hice. Cuando estuvimos allí, el médico la examinó, frunció el entrecejo y luego me dijo:

–Vómitos incoercibles. Déjala.

La dejé en casa de sus parientes y desde entonces voy todos los domingos a verla. Cuando llego, noto que le soy indiferente. ¡Vomita tanto que apenas puede estar unos minutos tranquila!

Esto va empeorando mi complicada situación hasta el extremo de hacerla desesperada, porque a pesar de que el doctor no me cobra sus servicios, y pone todo su empeño en que mi mujer se salve y me dé un hijo, los gastos de automóvil y otras cosas, exceden al monto de mi pequeño sueldo. Y lo que es del *over*, no sé qué decir. Cada día parece que los artículos rinden menos, porque fallan todos mis cálculos. A veces creo que estoy sacándoles a los compradores un diez o un doce por ciento, pero cuando tomo mis inventarios me encuentro con que el pequeño superávit solo alcanza para satisfacer a medias la voracidad del *manager*, ¡o de quien sea el autor de esta diabólica idea!

Las cosas para mí cada día se van complicando. Desde que me casé, el alemán parece acecharme. No sé si se debe a que mi mujer es hija de un hombre a quien se considera enemigo de la compañía; pero me resisto a creerlo, porque no creo que en el fondo ellos le den importancia al bodeguín de mi suegro. Sin embargo, el hecho es que el hombre se ha tornado más cauteloso.

Uno de estos días estuvo aquí. Por buen espacio de tiempo miró cómo se apiñaban los muebles de mi cuñada con los de mi mujer, en los dos pequeños cuartitos de la casa, y haciéndose el desentendido, me preguntó:

–¿Ha comprado usted esos muebles?

Irritado por su intromisión en mis asuntos, le respondí:

–Son de mi cuñada.

–¡Ah! ¿La señora de...?

–Sí, señor. Están conmigo por unos días.

–¡Oh! Yo no pregunta eso. No me interesa nada. Lo dijo fingiendo una cordialidad que no le cuadraba, y parecía un gato jugando con un ratón. Desde ese momento sentí que algo me amenazaba...

Mis presentimientos se van cumpliendo. Ayer recibí un memorándum del *manager*, que dice:

Mr. Daniel Comprés,
Encargado de Tienda.

Muy señor nuestro:

Tengo a bien hacerle saber que la casa que el departamento le tiene asignada a usted en ese batey, por el hecho de estar anexada a la bodega, solo puede ser ocupada por usted y su familia más inmediata.

Atentamente,
A. M. Robinson,
General Manager.

Quedé como si un rayo hubiera caído a mis pies. Permanecí largo rato con el papel en la mano, sin verdadera noción de lo que ocurría. Mi lengua era un trozo de hielo. Mil veces me preguntaba: «¡Dios! ¿Cómo le diré esto al marido de mi cuñada?» Pero el caso era urgente.

La tarde pasó y entró la noche, y yo me cansaba de darle vueltas al asunto, sin querer abordarlo. Hasta que al fin, ante la disyuntiva de proceder o quedarme sin empleo, llamé al hombre y le enseñé el papel.

¡Qué vergüenza vi en su rostro! ¡Y qué mal me sentía yo! Torpemente traté de consolar al marido de mi cuñada. Le ofrecí mi ayuda y le aseguré mil veces que de no hallarme en aquellas circunstancias –que él conocía perfectamente–, hubiera abandonado el empleo ante aquel atropello. Él no hacía más que lamentarse:

–Te he perjudicado. ¿Por qué no pensé en esto? ¡Y todo por mi mujer! ¡Quiera Dios que no pierdas tu empleo!

Su mujer, delgadita, apagada como una estampa sugerente, borrosa, se acurrucaba en un rincón, apretando los dientes, casi sollozando.

Ya protestaba:

–No te preocupes. Todo se arreglará. No hay que precipitarse.

Al día siguiente él se fue. Yo le exigí:

–¡Deja aquí a tu mujer!

No quería, pero yo insistí:

–¡Déjala! Primero permitiré que me echen antes que negarle alojamiento.

Ella quedó, de acuerdo con mi deseo, acompañada de una hermanita a quien hicimos venir ese mismo día. Cuando volvió el alemán, haciéndose el inocente, se lo dije todo y aún más.

–No se le puede pedir a seres humanos, porque sean empleados de un central, que echen a sus hermanos de casa –le dije indignado.

El teutón, menos rojo que de costumbre, se excusó:

–Yo no sabe, Comprés. Esas son cosas del *manager*. Usted sabe que yo también soy un empleado. Si por mí fuera...

Se ve que este hombre es cobarde. Esa tarde abandonó sus modales bruscos, y no creo que fuera por dolor de conciencia, sino porque me vio transformado. Yo había olvidado mi situación ante la ignominia que se cometía conmigo, obligándome a despedir a aquellos parientes de mi mujer.

Mi cuñada permaneció aquí cuatro semanas más. Se fue cuando el marido halló algo que hacer en el pueblo y vino por ella. Ese día saltaban y bailaban de alegría.

–No sabes cuánto te agradezco –me decía él–, no sé cómo podré pagarte.

Yo estaba conmovido.

–¡Adiós, cuñadito, hermanito! –reía, ella, desde el camión que transportaba sus muebles.

Los vi partir sonriendo, pero sintiendo en el fondo gran tristeza por lo que había ocurrido, por no haberles servido mejor.

¡Pero yo no podía hacer más! En esos días contraje deudas para mí considerables, y a pesar de ello no pude evitar un hueco en mi balance.

Desde entonces, ¡cuántas zozobras cuando se aproximan los inventarios! Esos días, más que otros, son infernales.

Con frecuencia recurro a los amigos en busca de dinero prestado. Ellos me sirven gustosos, pero me avergüenza la idea de que

puedan pensar que yo aprovecho su amistad. Viejo Dionisio me ha prestado ya dos veces en días de inventarios, algunos vales. Así los oficinistas cuentan, recuentan, suman, y todo aparece correcto. Pero desde que marchan le devuelvo al viejo esos papeles que él anula en su talonario numerado, simulando que cometió un error, pues si estos vales llegan a la oficina de cultivo por vía de la bodega, el viejo perdería su empleo. Así desde que pongo en sus manos las órdenes, otra vez queda el hueco, y entonces ¡qué días!

Cada ruido de motor me hace temblar. Pierdo el dominio sobre mí cuando el alemán entra a la bodega. Me parece que en mi rostro se lee claramente la suma que falta, y que me echarán por ladrón.

¡Por ladrón! ¡Qué idea tan fea! Y cualquier día puede suceder...

¡Si estas gentes comprendieran!... Pero inútilmente trato de explicarme por qué a los empleados, en casos de desgracia, no se les hace siquiera un pequeño préstamo. ¡La desconfianza del *manager* es insultante y feroz! No hay más que recordar lo que le hizo a un empleado de su oficina que le solicitó tal favor. El hombre le mostró un telegrama que le llevaba la noticia de la muerte de su padre ocurrida ese día en un pueblo vecino, y formuló una solicitud de préstamo por cincuenta pesos. El rubio le respondió:

–«Mí no sabi de eso. Mí no matar a su padre de usted».

Y le volvió la espalda para significarle que aquello estaba concluido.

¡Qué más se puede pedir!

VI

Terminó la zafra. El batey ha quedado como un cementerio. Las últimas cañas las recogieron a principio de semana. Ese día las carretas, al hacer los últimos viajes, venían empenachadas de cogollos, adornadas como si se tratase de celebrar una fiesta; pero los hombres no demostraban alegría ni tristeza; en sus rostros se dibujaba la desesperanza, porque una vez más habían sido defraudados.

–Se acabó la zafra, vale.

–Compé, la saf tá finí.

–Mí going tu Tórtola.

Palabras como esas salían en toda la finca de millares de bocas. Los peones se transmitían una noticia que todos conocían desde hacía varios días, y lo hacían sin empeño, sin admiración, sin énfasis. Mejor dicho, no se transmitían una noticia, sino que hablaban para sí mismos, en voz alta.

–Se acabó la zafra, vale.

–Muemen alé pu' Haití.

–Mí se va pa Saint Kits. Mí no vuelva pa' la otra.

Desaliento en todo el batey, ¡desaliento! Deambulaban los hombres sin trabajo repitiendo lo mismo:

–Mí no vuelva.

–Uí, compai, uí.

–Asina mimo, ingli, tampoco yo vengo.

–¿Qué jace uno, vale?

–Naitico, na.

–¡Ja! Aquí yo pielda mi tiempo. Mijol que allá in Barbados no trabaja, pero no mi mata. Yo me vuelva pa no vuelva.

Y alguien repetía como un eco: «No vuelva»...

Se fueron los días y ayer hicieron el último pago. Casi todos los dominicanos marcharon hacia los campos. Cocolos y haitianos de la inmigración de zafra, desde esta madrugada se apiñaron en el chuchó, tomaron asiento en los rieles, en largas hileras, y esperaron la llegada de la locomotora. Llevaban cajones, maletas de madera forradas de hojalata –vacías o quizás con algún pantalón–, pequeños líos, gallos, gallinas, plátanos y algún trozo de carne de buey salada, para comer en el camino o para llevárselo a sus parientes.

Llegó la máquina con su larga cola de vagones. No hubo despedidas sentimentales. Alguien le dijo a otro:

–¿Tú vuelve, Malfiní?

Y este respondió:

–¡Ju! ¡A mí no me consiga má!

¡Como todos los años! ¡Siempre las mismas palabras dichas nada más que por hablar!

La locomotora se detuvo jadeante, resoplando, resoplando. Rugió con su voz ronca y ensordecedora. Los negros corrieron como náufragos hacia los vagones. En ellos treparon chillando, y su algarabía se ahogó en los sollozos de la máquina.

—¡Cuidao quien se queda, carajo! ¡No quiero depecuezai a un maldito negro!

Era Cleto tronando.

¡Chof! ¡Chof!

¡Chof! ¡Chof!

Y los negros, agarrados a los hierros de los vagones, ahora sin panes ni sardinas gratuitas, flotaron nuevamente como banderas multicolores.

Se fue la máquina con su melena de humo negro, y se los llevó a todos, gastados, sin dinero, decepcionados hasta el año que viene, o hasta más nunca tal vez.

Se acabó la zafra. Ahora me he quedado solo en esta bodega, mirando cómo los campos de caña recién abatidos, renacen de nuevo imperturbables, eternos. Ya en algunas partes la planta ha crecido y está «de un trozo», lozana. En cambio, los que la cortaron, esos, jamás reverdecerán.

Se acabó la zafra. Pienso en lo que será mi vida durante el tiempo muerto. Deudas. Terror de inventarios. Ya no habrá ventas que permitan sacar *over*. Los hombres a quienes les quitaba parte de su jornal se han marchado; ¡se han marchado y no los puedo detener! Me quedan algunos viejos sin fuerzas, abandonados por completo a la finca, sin pies para salir. Ya los veré desde aquí hoyando en los patios, buscando alguna batata que quizás haya quedado oculta entre las yerbas desde una vez que allí hubo unos bejucos que el policía hizo arrancar al descubrirlos. Les veré hoyar, hoyar, hasta encontrar alguna raicilla que le disputarán al piogán. Vendrán a la bodega a comprar un centavo de azúcar, un centavo de harina de maíz, un centavo de pan; y yo seguiré revolviéndome, encerrado en esta bodega, como en una prisión.

Se acabó la zafra, y no puedo creer que haya terminado simplemente porque la cosecha tocara a su fin. Me parece que todo ha sido calculado para hacerme una maldad. Los hombres se fueron y creo que lo han hecho porque saben que se vengan de mí al marcharse. Siento ira y quisiera correr por los campos de caña, hecho lengua de fuego, gritando con todas mis fuerzas: «¡Se acabó la zafra! ¡Se acabó la zafra!». Y si nadie entiende,

incendiarlo todo y seguir rugiendo: «¡Ya no hay zafra! ¡Se acabó la zafra!».

Los días del tiempo muerto caminan pesados y lentos como rodillos y cada vez me quedo más solo. A Valerio se lo llevaron muy lejos –¡tiene tantas bodegas el central!–, y al inglesito lo trasladaron a otra división. A quien veo con más frecuencia es a Eduardo, que siempre viene por aquí. Llega como el primer día a caballo, echa el pie a tierra y yo le recibo como siempre, con un abrazo; porque nuestra amistad es inconvencible y nos alegramos cuando estamos juntos, a pesar de que bien se nota que el hueco dejado por los dos amigos no se puede llenar, y que estos días no son los mismos de ayer.

Cuando viene no hacemos nada nuevo. Yo bebo ron cualquier día y él también. Así, cuando nos hallamos, generalmente ambos estamos bebidos, lo que es una razón para que bebamos más. La conversación en la finca cada día es menos ágil, porque nosotros somos cada vez más torpes. Hablamos de lo mismo, ya con poco interés. Que mi bodega está limpia; que el *manager* tomó vacaciones; que el alemán vio una bodega con poca existencia y consideró que el balance estaba muy alto en el libro y sin moverse de allí pidió oficinistas al pueblo, pasó inventario y descubrió un déficit; que el asistente andaba con los automóviles y los camiones del departamento llenos de muchachas de la sociedad del pueblo, en una gran gira; que hay ventas en tal parte porque allí están renovando varios tableros de caña –¡feliz bodeguero!–; que aquí no se vende porque no habrá cultivo; que allí tampoco; que botaron al bodeguero tal porque encontraron a su mujer en la tienda vendiendo mientras él estaba en la letrina; que le dieron una de las mejores bodegas a un fulano porque tiene dos hermanas bonitas o porque su mujer se va al pueblo con Mr. Lilo, sin otra compañía, «a pasar dos días donde una tía»; que un policía ayer le disparó «al aire» a un negro que robaba una caña tierna por hambre, «para asustarlo», y que le hizo blanco; que el negro murió «de paludismo».

De eso hablamos casi siempre, refiriendo cosas nuevas que parecen viejas por lo mucho que se repiten. Solo la última vez me dijo Eduardo que algo especial le traía a mi bodega.

–He venido –me explicó de golpe–, para ponerte en guardia contra el nuevo bodeguero que te han puesto de vecino.

Yo le pregunté:

–¿El que sustituyó a Valerio?

Y él me dijo:

–El mismo.

Luego:

–Es peligroso confiarse a él. Tú eres muy sencillo y dices las cosas fácilmente. Debes tener gran cuidado, porque se trata de un perro espía del asistente que también sirve al alemán.

Sentí la impresión que sacude al que repentinamente se entera de que si mueve un pie va a pisar una víbora, porque solo esto me faltaba: ¡que fuera espía mi vecino!

Eduardo amplió sus informes. El hombre es buen perro de presa y ya tiene su récord bien ganado haciendo perder sus empleos a varios bodegueros que se franquearon con él creyéndole su amigo, y le contaron que «andaban mal», que les faltaba «un piquito» o algo así. Al día siguiente les llegó el inventario. ¡Me lo advertía!

–¡Le rompo el alma! –dijo con ira.

–No es cuestión de romper nada –dijo serenamente mi compañero–. Es asunto de andar con prudencia.

Me contó entonces nuevas cosas de aquel individuo. Por sus hazañas ha sido muy bien recomendado a Mr. Robinson, y le han asignado un sueldo de primera categoría porque además de sus servicios, su mujer viaja con el asistente y en su casa se dan las mejores fiestas del departamento. Y no es un aumento de sueldo la única utilidad que devenga. Es también «la niña bonita» del alemán y disfruta de una verdadera canonjía. Les compra sus vales a los peones con descuentos de veinticinco y treinta por ciento porque ¡siempre están suspirando los trabajadores –sobre todo los haitianos– por ver dinero en sus manos ¡aunque sea a costa de un ojo!, y ha hecho economías que pasan quizás de dos mil dólares, y puede prestarles dinero a interés a superintendentes, mayordomos y ajusteros, cobrándoles el diez por ciento, y exigiéndoles que

expidan los vales para su bodega aunque los peones vivan en otros bateyes distantes y esto perjudique a aquellos bodegueros en cuyas tiendas tienen crédito esos individuos.

La compra de vales es un crimen perseguido por la compañía que ninguno de nosotros sería capaz de cometer, aunque no se nos persiguiera, porque siempre algo queda de conciencia; pero este y otros favoritos lo pueden hacer.

Y concluye:

–Nada de violencias. Solo debes ser cuerdo y no caer.

No respondo. Un disgusto como retama me llena el cuerpo.

Seguimos bebiendo. Hablamos de mi mujer que está en el pueblo; somos capaces aún de pronunciar algunas palabras sobre nuestra posible salida de este atolladero. Después... el alcohol nos va invadiendo, dominándonos, aplastándonos, llenándonos de esa inmensa tristeza que da el ron, hasta que al fin todo está en brumas y mi compañero sale tropezando, borracho.

Voy tras él, hasta su caballo. Pone el pie en el estribo, toma impulso y abre las piernas. Tiene un lado iluminado por la luz; el otro, con su pierna, se pierde en las tinieblas cuando monta. Tartamudeamos unas palabras de despedida; parte, y con su caballo se hunde en la noche...

Soledad.

Anoche estuvo en mi tienda el bodeguero Bolito, mi peligroso vecino. Es un individuo pequeño, blanco, de cejas copiosas, con ojillos de ardilla y boca de mujer. Cuando se está cerca de él, se experimenta la sensación de estar cerca de algo inmundo. ¡Hay gente así!

Habló mucho. Me dijo que «había sacado un rato para llegar de un salto a conocerme», a ponerse a mis órdenes, porque «todos somos compañeros» y debemos conocernos, «por si algo se ofrece».

Le di las gracias y traté de ser cordial, pero no pude dejar de pensar en sus hechos.

Me aturdió con su conversación. En todo metió al asistente y al alemán. «Mr. Lilo en mi casa entra y sale como en la suya». «Mr. Baumer me trata como a un hijo».

Y luego: «¿Le damos al ron un poquito?».

Respondí con mal velada brusquedad: «¡No!» Luego, para suavizar, expliqué: «Solo bebo en ocasiones especiales, y esto, fuera de la bodega».

Él siguió hablando. ¡Qué seguro se siente uno trabajando en este central! No es como estar con el Gobierno, que cae a cada rato y de donde despiden a uno tan fácilmente. Con esta gente el que cumple con su deber es premiado. Con ellos no hay más que trabajar de buena fe. Por ejemplo, Mr. Robinson es un hombre muy bueno, muy activo, muy competente, ¡un hombre! Lo dice hasta el periódico del pueblo, que es un gran defensor del trabajo y del central, a pesar de sus faltas de ortografía. A él, Bolito, que lo mataran con los americanos. ¡Esas sí son gentes!

Yo pensaba: «¡Cuándo acabará!» Entonces me dijo que tenía deseos de conocer mi bodega. Tuve que llevarlo. Preguntó que ¿cómo estaban mis ventas? ¿Qué tal era el personal del batey? ¿Había berrinchosos? Y el *over*, ¿qué tal...?

Gran trabajo me costó contenerme. Le respondí con evasivas, haciéndome el tonto. ¿El *over*? Yo nunca he sumado un balance. «¡Allá en la oficina sabrán!». Yo solo atiendo a los peones, como dice el reglamento, y recibo mi sueldo.

Pero tenía ganas de gritarle: «¡No te ensucies tanto! ¡A ti también te despedirán!».

Al día siguiente, más brusco que nunca, llegó el alemán. Me pidió los vales y –¡lo que jamás había hecho!– los sumó todos, y luego comparó el total con la cantidad que yo había anotado en el libro. Examinó la numeración de los formularios y se cercioró bien de que ninguna cifra había sido borrada. Miró la existencia, me preguntó cuál era el promedio de ventas, y tantas cosas más. Luego repitió las mismas operaciones y formuló las mismas preguntas...

Yo ardía por dentro, pero respondí con serenidad, evitando pensar en lo que ocurriría si ese hombre llamaba a los oficinistas y se sentaba allí a esperar.

Desde que vieron a mi vecino en casa, Cleto y el viejo Dionisio se habían alarmado.

–Tenga mucho cuidao, vale –me dijo el policía–. Ese hombrecito e ¡un jabladoi. Lo conoco dende chiquiningo, poique e de Tamborí.

Viejo Dionisio me advirtió:

–Cuidao con la boca, amigo. No se ajunte con to' lo bodeguero... Ese amiguito suyo que viene dende el principio e muy bueno, pero cuidao con el que uté no conoca. Ese blanquito que tuvo aquí... ¡tenga cuidao, por Dio!

Me pregunto: ¿Por qué esta guerra? Para permitirle a uno ganar un pan, ¿hay necesidad de amargárselo así? Y concluyo pensando en aquel bodeguero ahorcado, después de haber sido asediado, perseguido hasta enloquecer...

El tiempo muerto marcha. La compañía, siguiendo su vieja costumbre de hacer cambios cuando finaliza la zafra, trajo a un nuevo superintendente de distrito.

Es un hombre muy interesante, que le está proporcionando buenas economías al central. Dicen que fue administrador de un ingenio importante en Cuba, cargo que abandonó o perdió en circunstancias que aquí se ignoran, y que por no volver a casa de los suyos, se ha conformado con un puesto de tercera o cuarta categoría en esta compañía, donde a pesar de ello se le distingue como quizás a ningún jefe de departamento. A simple vista se ve que es persona que ha recibido buena educación y de cuna que está muy por encima de la que durmió a un Mr. Robinson, por ejemplo. Su nombre es Julius Elliot Norton, pero todos le llaman nada más que Mr. Norton, con gran familiaridad, porque es hombre muy simpático.

A diferencia de los otros blancos, que no miran a nadie cuando pasan por los carriles sin detenerse, este gusta de hablar con los empleados inferiores y hasta con los peones. Conoce el español de manera admirable y lo pronuncia muy bien. Lo que no habla es *patois*, a pesar de que lo entiende perfectamente. Con frecuencia se detiene en la bodega y charla durante horas muertas conmigo. Es raro el día que no me encarga naranjas, pollos y viandas.

–Usted compra esas cosas a buen precio –me dice sonriendo–. A mí me costarían muy caras, porque me las venderían como a un *míster*.

Mr. Norton solo gana ahora trescientos cincuenta dólares mensuales. Él mismo me lo ha dicho. Pero todos saben que este hombre tiene grandes posibilidades dentro de la compañía.

Casi todo el tiempo que Mr. Norton le dedica a esta colonia lo pasa en mi bodega. Entra a esta sección por los campos del Oeste, busca al mayordomo, echa un párrafo con él cordialmente, y hasta se olvida de preguntarle por los trabajos. Aunque sea temprano le dice: «Vamos a la bodega un ratito». El mayordomo, encogido, a veces se niega, para demostrarle al jefe que ni aun invitado por él es capaz de abandonar su trabajo en horas laborales; pero Mr. Norton, como si adivinara sus pensamientos, le dice: «Vamos, hombre. Yo no creo que sea necesario derretirse sobre un caballo, soportando estos solazos, para atender a una caña que después de todo crece sola».

Con frecuencia lo veo llegar acompañado por don Marcial y viejo Dionisio. El puertorriqueño en un viejo caballón lleno de sarna, que siempre va durmiendo. Viejo Dionisio en su paciente mula. Mr. Norton en un precioso caballo de raza, de gran alzada, de pelo reluciente, que a duras penas se acomoda al tardo paso de aquellos veteranos y desvencijados animales que ya pueden caminar a ciegas todos los carriles.

Llegan a la bodega. El americano pide cigarrillos y explica: «Déme usted «Cremas», que no puedo fumar esa porquería de tabaco americano ligado». Y siempre me ofrece un pitillo.

–No fumo, Mr. Norton –le digo siempre–, muchas gracias.

Pero ello no quita que él me ofrezca de fumar cada vez que llega a la bodega.

¡Hombre amable! No pierdo una palabra de sus diálogos con la gente. El otro día echó un largo párrafo con un colono de esta división. El hombre es dueño nominalmente de su colonia vecina. Se halla en las mismas condiciones de otros tantos llamados también colonos. Esto es: posee unas tierras sembradas de caña que la compañía valora en veinte mil dólares con todas sus mejoras. Él le debe al central veinticuatro mil, porque para sembrar esto de caña la compañía le hizo préstamos muy gruesos y luego año tras año, para el cultivo y mantenimiento general de la colonia le sigue prestando. O mejor dicho: porque para el

mantenimiento general de la colonia la compañía invierte todo el dinero necesario, sin tomar en cuenta al dueño, y lo carga a la cuenta de este. La propiedad responde de esa suma. El pobre hombre suspira porque el central reciba la propiedad en pago y le deje como contratista para amortizar los cuatro mil pesos restantes en dos o tres años. La compañía le responde que ella no tiene interés en que los colonos pierdan sus tierras –le da alguna lección de patriotismo si es posible– y no acepta el negocio. Cada año, mientras tanto, la deuda gana intereses al doce por ciento; intereses que son capitalizados mes por mes. El central tira la caña de la colonia sin omitir gastos, y al finalizar la cosecha, él mismo se paga los intereses y aplica lo que sobre –¡si sobra!– a amortización. El colono, que de día en día se pone unas polainas y va a «su propiedad», ve a los blancos hacer y a fines de cosecha recibe los papeles de liquidación, donde unas complicadas columnas de números le cuentan cómo va el asunto. Los diarios, mientras tanto, en sus secciones sociales le ofrecen un gran consuelo llamándole «acaudalado colono del central tal», y él, para comer, va a la oficina general de la compañía y miente pidiendo «un avance para hacer trabajos», porque como préstamo es difícil que lo pueda obtener.

Pues un día este colono hablaba con Mr. Norton y le exponía llanamente su caso.

–¡Ah! –dijo el americano–. El asunto es sencillo. A la compañía le conviene cobrar intereses antes que recibir la colonia, porque a pesar de que ahora no parece justo, si un día sube el azúcar usted sentiría haber entregado su propiedad que podría liberar en dos o tres zafras y luego enriquecer. Y ya usted sabe que el alza no es imposible, sobre todo estando Europa como está.

¡Si un día sube el azúcar! El colono sabe que quizás ese día el central «resuelva recibir» la colonia en pago de la deuda, porque los papeles están en condiciones tales que en cualquier fecha se puede llevar a cabo una acción judicial, muy legal y muy rápida, que le dejará a él allí como a cualquier peón; pero... ¡este Mr. Norton es tan franco!... No envuelve las cosas, y le ha dicho tan claramente que «a la compañía le conviene mejor cobrar intereses», y le ha pintado tan fácil la posibilidad de que

en Europa ocurra algo así como una matanza atroz, que todo aquello es casi consolador.

El colono, que está acostumbrado a no ser a veces ni siquiera saludado por el subadministrador, ni por el Superintendente General de Campos, al ver cómo este americano le habla con tanta sencillez, sin alardes de superioridad, sino más bien en tono amable, olvida su inconformidad y deja oír sus pensamientos, sus esperanzas.

–Si en la próxima zafra me pusieran siquiera dos vagones diariamente, Mr. Norton –le dijo–, y en vez de hacerme malpasar durante seis meses, haciendo largos gastos para tirar una caña que bien podría recogerse en dieciocho semanas, me dieran libertad...

–¡Hombre, se ayudaría usted en mucho! –dijo el blanco.

En el rostro del colono resplandeció algo. Habló con énfasis:

–¡Bueno, bueno! Si usted lo comprende, ¿no podría meter la mano por nosotros? En la próxima zafra podría irnos mejor. Este sistema de ahora nos acaba, Mr. Norton. El día que nos ponen dos vagones, porque gritamos demasiado, entonces paran el corte porque «en la factoría hay mucha caña», y de nada nos sirve el aumento. ¿No podría esto cambiar, Mr. Norton?

El blanco echó unas bocanadas de humo serenamente, y respondió:

–Yo no soy partidario de ese sistema. Si usted tiene caña para tres meses, debe tirarla en tres meses y no en seis. La compañía podría resolver eso, pero... a pesar de lo sencillo, el asunto no se arregla tan fácilmente. Nosotros estamos recibiendo órdenes de gentes que no conocen el central y de otros que lo conocen, pero que se pasan el día paseando la finca en *budhas* y en automóviles, mirando el paisaje de los campos, sin comprender las necesidades de ustedes.

Este Mr. Norton parece un camarada. El colono volvió a la carga:

–Pero este año con usted aquí, las cosas podrían cambiar. El superintendente del distrito es el que recomienda la distribución, y además entre usted y el subadministrador...

El blanco interrumpió amablemente:

–Yo no puedo hacer nada, hijo. Esas cuestiones vienen de allá... A veces el mismo consejo directivo de la compañía dispone esas

cosas, y yo te aseguro que solo las entiende el administrador. Sin embargo, no te desanimes: cuenta conmigo para lo que yo pueda, que ¡bien sé cómo viven ustedes!

Y bruscamente le dio un nuevo giro a la conversación. El colono, que estaba excitado, no se atrevió a proseguir, y Mr. Norton adquirió su afabilidad habitual. Charlaron de las cosas más distantes de la caña, hasta la hora de comida. Si mal no recuerdo, terminaron hablando de caballos, de política y hasta de mujeres.

Todos quieren mucho a Mr. Norton, desde los peones hasta los contratistas y los colonos. He oído a un mayordomo decir:

–*Míster Norton* es lo que se llama un hombre decente. ¡Si ese me bota me quedo conforme!

Y hace poco que he oído suspirar al contratista:

–¡Si Mr. Norton fuera el jefe de todo el central!...

Así opinan todos, menos el inglesito Brown, que hace pocos días, de paso por mi bodega, hablando de esto me dijo: «Ese es peor que los otros. Conozco esa clase de pájaros. Más que yanqui me parece inglés. A un hombre así nadie es capaz de protestarle. Prefiero a los déspotas, que mantienen encendido el deseo de ir a la rebelión».

Y parece cierto, porque nunca hubo tan poco trabajo en el distrito como en este tiempo muerto, ni jamás estuvieron los trabajadores más conformes que ahora. Cuando vine a esta bodega, fue en tiempo muerto, pero siempre se vendía algo. Este año no se ve un vale, porque Mr. Norton dice, con su sencillez proverbial, que la caña es yerba y no necesita tanto cultivo. «¿Arrancarle la yerba a la caña? –es su expresión– ¡Bah! Se necesita no conocer el asunto para cometer tontería igual. En veinte años de experiencia...» Y sigue hablando largamente sobre el asunto. Cuando se le habla de reseñar algunos campos, responde con despreocupación: «El año que viene haremos algo. Así las cosas serán en mayor escala y la gente ganará más. No me gusta el chiripeo».

Y todo queda igual, porque él dice las cosas amablemente y sus opiniones son muy respetadas.

Como los peones le han tomado confianza, cuando tropiezan con él por los carriles o en la bodega, le dicen:

–Mista Norton: la jambre ta dura, ¿cuándo tú va dando una trabajita?

El blanco les quita el sombrero para pasarles la mano por las sucias cabezas, o les pone familiarmente la diestra en un hombro para decirles:

–¡Caramba, hijos! Yo con el alma les daría mucho trabajo, pero la compañía este año parece que está apretada. Sin embargo, no se apuren mucho, que ella no se olvida de ustedes.

Y luego, en tono confidencial, les secretea al oído:

–Cuando yo esté en la colonia, métanse por ahí en una pieza y cómanse dos o tres cañitas, que si el policía los halla, yo arreglo la cosa. ¡Claro que no hay que nombrarme!

Los peones se alejan haciendo reverencias y alabando su buen corazón. Lo que dijo el inglesito se confirma cada día más. ¡Qué hondo está hiriendo esta bondad del superintendente!

Los días del batey son callados. Las noches iguales. Los hombres se calientan al sol, cubiertos de harapos, muertos de hambre. A veces, sobre todo en días de lluvia, les atormenta tanto la necesidad de comer, que los más osados, aun sabiendo que está prohibido fiar, vienen a la bodega y me dicen:

–Bodeguero, fíeme una librita e maí.

O si no:

–Deme un chinguito de azúcar pa endulzarme la boca.

Cuando no es un chiquillo enfermizo, sucio y mocososo, que murmura tímidamente:

–Dice mamá que por favor le fie una libra de arró.

Algunas veces los complazco por caridad, pero no lo hago siempre, porque cuando dispenso uno de esos favores las demandas aumentan en tal forma, que aun distribuyéndoles toda la tienda, no los dejaría satisfechos.

La mayor parte son haitianos que no quieren abandonar la República; los menos son criollos gastados que han perdido la voluntad de marchar a otro sitio. Todos juntos forman una parte de humanidad cuya hambre no se apaga jamás.

En momentos de exaltación, viéndolos consumirse sin intentar mejorar sus vidas, abandonados por completo a la finca, les he gritado, ardiendo en indignación:

–¡Marchen de aquí! ¡Pidanle tierra al Gobierno o róbenla! ¡Miren que gastan sus vidas inútilmente en estos cañaverales! ¡Llegaron fuertes, enteros, jóvenes, y en tantos años se han destruido sin ahorrar un centavo! ¡Marchen! ¡Hagan conucos o mueran de hambre en otra parte, pero no aquí! ¡No vuelvan más!

Se embelesan mirándome, oyendo mis palabras. En sus rostros borrados se retrata una gran idiotez. Algunos murmuran:

–Tiene razón...

Pero lo dicen huecamente, sin comprender, y luego marchan a las sucias casitas o al fétido barracón.

Una ira sorda me quiere reventar.

VII

La vieja Mercé está muy triste. Ayer me pidió permiso para ir al pueblo, porque le habían dicho que su hijo sería operado en el hospital de la compañía. La enfermedad de su único descendiente hacía días que la traía muy mal. Esta última noticia removiό rudamente sus dolores.

Hacía seis meses que no veía a Melito, su muchacho. Este era un mocetón de veintiséis años, de cara infantil, muy respetuoso, que todavía hacía el ademán de arrodillarse para pedirle la bendición a su madre. Desde hace dos años más o menos, tiene mujer, y su primer hijo ya está al cumplir los doce meses. Vive en un batey muy distante de este. La vieja, mientras su hijo fue soltero, no se le apartó; pero cuando Melito cambió de estado le dejó solo, porque como me ha dicho hablando de eso, «lo s'ijo na má son de la madre mientras tan chiquito, y dipué son de la mujer o el marío y su s'ijo».

Ella quedó en este lugar «porque todavía era fuerte pa ganarse la vida, y mientras pudiera valerse a naide le recebía un pan», y solo veía a Melito de mes en mes, cuando este, con la mujer y el chiquillo, o solo, venía a este batey y le traía algún dinero.

Cuando vino la última vez le dijo que tenía una pierna hinchada, que le daban fiebres. Después vinieron las aguas y Melito solo

mandaba razones con algún peón. Finalmente, la vieja supo que el hijo había sido llevado al hospital a solicitud del contratista de la colonia donde vivía. Aquella noticia le quitó el sosiego:

–¡Mi jijo e n'ese hopital! ¡Dio me lo ampare!... Decía esto a cada momento, llena de temores, hasta que ayer le trajeron la noticia de que iban a operar a Melito.

Ya no tuvo un momento de reposo y no pensó más que en partir hacia el pueblo. Le busqué algún dinero y le deseé buena suerte al despedirla.

Volvió esta mañana. Ahora no cesa de llorar. A su muchacho le cortaron la pierna derecha y ya no se arrodillará más ante ella. ¡Le cortaron la pierna! ¿Y qué tenía? «¡Ay, don Danielito! –me dice entre sollozos. –Dipué que lo lisiaron, al trite, se dieron cuenta de que la jinchasón era de rumatimo. ¡Yo lo supe!».

No digo nada que valga la pena. Una palabra obscena es lo único que se me ha escapado en presencia de la vieja, que no la ha oído. Después, veo a esta pobre mujer sufrir y pienso que dentro de poco tendrá que traer al hijo, a la mujer y al nietecito para este batey. Cabrán todos en un cuartito, en su media casita blanca. Melito, cuando el muñón de la pierna esté sano, irá con muletas hasta una pieza de caña y arrastrándose por el suelo desyerbará, hará cultivos como otros tantos, a dos centavos y medio o a tres centavos la tarea. ¿Quién mirará por ellos? Las palabras sucias me llenan la boca. No salen porque estoy mudo, de codos al mostrador, pero las siento patear.

Van llegando gentes a la bodega. No son compradores, sino los sin trabajo del batey o los que pasan hacia algún punto de la finca, que se detienen en el único sitio donde la gente suspira, maldice y fantasea a su antojo: la bodega.

Hoy todos comentan lo que le ha ocurrido al hijo de la vieja Mercé. Como circulan esas noticias por el teléfono invisible de la finca, nadie lo sabe; pero es el caso que se conocen inmediatamente desde el lugar de la ocurrencia hasta el último batey. Mariano el Burrero, un vagonero tísico, que fue al hospital con paludismo y allí consiguió su tuberculosis, dice tosiendo:

–En ese hopital tratan a uno como a lo perro. Ese hombrecito que ta de dotor, con to y su carita e mujer, no e má que un sangrú

abusador. En siendo pa blanco lo ve uté que anda ni an perrito sato, miándose, con el rabito entre la pierna, de lambón. Pero en siendo un probe... se cansan lo s'enfermo e llamarlo y decirle que le duele aquí, que le duele allí, y él, ni an voltear la cara. ¡Abusador y lambón!

La voz del vagonero es ronca y está preñada de odio. Uno que fue bodeguero y que ahora vive haciendo resiembras, desyerbando piezas de caña o chapeando carriles, dice con voz silbante, apretando los dientes:

–Ahí nada más son gente los *míster*, los blancos.

Y luego continúa:

–Para los otros solo hay un remedio: un baño de agua fría cuando llegan, un purgante de sal y luego quinina, aunque tengan reuma o pulmonía, porque en no siendo blancos, todos sufren de paludismo. Un negro no tiene derecho a otra cosa.

El boyero Montero, que pasada la zafra se ha quedado cargando piedras para un puente que se construye en el otro distrito, rezonga:

–Pa dir a l'opital mejor me dejo morí en la caña. Pa salir de allí vivo hay que tener vida e gato... ¡En toas partes se va uno a joer! Bueno, pue mejor tranquilo.

Ellos hablan y su voz es la voz de todos los que se hunden en la finca; es la voz que nunca será oída. Yo los oigo y pienso que jamás podré permanecer indiferente ante tantas violencias, aunque me lo proponga, ¡bastante ya lo he querido! Porque siempre hay algo nuevo. Ahora es el hospital.

El hospital. Pienso que todos contribuimos para su sostenimiento, que pagamos una gruesa suma para que todo esto ocurra. Contratistas, colonos, ajusteros, empleados, peones, todos damos dinero para que unos médicos vivan como señoritos, sin estudiar, de fiesta en fiesta –¡aristocracia del pueblo!–, conquistando mujeres ociosas, aprendiendo cirugía sin maestros y sin textos, en los cuerpos de los negros. Pagamos ese hospital –mejor dicho, se nos descuenta una suma sin tomársenos parecer–, y también pagamos los dispensarios o botiquines de los campos. La inteligencia de los blancos hace figurar todo eso como establecimientos benéficos para atender a los que trabajan en la finca, pero ya sabemos lo que son. En cada división hay un dispensario; allí hay quinina en

inyecciones y en cápsulas, algunas medicinas para el catarro, purgantes de sal, y algo más. Cada establecimiento se encuentra bajo la dirección de un señor ignorante, sin noción del oficio, y a quien llaman practicante. La misión principal de este individuo –fuera de tener bien sus asuntos, ¡hacer su política!, para conservar el cargo– consiste en pasearse a caballo alguna vez por los carriles, con aires de personaje, sin atender a los pedidos de los peones.

–«¿Quinino? –pregunta cuando se le solicita–. ¡Vaya al botiquín!».

Y a veces el dispensario está a cuatro, cinco y ocho kilómetros que son infranqueables para un peón deshecho por el trabajo y la fiebre.

Pero el descuento siempre sigue.

De ello me ha dicho Eduardo: «Lo mejor es no pensar en las contribuciones y evitar el hospital y cualquier "servicio" de la compañía como a una peste». Y Valerio, tartamudeando borracho, ha afirmado: «¡Es otro *over!*... ¡Otro *over!*...»

Yo pienso: ¡otro *over!*... ¡Otro *over!* ¿Será aquí todo *over!*... Es una fiebre, una locura. Los presupuestos de todos los departamentos dejan superávits, que son *over*, porque sus directores compiten en economías y no gastan la suma ya harto restringida que les autoriza el central; los superintendentes de campo, subalternos de aquellos, pagan menos de lo que ordenan sus jefes, para demostrar eficiencia y agradar; los mayordomos, que les obedecen a los superintendentes, cuando pueden hacen lo mismo; el director del hospital y sus practicantes no curan a los enfermos y niegan las medicinas para no cubrir su presupuesto del año; el almacén del departamento comercial, la tienda central, las bodegas del campo, el peso de caña, ¡todo ha de dar *over!* ¡Qué obsesión de *más!* ¡*Over!* ¡Maldita palabra! ¡Parece que toda la tierra será poca para saciar su sed!

Durante este tiempo muerto, el pequeño carro ambulancia del central trabaja mucho. Es raro el día que deja de pasar frente a mi bodega, por el camino de hierro de la máquina, con una o

dos cajas negras en busca de cadáveres; y siempre tiene que ir a otras divisiones, de mañana, de tarde, de noche, acarreando carne muerta hacia el pueblo.

A veces hay averías en la vía, hay mucho trabajo en el hospital, o alguien olvidó la llamada que hiciera el mayordomo o el policía de un batey avisando que allí murió algún peón, y los muertos entonces son recogidos cuando ya despiden mal olor.

La ambulancia pasa por ahí, con su cruz roja, y ya la gente la mira sin comentar. Ninguno se informa de quién habrá muerto. «¿Qué más da? Siempre será un trabajador cuyo cuerpo será llevado desde el hospital hasta el cementerio del pueblo en una carreta, metido en un cajón cuyo precio de costo no pasa de dos dólares. ¿Qué más da? Siempre será un peón». Eso parecen pensar.

La ambulancia sigue yendo y viniendo con sus cajas negras.



Cuando me dijeron que mi mujer había sido internada en el hospital no lo quise creer. ¿Cómo era posible? ¡No podía ser!

Llamé al pueblo por teléfono, pedí informes apresuradamente. Supe entonces que el médico que la asistía hizo cuanto pudo por no operarla, pero que llegado el momento decisivo, hubo que resolverlo; y como él no tiene clínica adecuada y en el pueblo no hay un establecimiento público de ese género, ni aun en toda la provincia –¡como yo no podía pagar una clínica particular!–, no quedó otro remedio que llevarla allí y la llevaron.

¡Era cierto! Sentí que la tierra se abría a mis pies. Perdí el equilibrio y no acertaba a hacer nada en debida forma. A la noche siguiente fui al pueblo, sin pedir permiso.

Al coger un automóvil en la carretera, le di instrucciones al chofer para que me llevara directamente al hospital. Cuando llegué allí, entré al pabellón donde se aloja a los empleados y a sus familiares, en busca de mi mujer. No había nadie en el extenso pasillo alumbrado por una bombilla cuya luz moderaba un globo color de leche. Tras caminar de un lado a otro, tropecé con una *nurse* con aspecto de persona muy poseída de sí misma, y de quien era dable sospechar que había descubierto la piedra filosofal;

descubriéndome ante ella le pregunté simplemente si no sabía dónde estaba mi mujer.

No sé si fue que lo hice muy torpemente, pero aquella mujer demostró estar ofendida, y con altivez me preguntó:

–¿Su mujer? ¿Quién es usted?

Dije sin vacilar:

–Usted me conoce, indudablemente. Nos hemos visto en el pueblo. Ahora soy el bodeguero Daniel Comprés.

Respondió secamente:

–Pues eso es allí, en el otro pabellón.

Y me volvió la espalda sin decir más.

En otra ocasión habría pensado en su actitud, pero ahora era muy honda la amargura que había en mí. El pabellón donde estaba mi mujer era el mismo destinado a los peones. Ciertamente era que ella no estaba en el salón general, donde en varias hileras de camas había quince o veinte hombres de los cuales algunos rugían de dolor durante toda la noche; pero se encontraba a muy pocos pasos y para ir a su cuarto era necesario pasar por allí. La tenían en un pequeño cuartito, de cuarenta y dos pies cuadrados a lo sumo, y en el cual había dos camas. Era tan desnudo, tan estrecho, tan triste, como una celda. En una cama vi su cuerpo gastado; a su lado, a la madre que no me vio. No quise hablarles. Retrocedí en busca del director. ¿Cómo era posible aquello? Caminé por los jardines del hospital, busqué a aquel hombre por todas partes, fui a su casa. Allí me dijeron que estaba en un baile que se celebraba esa noche en el club del pueblo. ¡Qué sordo es el mundo! Regresé al hospital por las semialumbradas avenidas del central, lleno de desesperación. Volví a la celda donde estaba mi mujer y la encontré todavía durmiendo. La madre ahora leía no sé qué cosa. Hablamos poco. No quise despertar a la enferma. Luego me volví al campo.

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue llamar por teléfono al doctor. Estuve más de media hora esperando que le avisaran, que él se desocupara. Cuando sonó el timbre, yo estaba tembloroso.

–¿Quién habla?

–El Director del Hospital –dijo la otra voz a través del alambre.

–Doctor: le habla el bodeguero Comprés, que tiene a su esposa allá...

–Diga.

–Yo quiero que me haga el favor de trasladarla al otro pabellón. Ahí donde está no es posible. Usted sabe que los peones dicen palabras obscenas y gritan durante toda la noche. Yo le agradeceré a usted esto siempre.

La otra voz dijo:

–¿Pero sabe usted que una habitación de las que usted quiere cuesta cinco pesos diariamente?

–No se apure por ello. Pagaré lo que sea. ¡Lo que quiero es que ella salga de aquella habitación! No puedo soportar la idea de que pase los días y las noches allí. Trasládela... Yo pagaré...

Mi voz era como un ruego. Fue después de haber hablado mucho cuando me enteré de que nadie me oía. El hombre había colgado del otro lado sin ponerme atención ¡Estaba irritado porque un bodeguero pretendía que su mujer fuera alojada en el pabellón donde debía estar una persona!

Hay amarguras cuya intensidad el hombre jamás podrá expresar, y aquella que me rompía el alma era una de ellas.

Aquel día lo pasé caminando dentro de la bodega, como un loco enjaulado. Me ahogaba la desesperación. Los peones se asombraban de que no les oyese, aun cuando me hablaban de ahí mismo y a viva voz.

Llegó la noche de la finca, impregnada de angustia. Se habían amontonado mis comidas, y en voz alta, yo disertaba:

–¿Por qué los hombres se tratan tan mal? ¿Por qué estas diferencias? Nadie quiere apreciar ni comprender a otro. No he causado mal, no he albergado odios. Mi mujer es una niña inocente, que está enferma y necesita comodidades, cuidados. Necesita que se le trate como a una cosa pequeñita y querida, ¡como a un ser humano! Y sin embargo, ¡la encierran en aquel cuartucho!

A veces la ira me soliviantaba:

–¿Y ese mediquillo, quién es? ¡Intruso, extranjero, le está robando ese puesto a un hombre digno, que no sea capaz de vejar a la gente! Vino a mi país siendo nadie, insignificante, incompetente, servil, ¡y ahora se engrandece hasta ultrajarme!

¡Me ultraja a mí, que desciendo de los que de este suelo hicieron Patria, para que de ella gozáramos como dueños! Viene a mi tierra a humillarme, porque sabe inglés y se arrastra... ¡Intruso! ¡Ladrón!

Cansado de dar vueltas, me echaba en la cama. La luz apagada, los ojos cerrados, trataba de dormir. Ya pesar de que apretaba los dientes, me ardía el pecho en imprecaciones:

–¡Malditos! ¡Ladrones!

La noche avanzaba. Mi impotencia se me derramaba encima como un baño de fuego. Mordía la almohada. ¡No me explicaba cómo hasta las piedras no sufrían mi dolor!

Después, me trajeron a mi mujer sin hijo. Era un esqueleto envuelto en piel. Cuando la madre entró con ella, la pobrecilla, se me aferró al cuello, como un atormentado que después de haber sufrido la agonía del potro, cae en brazos de su salvador. Su llanto me bañaba el pecho... Fuerza, ¡fuerza de hombre!, hube de tener para no llorar.



TERCERA PARTE

I

Tuve días de ruda lucha con mi mujer. La madre marchó una semana después de su llegada, porque hacía ya casi tres meses que no atendía a sus otros hijos. Vieja Mercé estuvo seis semanas en el batey donde vivía Melito, haciéndole compañía hasta que pudo traerles a él y a los suyos, y durante ese tiempo, me vi en la necesidad de recurrir a una haitiana para que me atendiera la casa.

Pero tuve que hacerlo todo. La negra y grajosa mujer no sabía cocinar, ni tenía costumbres, ni la más leve noción de lo que significa limpieza. A los tres días de lucha, me vi en el caso de despedirla, y desde entonces hasta el regreso de la vieja Mercé, fui cocinero, enfermero y perro guardián de mi mujer.

Ella no podía valerse y tuve que bañarla por buen espacio de tiempo. Me las arreglaba para cocinar y atender la bodega. Desde su cama, ella me avisaba cuando un olor se lo denunciaba: «Se quema la carne», «se queman las habichuelas», «se ha botado la leche», y yo abandonaba mi puesto detrás del mostrador y corría hacia la cocina. Mientras tanto, era todo oídos para no dejarme sorprender por Mr. Baumer, o por cualquier otro alto empleado del central, fuera de mi lugar, porque ello implicaba la pérdida del empleo.

Aprendí en poco tiempo a distinguir todos los ruidos. ¿Qué bocina de automóvil no conozco, aunque para un novato todas suenen lo mismo? ¿Qué ruido de motor no distingo? Ya sé, desde mucho antes de ver un vehículo, tan solo por el zumbido de la máquina, si viene el subadministrador del central, si es el superintendente de campos, si es Mr. Baumer, si es el segundo

manager. ¿Y motores de vía, *budhas*? Los conozco todos, sin verlos. Cuando es la ambulancia, ya sé que es ella; cuando es el que utilizan los reparadores de vía, también lo conozco; cuando se trata del majestuoso que usa exclusivamente el administrador del central, lo sé también desde muy lejos, y cuando oigo las explosiones de un motor nuevo, no me cabe tampoco duda: o vienen en él los oficinistas a pasar el inventario, o Mr. Baumer ha hecho uno de sus frecuentes cambios de vehículo y en él viene.

Así nunca me he dejado sorprender fuera de mi lugar en la bodega, aunque ello me haya costado dejar de ser el hombre que era. Significa mucho pasar semanas enteras higienizando a su mujer, que ya no es un ser racional, sino una pobre criatura convaleciente, llena de caprichos; semanas durmiendo en el piso, frente a la cama de la enferma, velando, porque de noche ella se cae como un niño, mientras duerme; semanas, meses, haciendo trampas para evitar que descubran un déficit; semanas, meses, temiéndole a todos los ruidos, encerrado en una casita techada de zinc, en medio de los cañaverales. Significa mucho, y bien puede ello alterar los nervios y cambiar casi radicalmente el carácter de un hombre.

Ya no soy el mismo, ni mi mujer es la misma, ni vieja Mercé es la misma, ni la gente de la finca es la misma. Es tiempo muerto y todas las caras están adustas. Un gran porcentaje de empleados ha recibido lo que cínicamente la compañía llama «vacaciones sin sueldo». Es decir, han sido abandonados a su suerte, sin empleo, hasta la próxima zafra, por economías. Los otros ganan ahora menos porque a todos se les rebajó el 10% de sus sueldos, como todos los años. Están hosclos. La finca dormita.

Yo pienso en mi déficit y me desespero. Ahí, sobre mí, está siempre el techo de zinc de la bodega, recalentándome los sesos. Cuando no sopla brisa, todo es sopor, marasmo. El calor es tan denso que casi puede asirse, y por todas partes, ¡los cañaverales! Frente a mí están los cañaverales; a mi lado están los cañaverales; a mi espalda están los cañaverales. ¡Cañaverales! Sobre ellos siempre un cielo limpio y alto, como un desesperado ojo sin párpados, desde el cual se desparrama un sol de fuego. Cuando uno siente que en la cabeza un incesante dolor martillea,

y siente que le brota un sudor aceitoso por todo el cuerpo, y tiene deseos de arrancarse las ropas y gritar, mira ansioso hacia los cañaverales, y la vista se quema en el resplandor de hoguera que parpadea sobre ellos, el horizonte, por encima de cualquier silueta de montaña que se recorte apagada a lo lejos, por encima de cualquier mancha que aparezca en los cañaverales.

Son los días del tiempo muerto. Los empleados que están «de vacaciones» y los otros cuyos sueldos han disminuido ya por quinta o sexta vez, andan desorientados. El ron los quema por dentro y el sol por fuera. Se ahogan en una sorda inconformidad que no comprenden; una inconformidad pesada, de plomo derretido, que deforma y acaba sus vidas inexorablemente.

Cuando los veo, solo pienso en ellos, y creo que más me duele lo suyo que todo lo mío. Me crece, encendido, un gran deseo de gritar a todos los vientos, denunciando cómo se destruye a los hombres en estas fincas. Quiero hacerlo, creo que puedo hacerlo, y comienzo a escribir nerviosamente, trazando signos desiguales, con gran fuerza. Mi letra irregular llena hojas y hojas, que voy amontonando con fiebre, ¡hasta que al fin se me vacía el pecho! Entonces leo aquello, y a medida que repaso las hojas unas tras otra, unas tras otra las voy rompiendo, decepcionado, convencido de que allí solo hay imprecaciones inútiles, ideas inconexas.

Entonces, todo es abatimiento. Cuando se está así, ya no se siente amargura, ni rebeldía, ni deseos. No se encuentra esa fuerza que poco antes le hiciera a uno sentirse capaz de conmover el mundo, de remover la tierra; y se ahoga el hombre en un apocamiento que solo incita a escapar de todo y de todos, para echarse por ahí en algún sitio, sin pensamientos y sin deseos.

Cuando estoy así, casi siempre se me acerca mi mujer con un mimo. Su presencia me molesta. ¿Qué tengo de común con ella ni con nadie? Siento horror ante la perspectiva de tener que hablarle, y casi gimiendo le suplico: «Déjame quieto». Pero no comprende —¿cómo va a comprender!—, y mis palabras la ofenden.

¡Absurda situación! Trato de explicarle que en esos momentos sufro crisis que me impide relacionarme con cualquier persona, inclusive con ella; pero con ello agravo más la situación. Se exaspera, pierde el tino, y hace mil escenas ridículas que irritan

más mis nervios y me hacen perder mi dominio. Una ira salvaje me golpea las sienes y salgo de la casa como un vendaval.

Ambos atravesamos desde hace tiempo por un estado anormal. Ella, repuesta ya en lo físico aparentemente, se ha tornado altiva, agresiva, nerviosa, tonta, hasta el extremo de que pocas noches me deja dormir. La obsesionan unos celos estúpidos y se empeña en retenerme todo el día entre estas cuatro paredes, alejándome de toda sociedad, porque nada la martiriza tanto como oírme enfrascado en largas conversaciones con mis amigos, después de haber pasado una semana a su lado pronunciando escasas palabras, leyendo, escribiendo, o si no, frente al mostrador.

En vano trato de explicarle mi necesidad de relacionarme, de caminar siquiera en el batey. Se me aferra al cuello y dice: «¡Llévame!».

A veces lo hago. Paseamos a caballo por los carriles, visitamos otros bateyes; pero como mi ánimo no está para hablar del paisaje, marchó silencioso a su lado cuando ella quisiera que de mi boca saliera un inagotable torrente de charla vana. Su vista no se aparta de mí; la mía se pierde en los cañaverales, en el horizonte, sin ver nada.

–¡Háblame algo! –me dice cuando así caminamos.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para responderle:

–¿De qué he de hablarte? Sobre lo que pienso es inútil que te diga, y de otra cosa... ¡no sé decir una palabra!

Seguido estalla:

–Es que me tienes por más ignorante de lo que soy, no me aprecias, para ti soy un animal. ¡Háblame de cualquier cosa!

Es inútil cuanto hago por calmarla. Solloza furiosa:

–¡No me dices nada! ¡Qué vida llevo! ¡Qué desgraciada! ¡Para ti soy una bestia!

Me invade la pena. Siento que soy culpable de un crimen. Me reprocho el hecho de haberla traído a mi lado porque debí comprender que no podía ser mi compañera. Y un abismo que se ensancha por horas, se abre entre los dos. Entonces quisiera ser un hombre como la mayor parte de los que hay en el mundo; como casi todos los de ayer, los de hoy y los de siempre; como todos los que viven para tener hijos y hablar y dormir con su mujer. Quisiera

ser como el marido de mi cuñada, cuyos problemas son trabajar, comer y estar con ella, mientras ella solo piensa en lavar, cocinar y limpiar la casa con él.

Comprendo que mi cabeza está demasiado repleta de ideas fuertes; de ideas que quizás no puedo plasmar, y que pienso demasiado en la injusticia; que no me resigno a llevar una vida de imbécil, y que todo eso es un enigma para mi pobre mujer, cuya venganza se desahoga contra todo lo que ella cree que nos separa; ya sean libros, manuscritos o amigos.

Cuando estoy leyendo, me obliga a observarla. Mueve las cosas ruidosamente, tropieza con todo; si habla, es con voz irritada. A veces no puedo soportar tanto ruido y la reprendo. Entonces llora como una tonta. A tal punto ha llegado su nerviosismo, que ya no le oculta su antipatía a mis amigos, con quienes comete imperdonables faltas de educación que los están alejando de mi bodega. A Eduardo hace poco que no le respondió el saludo; cuando alguien está conmigo, pasa entre nosotros intempestivamente, sin decir palabra.

Como resultado, la casa se me hace insoportable. Esto es muy estrecho y aquí siempre hace calor. Cuando cierro la tienda y me hallo en uno de estos cuartitos, forzosamente cerca de mi mujer, atormentado por toda clase de ruidos, mis nervios trepidan. Oigo los sonidos exageradamente, me crece la ira. Entonces, me echo afuera y marchó a casa de Cleto, a casa de viejo Dionisio, o me voy simplemente a vagar por los carriles cercanos, como un loco. Y más vago por los carriles, porque cuando voy a casa de mis vecinos, Cleto y el mayordomo se dan cuenta de mi situación, porque también hasta allí va mi mujer. Desde que llega se me cuelga del brazo y, sin reparar en nada ni en nadie, comienza a decir: «¡Tengo miedo de quedarme sola! ¡Tengo sueño! ¡Vamos a casa! ¡Camina!».

Hago lo posible por permanecer sereno. Casi siempre voy tras ella, pero casi siempre –si ocurre esto en casa de Cleto–, el policía no disimula una sonrisa irónica y escupe... A veces, como hablando consigo mismo, comenta: «¡Ei que tiene rabo!...» Y ello me avergüenza...



Una noche le pedí prestado su mulo al policía. Fui por los carriles hasta las bodegas de Eduardo y Valerio. ¡Buen trecho! Mi déficit había aumentado mucho y después de la visita de mi nuevo vecino, la actitud del alemán no podía ser más significativa.

Con ellos y con el inglesito conseguí dinero y algunos efectos que trasladé en el animal y que luego puse en mi bodega. Y lo hice a tiempo, porque seguido se inició una serie interminable de inventarios.

En este mes, los oficinistas han venido tres veces, y a tal extremo ello me excita, que a pesar de haber repuesto el dinero no encuentro tranquilidad. Por lo menos una vez a la semana paso inventario de noche, para cerciorarme de mis cuentas. No hay ventas; las cosas merman. Abrir un saco cuyo contenido no se venderá en quince días, significa pérdidas. El sueldo no me alcanza para cubrir mis necesidades. Tanto mi mujer como yo hemos perdido todo control en nuestros gastos. Ahora bebo ron diariamente y no sé cómo terminará todo esto.

El alemán me mira como el perro a su presa. Se diría que se lamenta de no haberme pescado. ¡Casi todos los días está aquí! Por cualquier futilidad le oigo decir amenazante:

–Mucho cuidado. Nosotros siempre pesca al que falla. Todo el que falla aquí, cae. ¡Nadie escapa!

Es como una fiera. Sus palabras me calan los huesos, me revuelven todo; pero a pesar de ello respondo:

–¡Eso es al que falla!

Él, con una sonrisa que da frío, siempre dice:

–Bueno... ¡Ya veremos!

Y marcha enardecido, con su paso marcial.

Una cosa comprendo: me persigue, me perseguirá hasta el fin. Me asediará hasta que huya, hasta que encuentre un déficit o hasta que reviente o me cuelgue. La figura de mi compañero suicida, llena mis sueños...



¡Inventarios! ¡Inventarios! ¡Inventarios!

Durante estos últimos sesenta días, los oficinistas –a veces acompañados por el alemán que ha presenciado las operaciones–, han venido seis veces a mi tienda. ¡No puedo ya con mis nervios! ¡Y no puedo protestar!

Permanezco callado, encerrado en esta bodega, sin poder confiarle a nadie mi angustia, viendo como en cada inventario mi destino sigue pendiendo de un hilo, gracias a un microscópico *over* de algunos centavos que arrojan las cuentas sobre el pequeño superávit anterior. Cada vez que toco algo de la bodega, lo anoto. Cada vez que vendo algo, pienso en la ganancia, por pequeña que sea. Cada vez que algo cae al suelo, pienso en la pérdida aunque parezca invisible e insignificante. ¡Es una obsesión!

Mis pensamientos giran en un mismo círculo: ahí está el balance. Desde principios de año he dado sesenta y ocho dólares y veintisiete centavos de *over*. Como esa suma no aparece en ningún libro porque la oficina la deja así hasta fin del año comercial de la compañía, la tengo anotada por ahí ocultamente. ¡\$68.27! Después de anotarla, cayeron al suelo cuatro onzas de arroz. ¡Ya son \$68.25! Vendí veinte libras, robé treinta onzas, ¡pero abrí un saco que tenía cinco libras de menos! Bebí un trago de ron. ¡Ya hay déficit!

Anoto en mi libreta veinticinco centavos con cargo a mi cuenta para arreglar el balance. Vendo dos yardas de tela y robo una cuarta. ¡Otra vez tengo *over*! Ahora un trago, otro trago; mi mujer quiere azúcar, ¡otra vez déficit! Mi crédito está cubierto hasta mañana y bebo más ron. Me doy a pensar: «¿Si viene el inventario? ¿Si no esperan hasta mañana? ¡Todavía es temprano y pueden llegar!...». Las horas son lentas, lentas. Oigo un ruido. Crece mi inquietud. Me pregunto: «¿Será de motor?». Aguzo el oído... ¡No lo es!

Bebo más ron...

Así de noche y de día. No le hablo a mi mujer. Siempre estoy como ausente, distraído.

¡La vida del hombre es miseria! ¿Qué hay de común entre mi mujer y yo? Nada puede haber. ¡Solo miseria! Hace más de quince noches que no duermo. Ella está intolerable. Yo solo pienso en

el *over* y en un déficit, aunque sea de dos centavos. Pienso en la deshonra y en aquel bodeguero ahorcado. En sueños oigo la voz de Mr. Baumer: «Diez putellas de ron... seis sacos de arroz... Diez...».

Mi mujer me hostiga. De noche me voy a la tienda y allí me quedo a dormir, pero con ello nada remedio. Desde una ventana de rejas que hay entre el aposento y el depósito, ella, en ropa de noche, como una loca, despeinada, chilla. Si para poner fin a la escena abro la puerta, entonces comienza otra peor. Entra y va hacia mí. Comienza a recriminarme, barbotando necedades sin fin:

–¡No me haces caso! ¡No lo soporto! ¡Te las echas de preocupado, pero poco me importa! ¡No lo aguanto!

La oigo en silencio, aunque creo que voy a enloquecer. Cierro los ojos, pienso en el inventario, trato de dormir, ¡y creo que duermo! Ella, en el paroxismo de su histeria, me sacude y grita una y otra vez:

–¡No te duermas! ¡No te duermas!

Miseria. Me revisto de paciencia. Ensayo ahora por un camino de suavidad.

–¿Qué pretendes? –le pregunto–. Piensa que a las cinco y media debo estar en pie. Hace mucho que no me dejas dormir. Debo trabajar para los dos. Serénate.

Repíte:

–¡No vas a dormir! ¡No vas a dormir!

Parece loca. Hago un esfuerzo por contenerme sin pegarle. Toda mi voluntad quiere considerarla enferma. Digo: «Han sido las noches que pasó casi abandonada en aquel calabozo del hospital; fueron los gritos de aquellos peones, ¡es la finca! No le haré caso». Ella insiste hasta el amanecer. Cuando el Big Ben toca las seis, estoy borracho de sueño; pero siento un alivio, porque ya ella se irá a dormir, y yo comenzaré a beber ron. Porque entonces es el día, y solo a fuerza de ron lo resisto. ¡Solo a fuerza de ron!

Y si alguien supiera esto, indudablemente me diría: «¿Por qué no escapas? ¿Qué haces aquí?». Y yo preguntaría: «¿Adónde he de ir? ¿Y las deudas? ¿Y mi mujer? Si mis nervios resisten...».



¡Pero mis nervios no resistieron más!

Esta mañana llegó el alemán. Vino gruñendo, protestando de todo. Como la única lámpara de la bodega está inservible por lo vieja, le pedí una nueva, y ¡esto le irritó! Como si le hubiera mordido un animal ponzoñoso, al oír mi pedido comenzó a chillar:

–¡Usted pida muchas cosas! ¡Usted molesta mucho!

La ira me tiró de los cabellos. Sin embargo –¡miseria!–, traté de explicarle con las mejores razones que hallé, que él estaba equivocado, que yo me hallaba en mi razón al solicitar aquello. Pero él siguió:

–¡No diga más! ¡Mí no quiere oír! ¡Usted fuñe mucho! ¡Mí...!

¡Hasta ahí soporté! Lo último lo había dicho en marcha y ya estaba en su automóvil. En ese momento lo echaba a andar. Corrí hacia él. Mi mano cayó en la puerta del vehículo, como una garra. Planté el pie en el estribo y grité:

–¡Cállese, alemán! ¡Óigame! ¡Me va usted a oír!

Volvió la cara espantado, como si no diera crédito a sus oídos ni a sus ojos. Sin darle tiempo a responder, seguí roncando a gritos:

–¡Me va a oír usted! ¡Apague el motor!

Obedeció temblando. Seguí.

–¡Usted me trata como a un perro, alemán! ¡Me quiere ahorcar! ¡Pero usted me va a oír! ¡Tiene que oírme! ¡Óigame!

Ya él no era rojo. Lívido y mudo, temblaba. Yo no podía decir otra cosa:

–¡Óigame, carajo! ¡Óigame, alemán! ¡Soy un hombre!

Me ahogaba. Él no pudo más. El motor arrancó y el carro dio un salto. Lo vi perderse en un carril a toda velocidad.

Cuando volví a la tienda, estaba como idiota. Mi mujer me miraba sin comprender. Sintió temor de acercármese. Permanecí largo rato sentado en una caja y luego le ordené:

–Arregla nuestras cosas.

Me oyó asombrada, pero obedeció. Abrí una botella de ron y comencé a beber. Casi no oía a Cleto, que habiendo presenciado el suceso, me decía:

–¡Yo sabía que uté era macho, vale! ¡Así se le habla a ese carajo! ¡Eso mieida!



Se fue mi última noche de finca. Amaneció. A las ocho de la mañana llegaron los oficinistas con otro bodeguero. En sus rostros se notaba cierta pena, porque de cuantos hay en este departamento por encima de los encargados de tiendas, creo que son los únicos humanos. La voz del que tomaba el inventario sonaba monótona:

–Seis botellas de ron, a treinta. Siete latas de mantequilla, a treinta y cinco. Sesenta yardas de tela, a cuarenta. Diez botellas de vino, a treinta y cinco...

El nuevo bodeguero vaciaba graneros. Yo sumaba las órdenes y contaba fichas de carne. Mi mujer sollozaba en la casa. Los habitantes del batey cercaban la bodega preguntando:

–¿Qué pasando a compai bodeguel?

–¿Lo van a traladar?

–¡Tan buena persona!

–¿Será botao?

Los más, despreocupadamente decían:

–Da lo mismo. No hay bodeguero bueno. To son ladrone.

La vieja Mercé lloraba. Gemía:

–¡Ay, Danielito! ¡Ay, Danielito! ¿Quién me dará el pan ahora pa mi hijo lisiao? ¿Quién?...

Nica y Manuela, también lloriqueando, consolaban a mi mujer. Viejo Dionisio no estaba en casa. Cleto andaba por el batey vecino.

Los que tomaban el inventario terminaron. Liquidaron las partidas. La voz de un oficinista dijo:

–Tienes cuatro pesos y un centavo de *over*, desde el último inventario a esta fecha.

Yo me había cargado tres pesos por temor a tener déficit.

Firmamos los papeles y salí de la tienda para no entrar más.

¡Qué sensación! Yo no era el mismo. Tropezaba al andar. No sabía estar libre. ¡Ay, la bodega! Tenía ganas de llorar.

Me fui con los oficinistas al pueblo. Mi mujer quedó en el batey. A las tres horas me hallaba de regreso en un camión. El gentío cercó el vehículo y la casa, mientras cargábamos los escasos muebles. Me entristecían las demostraciones de afecto de las gentes, que ahora sinceramente sentían mi partida.

Viejo Dionisio y Cleto ya habían regresado. El mayordomo casi no hablaba. De rato en rato, solo decía:

–¡Miren qué vaina! ¡Trabajar con eto maldito e una degracia!
¡Miren qué vaina!

El policía, malhumorado, como gruñendo, murmuraba entre dientes:

–¡Qué jodienda! ¡Maidita sea!

Y escupía a diestra y siniestra.

Después... yo creo que estuve algo idiota, porque no podía definir mi verdadero estado, a pesar de que a mi lado mi mujer sollozaba.

La vista del pueblo, medio kilómetro antes de llegar, fue lo que me volvió a la consciencia, y una voz de angustia en mi interior no cesaba de hablar. Murmuraba en mi adentro una especie de lamentación muy amarga. Yo la oía: «¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo!». Salí de ti una mañana con el estómago vacío; me habías rechazado esa vez, pero todavía mi alma estaba sana. Ahora vuelvo cansado. En unos meses me he vuelto viejo. Me ahoga una gris desconfianza en los hombres. ¡Creo que traigo el alma rota!

«¡Mi pueblo! Te veo dormir y me atemoriza tu sueño al pie de aquellas chimeneas. Caerán sobre ti, con gran estrépito, y no te quedará nada sano. ¡Nada! Ni siquiera el instinto de vivir».

«Me apena ver que ya no pareces un pedazo de mi tierra. En tu propia casa te has tornado extranjero. Tus hijos no tienen aquella arrogancia y aquella hidalguía que tuvieron sus abuelos. Se crían enclenques, pusilánimes, encogidos, haciendo de sirvientes del ingenio, y en sus labios jamás florece una sonrisa que no sea de servilismo. ¡Qué anciano eres, siendo tan joven!».

«Por tus calles se camina con temor, mirando hacia atrás. Ningún hombre es capaz de hablar en voz alta, como no sea para elogiar al *míster*. Cuando las locomotoras asustan el cielo con su grito, todos tus hijos callan, como si hablase un dios; y si las factorías –monstruos reales de una nueva y cruel religión–, destrazan un pedazo tuyo –uno de tus hijos–, el resto enmudece, sin lágrimas y sin protestas».

«¡Ingenio poderoso, que por tus chimeneas escupes diariamente la cara de Dios! ¡Blancos insolentes, rojos de *whisky*, que nos miran como el amo a su esclavo! Mi pueblo, ¡oh, mi pueblo!,

estertor de agonía, en un trozo de tierra prestado donde debiste ser dueño y señor!...».

Me ardían los ojos. Volví a pensar en mí, en mi mujer, en lo que debía hacer ese día. Era ya de tarde cuando el camión se detuvo frente a la casa de mi cuñada. Entre el chófer y yo bajamos los modestos muebles. Mi suegra, que estaba allí, tenía el ceño adusto; la hermana de mi mujer me ofrecía una sonrisa sin expresión; el marido estaba ausente. Nubes de polvo vagaban por las calles.

Al día siguiente fui a la oficina del *manager*. Pasé entre los empleados indiferentes, y fui recibido por el asistente. Una perversidad que le retozaba adentro, se le trocó en sonrisa cuando me preguntó con cinismo jovial:

–¿Qué te ha pasado?

Yo respondí:

–Nada sé.

Fingió asombro y murmuró entonces:

–¡Es raro! ¿Quieres ver al viejo?

–A eso vine –le digo–. Creo que me sobra algo y quiero liquidar mi cuenta.

Me dijo lo que sin necesidad se le dice a otros tantos:

–¡Hombre! No hay que perder la esperanza. Esto se puede arreglar. Debe ser un castigo. Espera...

Ocupé una silla que me señalaba. El gran rubio, desde su escritorio, fingía no oír, a pesar de que se enteraba de todo. No levantó la vista. Parecía enfrascado en la revisión de unos papeles que estaban en su mesa.

A los pocos minutos apareció un empleado con una nota para la oficina principal del central. Se la llevó al *manager*. El obeso individuo la leyó y firmó. Me le acerqué. Me retozaba el deseo de escupirlo. A mi espalda, la voz del asistente me incitaba:

–No pierdas la oportunidad. Pregúntale por qué te dejó sin trabajo. Quizás sea un castigo...

Yo oía sin contestarle porque bien sabía que me empujaba nada más que para oír la respuesta del *manager* y luego hacer a mi costa un chiste, como era su costumbre. Su voz seguía diciendo:

–Pregúntale, pregúntale...

Y fue tal su insistencia que sin darme cuenta le hablé al grotesco personaje:

–Mr. Robinson, ¿por qué me dejó sin empleo?

No pudo evitarlo. El americano levantó la cabeza. Sus ojos azules me miraron con inquietud. Demostrando extrañeza me dijo:

–Mí no sabi quién es usted.

¡Como a todos! ¿Por qué no le pegué? Estaba allí como un imbécil. Respondí:

–Yo soy el bodeguero Daniel Comprés, a quien botaron hoy.

Le oí exclamar:

–¡Ah! Ya ricuelda... Usted aquí no teniendo más trabajo. Usted teniendo muy mal carácter. La compañía quiere gente ¡más pacífica!

¿Qué me ocurrió? Me repugnaba aquel hombre y me desprecia-ba a mí mismo. ¿Qué hacía allí? Eché a andar... Al salir, el asistente Mr. Lilo me ofreció una nota donde se autorizaba al cajero del central a pagarme seis pesos y centavos, y también me entregó una hoja de liquidación de mi último inventario, en la cual se veía, casi apagada, escondida, la palabra *over*, seguida de unos números: \$4.01.

Cuando salí, en la puerta hallé a varios hombres que me miraban con ojos inquisidores. En sus rostros se pintaba gran ansiedad. Eran aspirantes a bodegueros que pasaban meses y meses viajando a la oficina de Mr. Robinson inútilmente. Algunos de ellos habían sido encargados de tiendas y ahora sufrían «un castigo». En ese momento la voz del asistente se oyó áspera a mi espalda, dirigiéndose a ellos:

–¡Bajen de ahí! ¡No hay oportunidad para nadie!

El asco me revolvía el interior. Unas yanquis bajaban de un automóvil alborotando en inglés. Los patios cubiertos de grama recortada a la inglesa, las flores de los jardines, los cocoteros, parecían una contradicción a todo aquello.

Después de haber cobrado mi último dinero, abandoné las avenidas del central.

II

No hace mucho que salí del campo, pero parece que han transcurrido muchos años desde entonces. ¡Sucedan tantas cosas

en dos meses! Porque nada es estable alrededor de un hombre que se empeñe en mantenerle un rumbo fijo a su espíritu. Los demás lo forcejean con violencia; si cede, instintivamente le consideran inferior y le desprecian; si no cede, se enfurecen contra él y le magullan o le arrojan. Quizás nadie lo entienda, pero así es como lo veo y lo siento. Y sobre todo ahora, recordando la historia de estos días pasados.

Al salir de la finca, mis nervios se rompían, mi cabeza giraba, mi pecho quería reventar. Pero cuando de mi vista desaparecieron los cañaverales y los hombres molidos, y cesó el tormento de aquel techo de zinc de la bodega que me cocinaba vivo, sentí como aligerado de un enorme peso.

Encerrado en el cuarto que nos destinaron a mi mujer y a mí, dormía la mayor parte del tiempo. Atolondrado, no pensaba en otra cosa que no fuera descansar, descansar, descansar... No sé hasta cuándo hubiera seguido así, de no haberme recordado mi compañera que los seis pesos que me pagó el central, habían tocado a su fin, y que era necesario buscar otros, trabajar.

¡Trabajar! ¿Dónde había trabajo? Y dinero, ¿dónde había?

Por primera vez quise creer en la fábula del Edén, y lamenté que se hubiera perdido aquella maravilla. Desde entonces no volví a vivir en paz, porque a todas horas parecía decirme el aspecto sombrío de mi mujer:

–Busca trabajo. Busca dinero.

Yo pensaba que indudablemente algunas personas han nacido para que nadie las comprenda, y que entre esas me encontraba yo; porque no había uno, entre los que me rodeaban, que comprendiera mi estado de ánimo. Todo era lamentarse de la violencia que me hizo perder el empleo, y de mi modo de ser. Exponían, con razones que consideraban irrefutables, sus conceptos sobre la necesidad de conservar el empleo a costa de cualquier sacrificio. Con frecuencia les oía decir:

En este tiempo hay que soportar patadas, si es necesario, para no perder lo que nos proporciona el pan.

¡El pan! Siempre el pan. ¡Cuántas bajezas por el pan! Y mi angustia no podía ser mayor, porque mis razonamientos, harto oscuros para todos, se estrellaban en el muro de la incomprensión general.

Tuve que resignarme a oír sermones, consejos y mil cosas de esa laya, por el hecho de que quien lo daba todo en la casa era el marido de mi cuñada.

¡Penosos días! La creencia de que yo era un chiflado echaba raíces con gran rapidez. Una frialdad que congelaba el ambiente, me azotaba el rostro. Nadie confiaba en mí. Y aquel estribillo de mi mujer:

–Hace falta dinero. Busca qué hacer.

Desolado, no cesaba de hacerme preguntas:

¿Será mi mujer un verdugo? ¿Podrá decirme alguien para qué nací?

Y me iba a la calle, sin rumbo, en busca... ¡no sabía de qué!

No quedó tienda donde yo no fuera en busca de trabajo, pero no lo obtuve, sencillamente porque en los establecimientos del pueblo ni aun los dueños hallan qué hacer. Todo parece estar sumido en profundo letargo. Lo poco que se vende es a crédito y casi nunca se cobra. Los establecimientos cada vez son menos. No puedo olvidar lo que me dijo el último comerciante con quien me entrevisté:

–Amigo, cualquiera le daría trabajo, pero el negocio no vale ya la pena. Usted sabe que el noventa por ciento de la gente que trabaja en la región, vive del central, y que el central ha monopolizado el negocio. Si la compañía no ejerciera el comercio al detalle quizás se podría vivir, pero usted sabe que ella lo resuelve todo con provisiones y mercancías, porque cuenta con todos los recursos para obligar a los que dependen de ella a comprar en sus tiendas. Sus peones cobran semanalmente y sus empleados todas las quincenas, pero todo el mundo sabe que ello no significa nada para el que cobra ni para nosotros. La pequeñez que le sobra a esa gente no le alcanza para nada y atento a ella el comercio particular no puede vivir. Lo que cobran los días de pago es una piltrafa que les echan para que crean que trabajan por dinero, y nada más. ¡Y nada podemos decir! Porque los métodos coercitivos que posee la compañía son tan perfectos que ante la imposibilidad de hacernos oír si denunciarnos la extorsión, solo nos queda el recurso de callar.

¡Solo nos queda el recurso de callar! Lo dijo aquel hombre y ¡de qué valía mi indignación! Nadie mejor que yo conocía esos métodos perfectos de que se vale el central. El sistema de avances en órdenes contra sus tiendas exclusivamente, y la pequeñez de los salarios, le dejan muy pocas veces algún residuo al trabajador, y como el central ejerce un espionaje abrumador sobre sus dependientes, ellos, por agradar al amo y por conservar el pan, gastan lo que les sobra en sus tiendas.

¡Malditas tiendas! En ellas es donde se paga la zafra. Es con provisiones y mercancías que arrojan como mínimo un treinta por ciento neto de ganancias, con lo que se paga la elaboración de los millones de quintales de azúcar que produce la región. ¡Es con arroz, arenques, harina de maíz, bacalao y fuerte azul, con lo que se les paga a miles de esclavos! Porque los pagos son una mentira. El peón, el empleado o como se llame, tiene que gastar más de un sesenta por ciento –casi nunca baja de un ochenta o un noventa por ciento– de su salario o sueldo, y luego, aquello que le sobra es tan poco, sirve para tan poca cosa, que horas después cae en el cajón de las bodegas.

Y como dijo el comerciante aquel, «es necesario callar», en vista de que nadie prestaría oídos a una denuncia sobre esa explotación, y estando seguros, como todos están, de que cualquier simulacro de investigación nada llegaría a probar, porque el central es todopoderoso.

¡Todopoderoso! ¡Todos lo saben! Los vendedores de leche, los panaderos, los carniceros, todos gritan, todos dicen:

–Si el central solo hiciera azúcar podríamos vivir. Y es que el central hace de todo y vende de todo, ¡hasta hielo y carbón!

¡Qué rapacidad! Por no dejar de quitarnos, hay días que hasta nos quita el sol, porque el humo de sus chimeneas es tanto, que cubre pedazos de cielo.



Tales impresiones recogía en la calle, y ¿no era natural que viera el central con horror? Allí estuve prisionero, allí fui martirizado, humillado; allí se me cayó parte del pelo; allí vi un amigo ahorcado,

otros locos, desesperados, bajo el peso de esa organización cuya única religión es el *over*. Allí –¿necesito decirlo?–, ¡allí no volvería más! Y así se lo decía a mi mujer:

–¡No vuelvo al central! ¡No vuelvo al central!

Mi situación siguió estrechándose. Ya en la casa se me negaba el saludo. Para todos yo era un holgazán. Un chiflado.

–¡Tanto que trabaja mi marido! –decía mi cuñada.

–¡Tan estrecha la casa! –suspiraba mi suegra.

Y mi mujer.

–Busca jabón para la ropa. Busca dinero para la lavandera. Necesito un vestido. Busca trabajo.

Jamás creí que se podría acosar tanto a un hombre. Un día de esos, crucé al fin la frontera de mis escrúpulos y me decidí a recurrir a los viejos amigos, a los camaradas que seguían en el trapiche de la finca. Y fui a casa de Eduardo...

Recuerdo el día. ¡Qué cariñoso recibimiento! Me abrazó como a un hermano.

–Lo tuyo nos duele en carne viva –me dijo. ¡No sabes cuánto nos ha desalentado esa injusticia! Pero no olvides que estamos aquí. Tú sabes que siempre puedes disponer de una parte de nuestros sueldos. Al menos del mío y creo que también del que gana Valerio.

No sé por qué una rara emoción me hacía encoger la piel de la cara. Un deseo de abrazarlo fuerte y largamente me subía al corazón. No era por el dinero que ya me había dado, sino porque al fin hallaba una persona que no me hiciera acusaciones por haber perdido el empleo.

Después, entrada la noche, frente a una mesa donde se amontonaban unos platos con restos de comida, vaciando la segunda botella de ron, su voz era una ola de indignación:

–Los gobiernos castigan a los desesperados que matan a los explotadores y cometen actos de terrorismo, pero a quienes deberían castigar es a estos capitalistas sin entrañas. Cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitable llegue, la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán!...

Y todavía al acostarnos su voz seguía diciendo:

–Es lástima que en una tierra donde siempre debió haber paz se haya conocido esta injusticia. Se le está creando un porvenir sombrío a nuestro pueblo, porque nuestros hombres quedarán incapacitados para toda obra de bien, de seguir amargándoseles así; ¡estrangularán en ellos hasta el último buen sentimiento!

Quedaba en silencio, sacudía la cabeza y otra vez murmuraba:

–¡Es una lástima!...

Pasó la noche. Al día siguiente fui en un caballo de mi amigo, hasta un poblado que se arrastra en un camino real que desemboca en la carretera. En ese lugar esperaba un automóvil, mientras mi vista examinaba aquel raro caserío que ya no podría crecer más.

¡Triste y sufrido poblado aquel! La necesidad de vivir llevó a sus fundadores a ese lugar. Levantaron sus enramadas y casuchas allí, porque el camino era del gobierno y el sitio estaba al pie de una oficina de pago del central. Tuvieron miles de inconvenientes porque desde un principio la compañía trató de barrerlos, pero se agarraron con dientes y uñas a esa faja de tierra nocal, cuyo ancho no excede de cuarenta metros, y formaron dos hileras de casas, sin patios. Casi todas aquellas construcciones de madera, techadas de zinc están ocupadas por establecimientos comerciales, y sus dueños viven porque algo venden de día en día, a los peones de la finca. Pero es imposible que haya en la tierra otra comunidad tan humillada como esa. Las alambradas del central clavan sus púas en las paredes posteriores de las casas, como dándoles un empujón brutal, para arrojarlas del sitio. No ha habido forma de obtener una cuarta de tierra para letrinas y patios. Los hijos de aquellos hombres no han hallado lugar para sus juegos infantiles, y como una ironía: miles, ¡miles de tareas del central! hasta más allá de la línea del horizonte.

Y no son los alambres únicamente los que estrechan la vida de los moradores de aquel poblado. Sus tiendas, como las del pueblo, dormitan. Ese día les vi a todos, uno por uno, leyendo periódicos o mirando, de codos al mostrador, la lejanía, mientras en la bodega que a la entrada del poblado, como un tapón, les ha ajustado la compañía, una turba de peones se desgañitaba voceándoles a dos dependientes que no podían despacharles.

¡Duro espectáculo!

Otro día estuve donde Valerio. Exaltado como siempre, saltó el mostrador y me alcanzó con los brazos abiertos. Lo primero que hizo fue brindarme medio vaso de ron, porque sigue sosteniendo su vieja teoría de que solo borracho se puede vivir en medio de estos cañaverales. Me habló largamente lo que significa el ron para los que no pueden darle rumbo a su vida, y afirmó su teoría con argumentos contundentes.

–Si uno es un trapo, debe estar borracho. ¿Qué rayos puede hacer aquí un desgraciado? ¿Pensar en sacar *over* y echar barriga? ¿Sacarles las tripas a estos peones a sangre fría? ¡No fuñan! ¡Hay que estar borracho!

Luego concluyó:

–Y además, nosotros somos hijos del ron. Estamos destinados a nacer, a crecer y a morir bajo la influencia del ron. Esto, compadre, solo se puede ver desde un tonel de ron. Aquí todo es ron, mi viejo...

Yo le oía, sonreído, aun a mi pesar, y pensaba que con el ron también nos robaron la tierra, y con ella la felicidad.

Esa noche nos emborrachamos, para confirmar la teoría de Valerio. La mujer de mi amigo, como siempre, permanecía callada, serena, sin expresión alguna, al lado de la mesita donde una lámpara de petróleo derramaba su pobre luz. Los chiquillos roncaban. Cuando llegó la hora de acostarnos, me improvisaron dormitorio en el cuartito que en las casitas de la compañía hace las veces de sala, cocina y comedor.

La voz de mi amigo rezongaba desde el aposento:

–No queda otro remedio que estar borracho, hermano. ¡No queda otro remedio!

Casi lloraba.

Después viví unos quince días algo tranquilo. Pero ¡son tan poca cosa ocho o diez pesos! Y los míos –¿cómo evitarlo?– tocaron a su fin, como todo en la tierra; y volvió la desesperación a mi vida.

En la casa el ambiente era punzante. Mi cuñada quería romper las puertas, de tanto que las estrellaba, cuando me veía. El marido evitaba hallarme. Mi suegra, como siempre, se mostraba indiferente y soltaba suspiros. Hasta que al fin comprendí que allí alguien estaba de más, molestando al resto, y que ese alguien era yo.

A esa conclusión llegué una noche, después de acostado. Los demás, inclusive mi mujer, se desternillaban de risa en la galería. Entré al cuarto. Mi mujer no vino, como en otros días, a arreglarme la cama. Las risas, afuera, seguían. Se me retorció el corazón. Hilvanaba en mi mente un discurso, en el cual vaciaría todo mi desengaño antes de partir. Me colocaría en medio de todos y les diría:

—¡Eh, ustedes! Recuerden que en mi casa fui un caballero. Todo lo mío —casi nada—, pero todo lo mío, ¡era de ustedes! Siempre hallaron abierto mi corazón, y ahora, en pago, ¡me echan! ¡Sí, porque no es otra cosa lo que hacen!

Me vestí. Cuando asomé a la puerta, todos hicieron silencio, a pesar de que ninguno quiso mirarme. Les miré a todos, erguíme cuan alto soy... ¡pero se me ahogó el discurso y me fui sin decir palabra!

Después, ¡ah!, después... ¡Nadie lo creería! Lo que me sucedió no lo entendería yo mismo de haberle ocurrido a otro. Experimentaba la sensación que sentimos cuando nos enfadamos injustamente o nos quejamos sin razón.

¡Eso sentía yo! Y lo repito, de haberle sucedido a otro, no lo hubiera comprendido.

Una voz lejana me explicaba todo en forma que apagaba mi indignación y aumentaba mi amargura. Las palabras venían suaves, explícitas, bajo la lluvia que retozaba en los faroles:

«Entiende, hombre, ¡entiende! —decía—. Arráncate de la mente la injusticia. ¡Ellos tienen razón! ¿Qué hiciste? Su hija era hermosa y fresca como una flor. ¡Tú eras un ser en la miseria, viruta pequeña en el torbellino de la explotación! Y una noche, te llevaste a la niña hacia tu vida estrecha, lleno de egoísmo...».

Las manos en los bolsillos del pantalón, la solapa del saco levantada, el sombrero ajustado hasta las cejas, la espalda encorvada, bajo la llovizna marchaba yo. La voz seguía:

«Ellos tienen razón. No son culpables de no tener ojos para ver lo que te convirtió en un ser huraño y gris ante su niña, que se lanzó a la vida confiada en ti. ¡El *over* se tragó tu vida! Le pertenecías. Debiste saber que de ti no podías dar nada, porque todo lo tuyo –conciencia, cuerpo, corazón–, era del monstruo que ahoga a los hombres en la agonía del *más*».

«¿Y qué saben ellos? ¿Acaso tienen ojos para ver tu angustia? ¿Pueden saber de tu desesperación? Tú que comprendías, fuiste quien obraste mal. Ahora en ti solo ven al que amargó la juventud de su niña, sumiéndola egoístamente en la vorágine donde naufragó tu vida».

«¡Hombre! Si conservas algo digno en el alma, comprende. Y si no puedes ahogar tu ira, ¡vuélvela contra ti, o contra la fuerza que te arrebató!».

Después de eso caminé durante un par de horas. La llovizna caía sobre mí como un llanto. Tuve ganas de gritar, pero el peso de mi alma era tan grande, que vagué callado, sin rumbo, más viejo que el resto de la humanidad.

Fue la puerta abierta de una casa deshabitada la que me invitó a entrar. Allí tendí mi americana en el piso y me tumbé como un animal herido.

La llovizna seguía cayendo. La quietud se enseñoreaba de la noche. Mi ser era una cosa gastada. Me quedé dormido...

III

Cuando al hombre se le tuerce la vida, aunque tenga consciencia de ello, difícilmente la vuelve a enderezar. Inútilmente me digo: «Ahogas tu alma en ron; procedes como un hombre débil, como un sentimental. Tu vida se pierde. Ese no es tu camino».

El reclamo de mis viejas y buenas ideas es débil, apagado, y parece que me hundo en el cieno cada día más, porque desde aquella noche, ¿qué he hecho?

Recuerdo...

El día me sorprendió sin orientación. La mañana era llorosa y como ella estaba mi alma. Vagaba por las calles del pueblo sin rumbo, sin ninguna intención definida, cuando hallé a un viejo amigo.

Era un muchacho de los que fueron mis compañeros en los primeros días de la vida. Nos abrazamos y él se desbordó en entusiasmo.

–¿Cómo estás, viejo amigo? ¿Cómo estás?

Así me decía, y reía muy contento de haberme hallado. Yo me conducía como un idiota, pero creo que también reía. Él hablaba como un torrente:

–¿Sabes que he dado la mar de tumbos? ¿Recuerdas cuando me fui de aquí?... Trabajé en barcos enormes, en fábricas gigantescas. Me quedé dormido mecido por las olas, y también fui ensordecido por el trepidar de las maquinarias de factorías monstruosas, ¡porque estuve en New York! Conocí mujeres de todas las razas, de todas las costumbres, que me dijeron su amor en idiomas diversos. Apuré mucho los goces, viejo, para convencerme de que la vida es buena cuando se la lleva así... Y, sin embargo, fuera de las juergas y aun dentro de ellas, no hallaba el reposo, la tranquilidad, el sitio, ¡el equilibrio que salí a buscar cuando abandoné esta tierra!

Ya había cambiado de tono. Ahora parecía un poco triste. Miraba vagamente y hablaba como un extraviado.

–¡No me hallaba satisfecho! –continuó–. Hasta que un día, en Cuba, me entró eso que llaman «nostalgia de la Patria». Pensé que el hombre, para ser feliz, no necesita perderse en el placer. Me convencí de que un pueblo, unos viejos amigos, una mujer, un pequeño trabajo, bastan para vivir, ¡y marché para casa otra vez!...

Su entusiasmo ya estaba lejos, apagado por completo. Ahora miraba las chimeneas del central, que se elevaban por encima de todas las alturas de la ciudad, prosiguió como cansado:

–Pero obedecí a un impulso de sentimentalismo fatal. ¡La falta de memoria! ¿Por qué el hombre tendrá tan mala memoria? Yo había olvidado todo esto en lo que tiene de realidad y solo tenía conmigo los colores y la música. Veía nuestra vida de muchachos y nada más. Cometí un error. En New York, un obrero, como personalidad aristocrática, del mundo de las finanzas, o algo así, no es nadie, pero como ser humano es mucho. ¡Allí, si el hombre trabaja, tendrá donde vivir con algún confort!, tendrá comida hasta hartarse, y como quiera, tendrá una amiga desinteresada. En cambio, aquí... ¡Esto no tiene comparación!... Mi primer trabajo fue en el almacén

de azúcar, y quedé pasmado, mejor dicho, aplastado, cuando el día de pago me enteré de que por cargar un saco de trescientas veinte libras, solo se le paga al hombre un centavo. Un centavo de cobre, hermano, ¡un centavo! ¡Y hay que ver de dónde se ha de bajar ese saco o a dónde se ha de trepar! Luego fui a las factorías, y allí es donde trabajo cuando hay lo que ellos llaman «una oportunidad». Pero puedes jurar que no se vive como gente. ¡Es admirable! Aquí está este pueblo con sus doce mil habitantes y nadie sabe cómo viven los que están allí mismo, a unos cuantos metros. Se trabaja doce horas en las factorías por cuarenta y cinco centavos. Quince días trabaja un individuo de día, y quince de noche ¡De noche! Doce horas de noche, sin tregua. Hay que saber lo que significan sus minutos, uno por uno, cuando el peón batalla con el sueño, de pie, entre volantas y engranajes que giran locamente. El hombre sabe que si falsea y cae perderá la vida, y cualquier noche ve a un compañero caer. En esta última zafra, cayó un pobre muchacho, que tenía paludismo y no se podía tener en pie de la debilidad, y los engranajes lo hicieron añicos. En una pequeña caja cupo lo que apareció de él. ¡Y todo por cuarenta y cinco centavos!

Yo le oía como adormecido. En ciertas ocasiones pronunciaba alguna frase vaga, en forma de comentario. Me había dejado llevar por mi compañero y cuando habían transcurrido unos quince minutos, él se detuvo frente a una casita blanca del central. Allí me dijo:

–Estamos frente a mi casa. Entremos.

Tenía una mujercita –una niña, se puede decir–, con un pequeñín de cuatro meses. El chiquillo se desgañitaba gritando: la mujer, cuando llegamos, trataba de introducirle un pezón de su pecho en la boca. Mi amigo parecía un hombre sumamente cargado que acabara de recibir súbitamente, sobre su vieja carga, un gran peso más.

–Esta es mi mujer –me dijo. Y luego, dirigiéndose a ella: –Zunilda: búscate dos «palitos».

La mujercita abandonó al niño en una caja de cartón, y la criatura siguió gritando. Entró al aposento, y a poco salió con una botella y dos vasos. Mi amigo sonrió:

–Yo no tomo café.

Y le temblaban los labios.

Bebimos el primer trago. Todavía yo no había hilvanado una idea, y aquel ron me reanimó un poco.

–Pero hágame de tu vida –inquirió mi compañero, como quien recuerda algo que no debería haber olvidado–. No te he dejado tiempo para decir nada. ¡Hágame!

Y ahora sonreía.

Él lo había aclarado. El sol se sacudía en el cielo. Nos hallábamos en el patio, a la sombra de un flamboyán florecido. Mi amigo se echaba hacia atrás en una mecedora de guano, descansando los pies en una silla vieja. Yo ocupaba otra mecedora y tenía los pies en tierra. En una mano sostenía mi vaso. La botella estaba en el suelo.

–Lo que podría contarte es muy largo, –le dije, sin decidirme todavía.

–No importa. Hoy no tengo trabajo. Te quedarás a comer.

Y luego, como una explicación añadió:

–Gano poco, pero he hallado un chino que fia de todo, ¡y mientras no se detenga!... ¡Adelante!

Y me guiñó un ojo.

El otro trago me soltó un poco la lengua. «Justamente –pensaba–, de esto era de lo que yo tenía necesidad: de un poco de ron y de una persona que quisiera hablar, ¡pero hablar de esta vida!».

–Y el viejo, ¿cómo te trata? –me preguntó.

–¿El viejo?

Él se refería a mi padre. Se lo dije todo. Le hablé de la finca, de mi mujer... Solo no le confesé que yo no tenía alojamiento.

Mi narración le emocionaba. El muchacho me oía serio, sorbiendo a ratos el ron. Luego me dijo:

–Estás viejo, chico. Esta vida es un desastre. ¡Si yo vuelvo a encontrar el camino!...

Y su mirada se perdió en el lomo reluciente del mar que se riza-ba a la vista...

Al oírle se me ocurrió pensar:

–¡El camino! ¿Por qué no se me había ocurrido salir? ¿No sería mejor? Ya en esta tierra se me haría muy difícil vivir. Aquí no tenía ningún lazo de afecto que me atara; era solo. ¡Lo mejor sería volar!

Se lo dije. Repentinamente, él se animó:

–¡Qué bueno, chico! ¡Qué bueno! Si te marchas de aquí, te sanas. ¡Podemos hacer un esfuerzo y largarnos! En cualquier goleta nos podemos introducir en Puerto Rico. Allí nos proporcionamos papeles como súbditos americanos, y ¡ya tenemos las puertas del mundo abiertas!

En eso, el niño volvió a chillar. La madrecita decía:

–Calla, nené... calla...

Mi amigo arrugó el entrecejo. Se apagó su entusiasmo. Miró la botella, casi vacía, y como quien muerde su ira, llamó a la mujer:

–¡Zunilda! ¡Tráeme lápiz y papel y ponte los zapatos! ¡Vas a ir donde el chino!

Su voz era áspera. Vació los últimos dos tragos en los vasos y se echó el suyo rápidamente. La mujercita, callada, temerosa, se borró en el interior de la casa. A poco volvió con lo que se le había pedido. El marido escribió, le entregó el papel, y la vi marchar a prisa...

El niño seguía gritando.

–¡Qué disparate! –dijo mi amigo, con remordimiento visible–. ¡Dizque meterse uno con estas pobres mujercitas que solo saben obedecer como bueyes o chillar como pájaros! ¡Qué disparate!

Le miré, y comprendí que el viaje era un sueño. El niño gritaba ahora más. Mi amigo, malhumorado, fue hacia él.

–¡Calla, carajo! –le rugió.

El inocente no entendió. Siguió su llanto. El hombre titubeó durante un momento; luego se inclinó y tomó la criatura en sus brazos. Ahora mecía al niño diciendo:

–No llores, chichí... no llores, chichí...

Su figura, encorvada, meciendo al hijo acunado en sus brazos, simbolizaba a un árbol doblado por el peso de sus frutos.

Todavía mecía al niño cuando llegó la mujer. Entregó al marido el ron y tomó el hijo. Cuando mi compañero me volvió la cara, se le emborronaban en el rostro la inconformidad, la alegría y la pena en forma indefinible...

Desde ese día viví borracho. En casa de mi amigo encontré otros hombres que no trabajarían hasta principios de zafra, y la zafra

todavía distaba unos treinta días. Aquellos individuos eran gentes oscuras, sin educación, que trabajaban seis meses en la factoría y pasaban seis meses sin trabajar. Eran hombres sin ninguna idea fija, que vivían sin saber con qué objeto. Cuando permanecíamos largos ratos sin hallar de qué hablar –ellos bostezando, yo como un animal apaleado–, alguno decía:

–Vamos a beber.

Y se bebía.

O proponía otro:

–Vamos al cafetín.

(Que también equivalía a beber). Y todos marchábamos hacia allí. Pero nadie sabía con qué fin.

En el bajo fondo de la ciudad viví aquellos días inolvidables. Aquellos sujetos no eran malos. Sus vidas estaban anegadas en un fango de ignorancia y vicio, que hizo de ellos su presa desde que nacieron. Trabajaban en el ingenio como bueyes, año tras año; tenían mujeres, hijos, y no pensaban en ellos. Iban donde las mujeres públicas. Bebían, ¿por qué?...

Yo también bebía, ¡y no sabía por qué lo hacía!



Hallé una prostituta que se enamoró de mí. Era una mujercita delgaducha, de ojos oblicuos, mulatita, cariñosa como una gata mimada. Sin embargo, me producía la impresión de un animalillo inofensivo que había sido muy maltratado. Cada vez que nos veíamos en el cafetín donde vivía, se me colgaba al cuello y me decía:

–Papito: sácame de aquí. ¡Sácame de aquí!

Me lo decía esperando de mí algo así como su salvación, y quedaba como en suspenso, prendida de mis labios.

–No puedo –le respondía con franqueza–. Soy casado y no tengo trabajo ni dinero.

–Si tú no vives con tu mujer, no importa. Yo quiero que me saques, que me honres... ¡Tú harás «maromas» y yo lavaré!

Y seguía siempre como en suspenso.

No le respondía. La miraba con pena. Ella permanecía un rato pensativa, y luego, desesperanzada, murmuraba:

–Son disparates. ¿Cómo puede ser?

Bebía el ron, y como queriendo convencerse de que algo soñado no era cierto, hablaba otra vez:

–No creas nada de eso. Tú me gustas, a pesar de que bien sé que no te intereso. ¡Pero me gustas! ¿Entiendes?... Me gustas, y nada más...

Reía lo mejor que podía, y me decía nuevamente, rozando su cara en mi pecho...

–No se puede vivir sin dinero. Tú no ganas dinero... Pero me gustas. ¿Entiendes? Me gustas...

Y bebía, bebía...

Yo me preguntaba: «¿Esta es mi tierra? ¿Por qué esta isla que debió ser de paz se ha tornado en pantano semejante? ¿Por qué nos matan así?».

Y mi vista desolada, al buscar el horizonte, chocaba con las grandes chimeneas del central, que se elevaban siempre, imponentes, por encima de todo...

Yo había perdido la fuerza y el deseo de razonar. No transitaba por la parte alta de la ciudad. Sentíame rechazado por todos los que ayer habían sido mis compañeros, y ahora permanecía entre esos hombres que no pensaban, que se dejaban llevar por su vida, y que me brindaban su ron y su comida indiferentemente.

Las primeras noches las pasé en aquella casa deshabitada, pero un día alguien la tomó en alquiler. Entonces me vi obligado a confesarle a mi amigo esa nueva miseria. Él era muy pobre y en su casa había pocos muebles, pero me brindó lo que pudo: la camilla donde dormía su hijito, y una colchoneta que el niño empapaba de orines durante el día y que yo secaba de noche con mi calor.

En su casa comía casi siempre y bebía diariamente. ¡Pero era todo aquello tan absurdo! A veces, cuando se me disipaban los vapores de una borrachera, me sentía como quien ha robado, matado o cometido algo igual. Entonces trataba de explicarme: «Es el hecho de vivir de favor. Es que los hombres han sido muy duros conmigo». Y ni por un momento quería pensar: «Es que voy torcido».

Mi amante la prostituta me dijo una noche:

–Ven a dormir conmigo. Después de las doce ya no viene nadie. Me haces falta.

Sin pensar en ello le dije que sí. Y desde aquella noche esperaba que se alejaran los que pagaban para luego ir yo a dormir.

Sentía un escozor en el pecho que me causaba una vergüenza atroz, pero trataba de justificarme diciéndome:

–¿No es ella una buena mujer? ¡Solo ella es decente! ¡Solo ella me quiere! Si la vida es así, ¿qué le vamos a hacer?

Las gentes del pueblo que me veían dando traspiés –a veces no era por borrachera, sino porque comía mal–, decían:

–Danielito Comprés, el hijo de don Lope. ¡Se perdió ese muchacho!

Y algunos, que se atrevían a dirigirme la palabra, me recriminaban:

–Deja eso. No andes por ahí... ¡Esas gentes...!

Un loco deseo de golpearles me sacaba de quicio, y atropelladamente, les barbotaba:

–¿A quién le importa? Me despidió el padre, me despidió el central, me rechazaron todos, y ahora, ¡vienen a sermonear! ¡Si alguien se pierde, ese alguien soy yo, y yo tengo derecho a disponer de mí!

El que me había hablado, se excusaba y marchaba a toda prisa, asombrado. Yo me sentía hueco. Sentía como que iba a caer, y sacudía la cabeza para no oír algo que me decía: «¡Imbécil! ¿Por qué mientes? ¿Acaso vas bien?»

Y volvía al ron...

Fue ayer cuando no quise beber más. Más que nunca me sentía avergonzado ante mí mismo. No quise ver a mi amante la prostituta, y anoche me eché en un vagón.

Sobre mí estaba el cielo azul regado de estrellas. La Luna, rota, era una loca. En vez de dormir, yo dormitaba. Comenzó a hablarme una voz:

«¡Eh! ¿Qué piensas? El monstruo todos los días engulle más hombres. (La factoría estaba ahí con sus mil ojos apagados). La historia de tu pueblo, la de tu región, es la de la caña. Tus hermanos entran en el molino, el molino los tritura, su sangre corre por canales: es oro, es ganancia, ¡es *over*!, ¡se va!... ¡Y de los hombres, aquí en tu tierra, solo queda bagazo!»

«A ti también te molieron, pero algo quedó dentro de ti que no fue triturado por el engranaje. Creyeron que ya no tenías savia –tú mismo lo has creído–, y te arrojaron. Pero, ¿no queda la duda en ti? ¿No temes confesarte que vas mal, que hay otro camino?... ¿A dónde vas? Y el horizonte, ¿no has visto el horizonte?»

Mi cuerpo, debilitado por el hambre del día, comenzó a temblar. Del pecho me subía una oleada de emoción incontenible. La voz seguía:

«No te apegues a esto que ya no es tuyo. ¡Tú mismo ya no eres de aquí! Ya diste tu *over*, ¿qué esperas? Creo que solo te retiene la obsesión de que ya no eres nada. ¡Has visto tantos hombres gastados, destruidos! ¡Has visto tanto bagazo!... Que ya no te explicas –no quieres aceptar–, que tú no estés igual. Pero, ¿no ves el camino? ¡Acecha el sueño del monstruo que ahora duerme, y marcha antes de que comience la nueva molienda! ¡Vete, hermano!»

Lo último lo oí en pie. La sensación de que era perseguido me impelió a caminar. Eché el cuerpo hacia adelante, y a pasos largos, inclinado, fugitivo, crucé el pueblo.

La noche se fue. Abriendo un boquete en el cielo, asoma su gran cara el sol. ¡Se me deshizo aquella oleada de emoción!

Si digo que me arrastra una aspiración, una esperanza de volver a ser... ¡miento! Porque sé que la dicha –la alegría de la vida– se perdió, se quedó atrás.

Voy, quizás obedeciendo a un primitivo instinto de conservación, ¡quizás huyendo de mí!

Voy, porque siento que algo maléfico me persigue, y eso me arrastra –en un supremo esfuerzo– por el camino que se abre ante mí.

La brisa pobre, se enreda en la melena del último cañaveral.

Camino...

Over, de Ramón Marrero Aristy, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2017, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares. Santo Domingo, República Dominicana.



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE I. NARRATIVA

ISBN 978-9945-8972-4-1



9 789945 897241